

Trabajo de Fin de Máster

Las reinas-faraón en el antiguo Egipto

Nombre del alumno: Ignacio Medina Corral

DNI: 12424797-J

Director: Marc Orriols Llonch

Curso 2020/2021

1º Semestre

En Madrid, a 19 de enero de 2020

ÍNDICE

1. Introducción.....	4
1.1. Objetivos y justificación.....	4
1.2. Marco teórico.....	5
1.2.1. Fuentes bibliográficas.....	5
1.2.2. Fuentes primarias.....	9
1.3. Metodología.....	11
2. La realeza en Egipto.....	13
3. Reinas de Egipto: reinas-consorte, reinas-madre y otras figuras	16
4. La cuestión de las reinas-faraón y los casos menos claros.....	21
5. Principales reinas-faraón egipcias.....	26
5.1. Meret-Neit.....	26
5.2. Neferusobek.....	33
5.3. Hatshepsut.....	39
5.4. Tausert.....	52
6. Conclusiones.....	59
Bibliografía.....	61
Anexos.....	66
Mapas.....	66
Tablas.....	67

Resumen:

A lo largo de sus tres milenios de historia, la civilización egipcia sólo tuvo algunos casos de mujeres que llegaron a convertirse en auténticos soberanos del país del Nilo, ostentando el poder por propio derecho. Sus circunstancias fueron, no obstante, diferentes y sus períodos de gobierno contienen numerosos elementos diferenciales respecto del gobierno de sus homólogos masculinos. Para conocer mejor a estas gobernantes y la manera en que ejercieron su poder, estudiaremos los casos de las reinas-faraón más conocidas y plausibles: Meret-Neit, Neferusobek, Hatshepsut y Tausert. A pesar de que la visión del monarca estaba indudablemente vinculada a lo masculino, estas mujeres lograron hacerse con el poder del reino, y para ello las estrategias que tuvieron que seguir hacen que sus reinados se distingan sustancialmente de otros. Todas ellas saltaron al poder a través de su asociación o vinculación, de una manera u otra, a figuras regias masculinas que las rodeaban, pero luego ellas fueron capaces de desarrollar sus planes y conjugaron su naturaleza femenina con elementos propios de la masculinidad asociada a la realeza. A pesar de los pocos casos que hubo a lo largo de la historia del Egipto antiguo, la mera existencia de estas gobernantes nos habla de la posibilidad de que la mujer accediera al poder por propio derecho en el país del Nilo, dejando una huella en la historia egipcia que nos ayuda a entender la posición y consideración de la mujer dentro del mundo palaciego de aquella época.

Palabras clave:

Reinas-faraón, Meret-Neit, Neferusobek, Hatshepsut, Tausert.

1. Introducción

El presente trabajo busca acercarse a algunas figuras monárquicas del antiguo Egipto. A lo largo de los varios milenios de historia que tuvo la civilización del Nilo no muchas mujeres accedieron al poder de forma directa y por derecho propio. De hecho, es incluso difícil delimitar el número concreto de ellas, pues no son pocas las dudas en algunos casos. A pesar de ello, sí se puede afirmar que hubo algunas reinas-faraón, como las ha denominado parte de la historiografía, y en este estudio vamos a centrarnos en cuatro ejemplos concretos: Meret-Neit, Neferusobek, Hatshepsut y Tausert.

Cada una de ellas pertenece a una dinastía diferente y entre ellas existe cierto margen temporal. Desde la primera de ellas, Meret-Neit, que nos lleva al Periodo Tinita, pasaremos al Reino Medio de la mano de Neferusobek, para terminar en el Reino Nuevo con Hatshepsut y Tausert. Han sido elegidas de entre una serie de candidatas a haber sido reinas de Egipto por ser aquellas sobre las que menos dudas ofrecen las fuentes arqueológicas, aunque también hablaremos brevemente aquí de esas otras candidatas.

A través de ellas se puede trazar un estudio de la cosmovisión egipcia sobre la realeza o sobre la mujer, quiénes fueron aquellas que lograron ejercer su poder personal sobre Egipto, cómo se plasmó su gobierno, etc., viendo las semejanzas y diferencias entre ellas, así como las características principales de sus periodos como gobernantes.

1.1. Objetivos y justificación

Por medio de este estudio se persiguen varios objetivos y metas.

En primer lugar, adentrarnos en el concepto de la realeza en Egipto: ¿qué visión se tenía de sus gobernantes? ¿Eran concebidos como deidades? ¿Se les asoció en alguna ocasión una faceta más humana y caduca? ¿Cuál era su papel en la cosmovisión de la sociedad egipcia? Es esencial poder responder a estas preguntas de carácter más genérico, pues permiten introducirnos en lo que era un rey en el antiguo Egipto y, si queremos estudiar a sus reinas por derecho propio, antes que nada, ha de conocerse qué era un gobernante y sus prerrogativas y visiones asociadas.

En segundo lugar, aclarar las distintas situaciones que pueden darse dentro de la realeza femenina egipcia, desde las esposas principales del faraón a otras concubinas menos destacadas, pasando por las reinas-madre y, en contados casos, llegando a ser reinas por derecho propio. Se ha de partir de este pequeño estudio previo para comprender las realidades que existían en el palacio egipcio, pues es de donde procedían las gobernantes que vamos a estudiar. Asimismo, estas posiciones llevan consigo titulaturas diferentes y concepciones asociadas distintas, que conviene señalar.

En tercer lugar, acercarse a las figuras de las cuatro reinas mencionadas. Por medio del estudio de Meret-Neit, Neferusobek, Hatshepsut y Tausert se explicará la manera en que accedieron al poder, sus años como reinas y testimonios que nos hayan quedado de ellas, tanto en el registro arqueológico como en otras fuentes. Ésta será, por tanto, la parte más individual, acercándose al reinado de cada una de ellas.

En cuarto lugar, establecer similitudes y diferencias entre sus periodos de gobierno o sus maneras de ejercer y/o acceder al poder. Con ello se tratará de establecer unas características de lo que supuso la figura de las reinas-faraón.

En quinto y último lugar, conocer la aceptación o visión que se tuvo de estas gobernantes en su tiempo. Dado que no es común encontrarse con numerosos ejemplos de reinas por propio derecho en las civilizaciones antiguas, conviene analizar en más detalle cómo fueron vistas estas cuatro por sus respectivas sociedades, pues ello nos dará una imagen más precisa de lo que fueron estas reinas y cómo tuvieron que adaptar su forma de ejercer el poder a su mundo.

El interés de este trabajo no sólo reside en el estudio de una serie de casos paradigmáticos de la realeza femenina, sino también en que se centra en algunas figuras normalmente menos tratadas por la historiografía, pero que ofrecen igualmente un enorme interés. Meret-Neit, Neferusobek y Tausert “palidecen” al lado de la archiconocida Hatshepsut, de la cual se han escrito “ríos de tinta”, siendo la información sobre ella superior a la de las otras tres juntas. Figuras como la de esta última o de la de Nefertiti han llamado la atención de numerosos investigadores, con lo que el foco de atención se ha centrado sobre ellas durante mucho tiempo. No en vano, la información sobre sus periodos de gobierno y los testimonios arqueológicos son mucho más abundantes, lo que ayuda a incentivar ese interés.

Sin embargo, entender lo que supuso la existencia de las reinas egipcias es algo que trasciende a Hatshepsut, con lo que el estudio de las otras tres ayudará a conocer mejor lo que supuso su acceso al poder y a comprender qué idea se tuvo de la mujer como “señora del Alto y el Bajo Egipto”. He aquí donde reside el mayor punto de interés que justifica este trabajo: entender mejor esa realidad, profundizar a través del estudio de varios casos, en especial de aquellas reinas que son menos conocidas, pero que tienen mucho que decirnos acerca de este tema de trabajo. Gracias a ello, se terminará logrando una visión más holística e integral sobre un asunto ya tratado, pero sobre el que se puede seguir indagando, pues cada ejemplo concreto aporta una visión nueva, y la puesta en relación de todas ellas puede ayudar a generar una concepción amplia sobre el tema que nos ocupa, las reinas por derecho propio en el mundo egipcio.

1.2. Marco teórico

Este apartado se dividirá en dos subapartados para abordar de manera más clara los dos tipos de fuentes que se emplearán en este trabajo. En primer lugar, nos encontraremos con un comentario sintético de los principales conceptos y los autores más destacados dentro de la historiografía, es decir, se irán comentando las fuentes secundarias o bibliográficas, que aportan gran cantidad de información para el tema que trataremos, aunque ya veremos que no de forma equitativa, habiendo grandes diferencias entre unos contenidos y otros.

El segundo apartado consistirá en un repaso de las principales fuentes primarias que nos arrojen algo de luz en nuestro propósito investigador. En este grupo se incluirán todo tipo de referencias, de distinta naturaleza, como podremos observar.

1.2.1. Fuentes bibliográficas

Investigar acerca de las reinas de Egipto implica, como se ha venido enunciando, tener que estudiar toda una serie de consideraciones que rodeó a estas monarcas. Antes que nada, ha de definirse lo que supone ser un rey en tiempos del antiguo Egipto, un concepto profusamente trabajado y estudiado por la Egiptología a lo largo de las últimas décadas. Sobre la realeza en el país del Nilo nos encontramos referencias concretas, como monografías dedicadas por entero a analizar dicha voz, pero por otro lado casi todas las obras más generales que versan sobre Egipto suelen contener apartados referentes a la figura divina del faraón y todas las prerrogativas que se le asociaban. De esta manera, en cuanto a obras de carácter más general, podríamos destacar la coordinada por J. M. Parra (2009), la editada por A. B. Lloyd (2010) o la editada por I. Shaw (2007). En todas ellas se estudia la imagen del faraón, su asociación a la divinidad y todas las características que se le atribuían como mantenedor del orden de su cosmos. Van comentando tanto el nacimiento de esta figura y sus elementos definidores, así como su evolución a lo largo del tiempo.

Todas estas obras no sólo sirven para estudiar de manera más general la figura del faraón, sino que también representan un excelente y extenso marco por si se quiere consultar cualquier otra duda más general, relacionada con cuestiones contextuales, de

un periodo concreto, de una dinastía, para completar la visión de trasfondo que acompaña a cada uno de nuestros personajes.

Junto a ello, si se prefiere un estudio mucho más detallado del concepto de realeza en el mundo egipcio, es preferible acudir a esos monográficos o capítulos que comentábamos anteriormente, como la obra de Frankfort (1981), que hace un repaso de todas las prerrogativas del faraón, todas las creencias vinculadas a su figura, su base teórica inspirada en la teología menfita o en la de otras ciudades, etc. La aportación de Shafer (1991) también dedica unas páginas interesantes a la relación que establece en lo divino y los gobernantes de Egipto. Junto a ellos, tenemos la monografía de O'Connor y Silverman (1995), que además de introducirnos en el concepto, nos abre la puerta hacia alguna visión que suele permanecer más olvidada cuando se estudia al faraón. Hablamos de su faceta más natural, frágil, humana. No siempre se les percibió como ejes del orden, justicia y total invulnerabilidad, sino que en ocasiones también se apreció su esencia humana y caduca, como tendremos ocasión de comentar.

Por otro lado, hemos de estudiar a la mujer en la sociedad egipcia, para lo que habremos de diferenciar entre quienes han hablado de la mujer egipcia en general, dedicando algunas páginas a la familia real también, y los que se han centrado en las mujeres pertenecientes al entorno palaciego, o sea, a las reinas-madre, reinas-consorte, reinas-regente o reinas-faraón. Desde luego, son numerosas las referencias bibliográficas que se pueden aportar en este sentido, pero destacan algunas de ellas:

Dentro de la rama del estudio de la mujer en la sociedad egipcia, podemos destacar la investigación realizada por G. Robins (1998). En ella contempla todo un conjunto de aspectos vinculados a la función y la actividad de la mujer en el Egipto antiguo: desde su condición legal, hasta sus trabajos agrícolas, sus dedicaciones al ámbito doméstico, su práctica en los cultos, etc. Incide en la situación de inferioridad en que se sitúa frente a su correspondiente masculino, aunque se subraya que la mujer en este espacio geográfico y temporal gozó en muchos asuntos de una mayor autonomía que en otras culturas y lugares.

Por otro lado, contamos con otra egiptóloga, C. Graves-Brown (2010), que nos lega una importante obra. Estructura su monografía a partir de diferentes epígrafes, a través de los que se puede conocer la diferencia entre las mujeres ricas y las pobres, su posición respecto a la maternidad, el cuidado de los hijos, la muerte o los principales trabajos en que empeñaron sus días. Ofrece, por tanto, una imagen bastante amplia de lo que sería el mundo femenino en época egipcia, pues también dedica unos apartados a hablar de la mujer perteneciente al harén real y las distintas realidades femeninas que se dieron dentro del palacio.

Si se quiere un grado todavía mayor de detalle, lo mejor es acudir a la monografía de L. Troy (1986). Constituye un clásico dentro de la materia, una obra de referencia de gran importancia porque nos sumerge con mayor concreción en la visión de la mujer dentro de la realeza egipcia, las distintas representaciones que se hacían de ellas, con todos los símbolos que solían portar, la dualidad y complementariedad que presentan con respecto a la figura del monarca y, además, nos introduce en un debate de gran interés para nuestro estudio: los precedentes que permitieron a las reinas de Egipto saltar al ejercicio del poder, su situación previa y la explicación teórica que permitía que éstas pudieran llegar a ser monarcas por propio derecho.

De la mano de S. Pomeroy (1984), podemos adentrarnos en las cuestiones relativas a la mujer helenística, pero para un período algo posterior al que teóricamente abarca este trabajo. ¿Por qué lo mencionamos aquí entonces? Por el estudio diacrónico que hace de la mujer, no sólo ciñéndose a la etapa estrictamente ptolemaica, sino haciendo también valoraciones de cómo había cambiado la situación con respecto a las mujeres anteriores.

Poco a poco vamos llegando al meollo de la cuestión, yendo hacia obras cada vez más concretas y que se acercan más a nuestro tema de estudio. Si ya hemos hablado de las principales obras y autores sobre la mujer en Egipto, el siguiente nivel de análisis se correspondería con aquellas aportaciones que tienen por protagonistas a las reinas de Egipto, a las mujeres que habitaron y dieron vida al palacio del faraón.

Una de las autoras que ha estudiado a todo este conglomerado de mujeres del palacio es J. Tydesley (2006). En su obra de carácter divulgativo hace un repaso breve pero completo de las figuras femeninas más preclaras dentro del palacio del faraón. No se limita a desarrollar la vida de las reinas-faraón más famosas y probables, sino que acoge en sus páginas a numerosas reinas-madre y esposas del faraón, que, aunque no gobernarán Egipto por sí mismas, sí habrían ejercido una poderosa influencia sobre los destinos del país del Nilo.

También ha de citarse el fruto de las investigaciones de R. Pirelli (2008). De manera similar a Tydesley (2006), hace un recorrido, en este caso con menos ejemplos y cada uno de ellos con un desarrollo más extenso, de lo que fueron las reinas del mundo faraónico. Contempla los casos de las más probables gobernantes de Egipto, como Hatshepsut o Tausert, dando cierto peso a otros que no están tan claros, como ocurre con Nefertiti, así como a reinas que tuvieron el papel de consorte o de madres de faraones, si bien sentaron un precedente que obliga a estudiarlas, como comentaremos posteriormente.

Tal y como hemos venido anunciando, muy vinculadas con las gobernantes femeninas estuvieron las deidades con las que a menudo se les asemejó: Isis, Hathor, Neit, etc. Sobre las atribuciones de estas diosas y su relación con las mujeres pertenecientes a la familia real se han realizado varias aportaciones. Entre ellas sobresale la de B. Lesko (1999), donde se profundiza en las diosas mencionadas, explorando cuál pudo ser esa asociación que las mujeres de la realeza trataron de explotar (tanto gobernantes por propio derecho como las otras féminas del palacio), que las llevó a ser representadas y vistas como principio del orden, contribuyendo a la tarea del rey y sosteniéndole en numerosos ritos y cultos.

Hemos de hacer un último apunte sobre un tema al que también conviene dedicar alguna lectura para entender mejor los parámetros de la realeza femenina egipcia. Nos estamos refiriendo a la titulación que llevaban. La posición de cada una de las mujeres regias estaba definida por los títulos que llegaban, que nos permiten reconstruir el estatus de la mujer en cuestión en su tiempo de vida. Para introducirse en este ámbito, una de las mejores referencias es la de Sabbahy (2013), que centra su estudio en el periodo del Reino Medio, donde nos encontramos con el estudio de varias consortes, pero también con una reina-faraón que nos dará luego mucho de qué hablar, Hatshepsut.

Igualmente útil en este sentido es el artículo de S. Roth (2009), que hace un análisis diacrónico de todos los títulos, los emblemas y las principales características que han definido a las mujeres del palacio real, tanto reinas por derecho propio como consortes principales y madres de reyes.

A medida que se van conociendo los casos más concretos de estas reinas, más nos podemos ir aproximando hacia el objeto central de nuestro estudio: las reinas-faraón, es decir, aquellas que alcanzaron el poder y gobernaron el país del Nilo. Sobre ellas existe también bibliografía suficiente como para trazar un análisis cercano. Ahora bien, lo primero que ha de indicarse es la inmensa disparidad existente dentro de la información que estudia a una u otra reina. No ha de sorprendernos que, mientras que para Hatshepsut se nos desbordan las referencias bibliográficas (la reina más célebre para la historiografía junto a Nefertiti y Cleopatra VII), para Meret-Neit, Neferusobek y Tausert nos encontramos con serias dificultades para encontrar bibliografía específica

de ellas. Asimismo, sobre ellas tres es mucho más común que las fuentes sean artículos breves que monografías, pues no se cuenta con suficiente información como para redactar magnas obras y además la opacidad de las fuentes arqueológicas y literarias no ayudan a completar con más datos.

Para el caso de Meret-Neit, el debate que suscita esta reina no es poco. Como tendremos ocasión de ver, la cantidad de información que tenemos de ella es bastante limitada. A pesar de la oscuridad de esta figura, algunos autores como Pätzick (2015) le atribuyen el honor de ser la primera mujer que reinó en Egipto. Sin embargo, la historiografía no tiene del todo claro si Meret-Neit llegó a esos extremos o si sólo ocupó la posición de regente, sin convertirse en una verdadera soberana del Alto y Bajo Egipto. Por ejemplo, Bégon (2020) se refiere a ella en términos de regente.

Para el estudio de Neferusobek podemos encontrar también algunas referencias, aunque las dedicadas sólo a ella son más bien escasas y suele ser más habitual encontrar estudios de ella enmarcados en obras más amplias, sobre la dinastía XII o sobre las reinas de Egipto. A pesar de ello, Diamond (2020) es una de las que han dedicado algunas páginas a la figura de esta reina. Esta investigadora pone especial énfasis en las formas en que esta reina fue representada y mostró su imagen.

Sin lugar a duda, la siguiente protagonista, Hatshepsut, es la que más monografías tiene sobre ella, a la altura de la celeberrima Nefertiti o Cleopatra, otras dos figuras también muy estudiadas por la Egiptología. Una de las mayores estudiosas de la figura de Hatshepsut es C. Roehrig (2006), que ha estudiado su reinado adoptando una perspectiva en la que pone el énfasis en el análisis de los vestigios materiales que se conservan de su reinado. A su entender, una de las grandes aportaciones que nos quedan de su época en el poder fue la gran cantidad de obras artísticas que promovió. Otra obra de sumo interés sobre ella es la editada por Galán, Bryan y Dorman (2010). Hace una revisión de numerosos aspectos del reinado de esta célebre fémica. Entre ellos, aborda la evolución cronológica de su periodo de gobierno y los principales hechos que tuvieron lugar durante el mismo. Contempla el proceso de cambio que experimentó la figura de Hatshepsut a lo largo de sus años en el poder.

Robins (1999), por otro lado, nos aporta un interesante artículo que se centra en un elemento concreto relativo a la reina en cuestión: la titulatura que portó Hatshepsut. Los títulos que portó esta monarca responden al mismo esquema básico que el resto de reyes, como tendremos ocasión de comentar.

De este modo llegamos a la bibliografía que se ha centrado en conocer a la última de las protagonistas de este trabajo: Tausert. De la misma manera que con Neferosobek, no abundan las referencias que se dediquen exclusivamente a ella, pero sí hay algunas. Beckerath (1962) hace un repaso del reinado del joven rey Siptah, bajo cuyo reinado se alzó la figura de Tausert, que ejerció el papel de regente del rey niño. Callender (2006) también constituye un autor de referencia obligada, por el estudio detallado que ha realizado de numerosas reinas-faraón, también para el caso de Tausert.

En último lugar hemos de mencionar algunas obras que versan sobre otras reinas-faraón de Egipto, que hemos optado por descartar para este trabajo porque sus figuras ofrecen una nitidez muy inferior a la hora de considerar si fueron o no gobernantes del país del Nilo, pero de las que se ha hablado largo y tendido como posibles candidatas, con lo que al menos comentaremos algunas referencias que se han manejado sobre ellas.

De la más antigua de ellas, Neit-hotep, contamos con algunos estudios. La figura de esta reina está rodeada de sombras. Kinnaer (2001) se referirá a ella como regente del rey Djer, pero va más allá e incluso sugiere que podría haber sido la primera reina de Egipto con plenos poderes, aprovechando aquellos años convulsos.

De las siguientes protagonistas, las reinas Khentkaus I y Khentkaus II también hay algunas referencias. Encontrar algo que se centre únicamente en ellas es complicado, pero Hawass (1997) sí que nos ofrece algunos apuntes sobre la figura de Khentkaus I, en tanto que reina bisagra de la IV y V dinastía, mientras que sobre las dos reinas sí se habla brevemente en el estudio que hace Verner (2001) de los gobernantes de la IV y V dinastía, donde se detiene en ambas reinas.

Otra sería la legendaria Nitocris, última representante de la dinastía VI de Egipto. K. Ryholt (2000) considera que se trataba en realidad de un hombre. Ahora mismo esta tesis está aceptada por numerosos egiptólogos, aunque aún permanecen ciertas dudas en torno a este asunto. Algunos otros, como Fernández (2019) consideran, por otro lado, que podría haberse producido una equivocación en los escritos de Manetón, a la que confundió con otro personaje. Sea como fuere, el debate está más que servido.

Para el caso de Nefertiti, una de las autoras que más ha hablado sobre la enigmática mujer del rey Akhenatón ha sido J. Fletcher (2005). En su obra apuesta por presentar a esta reina como coregente de su marido y luego como posterior gobernante del país del Nilo. Estas tesis de Fletcher son muy polémicas y no están para nada compartidas por otros investigadores, con lo que se trata de un asunto del que todavía queda mucho por escribir. Por ejemplo, Laboury (2004) considera que no podemos hablar en ningún caso de Nefertiti como la sucesora de Akhenatón, pues ésta no habría sobrevivido a su marido. Como podemos ver, las opiniones en uno y otro sentido son más que abundantes.

1.2.3. Fuentes primarias

Para la realización de una investigación en profundidad sobre este tema se debe acudir a las fuentes primarias, que abordan distintos aspectos de los que hemos venido hablando.

En primer lugar, las fuentes epigráficas, esto es, los grabados e inscripciones realizados sobre los muros de los templos, que constituyen una fuente de gran utilidad, en especial si tenemos en cuenta que muchos fueron encargados por las reinas en cuestión. Por otro lado, contamos con fuentes textuales, extraídas de soportes papirológicos y pétreos en los que se narran determinados hechos relativos a las reinas o a la realeza¹.

Asimismo, encontramos otras muchas fuentes epigráficas en los muros de los templos o las tumbas, que nos hablan no sólo de Hatshepsut, sino también de Meret-Neit, Neferusobek y Tausert. Por ejemplo, para la más antigua en el tiempo de nuestras reinas, encontramos el *serej* en el que aparece inscrito el nombre de Meret-Neit, que constituye una fuente de información clave para explorar su papel en tiempos del periodo tinita.

Por otro lado, del reinado de Neferusobek se conservan algunos vestigios materiales que analizaremos en detalle, como un busto asociado a ella según algunos expertos o un relieve en que aparece su torso combinando algunos elementos de vestimenta del faraón y otros femeninos, que también habremos de comentar, pues nos dicen mucho sobre la imagen con la que buscó proyectarse esta gobernante.

Por supuesto, de Hatshepsut el material arqueológico de que disponemos es cuantioso. Desde los grabados en los templos, a una gran cantidad de estatuaria u obeliscos realizados durante su reinado. Sólo con el estudio de las estatuas y representaciones que conservamos de ella podemos recoger una ingente cantidad de datos.

¹ Para ello se manejarán traducciones de cada una de las fuentes.

Entre las numerosas referencias materiales que tenemos de esta reina ocupa un lugar destacado la inscripción de la reina Hatshepsut en los muros de su templo funerario de Deir el-Bahari, conocida como “La hierogamia de Hatshepsut”. Se trata de un texto en que se le asocia con su padre, el dios Amón, afirmando que éste se habría encarnado en el cuerpo del faraón Tutmosis I y habría yacido con la madre de Hatshepsut, dando lugar al nacimiento de una niña, hija del dios principal de Egipto, que estaría llamada a ser reina de Egipto en el futuro. Esta inscripción nos servirá para comentar numerosos aspectos en el cuerpo del trabajo, acerca de la reina, tanto de su estrategia de legitimización, como otras referencias simbólicas que se incluyen en el texto.

En los mismos muros del templo de Deir el-Bahari aparece una inscripción referida a una expedición de la misma reina hacia el país del Punt. En ella se expresa, por un lado, el tipo de actividades comerciales que se entablaron con el Punt en época de esta monarca, mientras que por el otro pueden analizarse otra serie de datos: los títulos que emplea la reina, la intención detrás de fomentar este tipo de actividades, etc.

Asimismo, de Tausert también contamos con vestigios materiales que nos sirven para entender mejor su figura, como una representación en la que aparece ella, junto con su hijo político Siptah, de la que habremos de hablar posteriormente.

Aunque no sean objeto directo de nuestro estudio, se comentarán algunas de las representaciones pertenecientes a otras mujeres de la realeza, como Nefertiti, pues si bien no será tenida en cuenta dentro de las gobernantes por propio derecho (por la enorme controversia y dudas existentes), sí ha de citarse como figura preclara entre las reinas de Egipto, con testimonios materiales celeberrimos, como el busto de esta reina, conservado hoy en el Museo de Berlín.

En último lugar, dentro de este grupo de fuentes arqueológicas, es imprescindible contar con las listas reales. Grabadas sobre los muros de diferentes templos, recogidas en textos papirológicos (Canon Real de Turín) o en otros soportes, como los pétreos (Piedra de Palermo), recogen los nombres y títulos de diferentes dinastías y los miembros de cada una de ellas. Las listas reales de Egipto² por excelencia son la Piedra de Palermo, la Lista Real de Karnak, la Lista Real de Abidos (tanto la de Seti I como la de Ramsés II), la Lista Real de Saqqara y el Canon Real de Turín. Cubren un largo periodo dinástico que, cronológicamente, se organizaría en el orden en que se han citado: la Piedra de Palermo cubre las primeras dinastías, mientras que la última, la Lista Real de Saqqara, llega hasta la dinastía XIX. Iremos haciendo referencia a ellas y explicándolas en más detalle a medida que salgan en el cuerpo del trabajo.

Por supuesto, estas listas no siempre están completas, presentan lagunas, algunos datos se contradicen entre sí, no abarcan todos los períodos y son susceptibles de haber sido manipuladas para dejar en el olvido a ciertos personajes (una *damnatio memoriae*). Con todo y con eso, simbolizan un testimonio clave para estudiar los títulos, el número de gobernantes, sus años de gobierno, etc., pudiendo ver en algunos de ellos a nuestras reinas estudiadas, si bien no aparecen todas ellas en todas las listas, pero constituye otra fuente adicional. Además, el mero hecho de que no figuren algunas de ellas, siendo notable el caso de la ausencia de Hatshepsut, como comentaremos, nos habla mucho sobre la imagen que se pudo tener sobre su gobierno o la relación de estas monarcas con sus sucesores.

Del lapso temporal correspondiente a la Antigüedad clásica contamos con algunas fuentes literarias que, si bien no son contemporáneas de la propia época egipcia, nos son mucho más próximas en el tiempo a ellas que nosotros y nos dan algunos datos sobre las reinas de Egipto. Uno de ellos sería Heródoto. Posterior en el tiempo, no

² Traducidas, comentadas y recogidas en: Redford, D. B. (1986), pp. 1-65.

perteneció a la sociedad egipcia, aunque fue conocedor de ella. En su magna obra *Historias*³, dedica el segundo de los libros a Egipto. Gracias a este griego del siglo V a.C., considerado por muchos como el padre de la Historia, ha llegado a nosotros la *interpretatio graeca* de Egipto. A lo largo de buena parte de su obra menciona a los gobernantes de Egipto, llegando a hablar de algunas de las reinas del país del Nilo, como la mención que hace de Nitocris.

Un siglo posterior en el tiempo es Manetón, el celeberrimo sacerdote de la época temprana ptolemaica, al que se le encargó elaborar los listados de los gobernantes que había habido en Egipto. No conservamos la obra original de *Aegyptiaca*, pues se perdió hace mucho tiempo, pero sí han llegado hasta nosotros abundantes referencias de la misma a través de las menciones de otros autores, como es el caso de Flavio Josefo⁴, a partir del cual se puede consultar, entre otras, la lista de los gobernantes de la dinastía XVIII, donde figura el nombre de la misteriosa gobernante femenina Amesis, que es identificada con Hatshepsut, figurando también Skimiofris, que se correspondería con Neferusobek, y Tuoris, que sería Tausert, aunque Manetón la consideró un hombre.

Por otro lado, Diodoro Sículo, del siglo I a.C., en su composición *Bibliotheca historica*⁵ también se dedica a hablar en el libro I del mundo egipcio, su cultura y su historia. Entre sus hojas habla de varios gobernantes faraónicos del país del Nilo y menciona, curiosamente, la presencia de cinco mujeres que fueron reinas por propio derecho. No menciona los nombres de ninguna de ellas, pero sí al menos ofrece un número que no se aleja para nada del real. No sabemos con certeza absoluta si se refería a las reinas que nosotros vamos a estudiar o si, por el contrario, tenía otras figuras en su imaginación, pues algunas de las monarcas que conocemos hoy lo hacemos gracias a las investigaciones arqueológicas del pasado siglo, con lo que fueron ignotas para los clásicos. Ahora bien, lo que sí resulta ilustrativo es el hecho de que coincidiera en número con las estimaciones que hoy se hacen.

1.3. Metodología

El estudio de las figuras de las cuatro reinas objeto de estudio implica el análisis de una ingente cantidad de bibliografía, en especial para el caso de Hatshepsut. Por el contrario, para poder extraer información sobre Meret-Neit, Neferusobek y Tausert es preciso indagar y rebuscar entre las fuentes, que sobre estas tres tienden a ser bastante más silenciosas. Para ellas tres cada pequeño dato aportado por algún autor puede suponer un añadido más a la escueta información que se tiene. Asimismo, conviene comparar diversos investigadores y publicaciones, pues, aunque estas monarcas suelen ofrecer poco debate a la hora de discutir si fueron o no reinas, sí que lo suscitan en torno a otras cuestiones sobre ellas.

Por ello, un primer paso para la realización de este trabajo es el de carácter heurístico, es decir, reunir una serie de informaciones de carácter bibliográfico (fuentes secundarias) para ir analizándolas y recogiendo los datos que sean más interesantes o pertinentes con respecto al objeto de estudio. Para ello ha de establecerse un criterio a la hora de seleccionar qué bibliografía se manejará.

En un primer momento, se emplearán aquellas monografías o estudios que estudien a la mujer en el Antiguo Egipto, algunas de las cuales ya hemos ido comentando en el marco teórico. Se partirá, por lo tanto, de lo general, para ir descubriendo aquellas nociones que puedan atañer a las protagonistas de este trabajo, pero también a las mujeres del mundo egipcio, y más concretamente del ámbito de la corte faraónica.

³ Traducción de M. R. Lida (1983).

⁴ Manetón. *Historia de Egipto*. Edición de Jiménez Fernández y Jiménez Serrano (2008). Madrid: Akal.

⁵ Para esta obra se ha utilizado la traducción de F. Parreu (2001).

Después se escogerán aquellos artículos o monografías que versen sobre las concepciones que había de la realeza en Egipto. No necesariamente han de ser sobre las reinas sólo, sino también de los reyes, pues el hecho de cómo se veía a los monarcas masculinos, qué idea se tenía de ellos, sienta cierto precedente que luego las monarcas femeninas tuvieron que seguir y que nos explican algunas situaciones posteriores. En otras palabras, sí se quiere estudiar a estas figuras monárquicas femeninas, primero ha de entenderse qué era propiamente un monarca en aquella época y todas las nociones que tenía asociadas.

El siguiente criterio de análisis bibliográfico se referirá a aquellas obras que ya se centren concretamente en nuestras protagonistas. Para el caso de Hatshepsut es sencillo encontrar monografías y gran variedad de artículos que se refieren sólo a ella, mientras que para las otras tres constituye una tarea ardua, teniendo que conformarse a lo sumo con algunos artículos que analicen a una de ellas o monografías más amplias que les dediquen algunos capítulos.

Por otro lado, igualmente necesario es el apoyo de las fuentes primarias. Si bien el grueso de este trabajo está basado en fuentes secundarias o bibliográficas (dado que nos aportan bastantes datos a los que sería difícil acceder de otra manera), un adentramiento en las fuentes primarias permite tener una imagen más completa del ámbito que se va a abordar.

En este caso las fuentes se asocian fundamentalmente a las listas reales y cronológicas que se conservan del Antiguo Egipto y que se han ido comentando en el apartado anterior (la Lista Real de Abidos, la Lista Real de Saqqara, Manetón, etc.). No obstante, también contamos con algunos testimonios de la propia época, que antes mencionábamos, en especial para el caso de Hatshepsut⁶. Incluso algunas aportaciones de los autores de la Antigüedad nos pueden ser de ayuda. Parte de estos ejemplos son fuentes escritas literarias, pero no debemos olvidarnos de la multitud de fuentes epigráficas, grabados, etc., recogidos en numerosas obras y que nos aportan también mucha información.

El uso de todas estas fuentes primarias es fundamentalmente de apoyo a las secundarias, para poder ejemplificar algunas de las informaciones que se dan y completar los huecos que nos quedan. Sirven, especialmente en este trabajo, a modo de demostración de muchos de los conceptos y realidades que trataremos.

Finalmente, en una etapa última, tras haber leído detenidamente todo el *corpus* académico descrito y habiendo anotado las principales ideas e interrelaciones, la siguiente tarea sería la de la redacción de los elementos que se desean transmitir en este trabajo.

⁶ Para el caso de las fuentes primarias literarias, tanto coetáneas de la época de las reinas, como de autores grecolatinos, se trabajará con traducciones, al no tener conocimientos, en especial de la lengua egipcia, para poder traducir esos textos e interpretarlos directamente.

2. La realeza en Egipto

La figura del rey del país del Nilo ha levantado siempre gran interés dentro de la Egiptología, ya no sólo por la gran cantidad de atribuciones asociadas a su figura, sino también porque se trata de un modelo de gobernante que, con cambios, sobrevivió a lo largo de tres milenios en suelo egipcio. Ello nos muestra lo importante que se consideró al rey dentro de esta sociedad, hasta el punto de concebirse como la única forma de gobierno que era capaz de mantener el orden y el equilibrio.

El rey de Egipto era visto por su sociedad como un ser de naturaleza dual: divina y humana al mismo tiempo. La cultura egipcia está llena de este tipo de concepciones duales: desierto y valle, orden y caos, valle y delta, etc., y el caso del gobernante no era una excepción. En la historiografía de la primera mitad del siglo XX hubo una tendencia bastante fuerte a retratar al faraón como un dios viviente, una deidad más sobre suelo egipcio. No obstante, esa visión ha sido matizada en las últimas décadas, señalando que no se trataba de un dios al mismo modo que Ra, Horus o Seth, sino que el rey presentaba una naturaleza dual (Shafer, 1991: 58-62).

Probablemente el único momento en que la imagen del rey sí pareció asimilarse más a la de un dios viviente en los ojos de la sociedad, fue durante las dinastías IV y V en el Reino Antiguo, épocas de las que quedan grandes testimonios de esa grandiosidad, como las pirámides. Ahora bien, en el resto de periodos esa imagen tan omnipotente del gobernante no estaba dentro del imaginario de los súbditos reales y con el paso del tiempo incluso los textos dejan entrever imágenes más bien vulnerables de los reyes: el propio Ramsés II permitió que en los relieves de Karnak que describían sus campañas contra Egipto se describiera un error que cometió, dando a entender que su conocimiento no era infalible (Frankfort, 1981: 75-84).

El monarca procedía del mundo de los humanos, había nacido en él y a sus súbditos no se les escapaba que era mortal, caduco, no era incorruptible. No obstante, sí era tenido como el representante de los dioses, como el punto de nexo, de unión, con el mundo divino, aquél que traía el orden gracias a su relación con las divinidades. No en vano, aunque el rey nacía como un niño dentro del harén del palacio, hijo de una de las esposas de su predecesor, cuando era entronizado, se realizaba unos ritos que le hacían pasar a formar parte del mundo de lo divino, que le otorgaban esa naturaleza vinculada con la esfera de las deidades (Shafer, 1991: 60-70). El rey Amenemhat I así lo describía en las instrucciones que dejó a su hijo Sesostris, poniendo especial énfasis en esos ritos de iniciación y entronización, que eran los que daban acceso al monarca a esa fuente de poder superior a lo humano, que se alcanzaría al ser coronado:

“Mira, el crimen sucedió cuando estaba sin ti, sin que aún se hubiera enterado la Corte de que yo te iba a entregar (el poder), y sin que aún me hubiera sentado (entronizado) contigo, de forma que te pudiera aconsejar” (Serrano, 1994: 97).

Por tanto, hemos de ser conscientes de que estos reyes no eran vistos como dioses al mismo modo que las otras entidades del panteón, pero sí se les reconocía ese aspecto de naturaleza divina que les relacionaba con ellos y que les permitía mantener el orden en el reino, lo que les daba una cierta aura diferenciadora, separadora del resto de la sociedad, de sus súbditos. Asimismo, una vez muertos, sí que se les rindió culto funerario, pues ahí sí que se pasaba a considerar que había entrado a formar parte de la esfera de los señores del cosmos (Homung, 1993: 209-213).

Por otro lado, los reyes de Egipto siempre trataron de poner énfasis en su relación con divinidades como Ra, Amón, Maat, Hathor y otras muchas. En numerosas ocasiones buscaron reivindicar su papel de lazo con lo divino y eso se demostró continuamente en la titulación que empleaban para ello. Recibieron los nombres de “Horus”, “Horus de oro” o “Hijo de Ra”. Estas titulaturas están presentes desde la dinastía V, lo que nos quiere decir que consolidaron en una época temprana. Tanto la identificación con el dios Horus,

señalando que ellos eran como dicho dios gobernando Egipto, como con la filiación con el dios Ra, que se convirtió en una de las divinidades más destacadas del panteón, nos hablan de esa relación que el monarca busca trazar constantemente con los dioses, dando a ver que él no era una figura singular, sino que su poder tenía su base en ese tipo de vinculación (Shafer, 1991: 58-70).

Aclarada la naturaleza y concepción de la figura del rey, pasemos a ver cuáles fueron sus funciones y atribuciones. En virtud de lo expuesto en los párrafos anteriores, al monarca se le atribuían numerosas misiones que cumplir. Era el encargado de velar por la *maat*, un concepto abstracto, siempre asimilado con una deidad femenina, que representaba el orden cósmico. La presencia del faraón en Egipto permitía que se mantuviera el necesario equilibrio en que se basaba el transcurrir normal de la vida: que las crecidas del Nilo tuvieran lugar todos los años para inundar las fértiles llanuras del valle, que los enemigos no consiguiesen franquear las puertas del reino, que la justicia estuviese garantizada y no se cometiesen atropellos, etc. A través de los poderes, de la magia de que disponían los monarcas, eran capaces de velar por todas esas tareas, de controlar el devenir de la naturaleza (Shafer, 1991: 58-70).

En un texto en el que un tal Sehetepibre instruye a sus hijos sobre la figura del rey, se pueden apreciar las nociones que hemos comentado:

“Él es quien ilumina las Dos Tierras más que el disco solar.

Él es quien hace que las Dos Tierras estén más verdes
que un Nilo crecido.

Ha llenado las Dos Tierras de fuerza y vida

El Rey es Ka

Su boca es crecimiento

Él es quien crea a quien va a ser

Él es el Jnum de todos los miembros

El engendrador, causa de la existencia de la gente.”

Fuente: Frankfort, 1981: 83.

Gracias a estas funciones esenciales, el monarca era concebido como el propietario de todo, del reino, el Nilo, las gentes, etc. Era el representante de los dioses sobre la Tierra. En efecto, no es de extrañar que otro de los epítetos con los que más nos encontramos sea el de “señor de todo” (Frankfort, 1981: 76-86).

Por medio de los cultos que oficiaba a los dioses conseguía obtener de ellos este tipo de orden, pues de ellos dependía que el Nilo no se secara o que no ocurriesen otras desgracias. A la par, su función militar y política impedía que los enemigos asediasen al país o que cundiera el desorden. Era la fuente de justicia y así fue percibido, aunque en la práctica muchas veces se apoyó en numerosas figuras que le ayudaban en la implementación de sus medidas y obligaciones. El sumo sacerdote realizaba muchas veces los cultos en su nombre; el *tjaty* o gran visir, se ocupaba de muchas de las cuestiones legales y jurídicas que llegaban al palacio para ser tratadas, etc. Sin embargo, a pesar de la existencia de esas figuras auxiliares, la presencia del faraón era indispensable, su existencia era un requisito para que no se desmoronara todo el sistema cosmológico del que estamos hablando (O'Connor y Silverman, 1991: 52-72).

De hecho, en aquellas épocas en las que la imagen del monarca tenía menos poder o influencia, como en el caso de los periodos intermedios, cuando la figura del rey no era nítida, pues la autoridad central se había desmoronado y varios reclamaban la dignidad

real, la crisis inundó Egipto, o al menos así lo presentan testimonios escritos como las *Lamentaciones de Ipuwer*. Fueran o no de tal magnitud las calamidades, la sociedad egipcia percibía que, sin el faraón, todo el entramado político y social de su mundo se venía abajo. Entendían, por tanto, que precisaban del rey para que todo se desarrollase correctamente (O'Connor y Silverman, 1991: 53-59). De ello se deriva el júbilo que inundaba al pueblo cada vez que ascendía al trono un nuevo rey tras la muerte del anterior. Con ese ascenso pasaba a poder ocuparse de sus deberes cósmicos, con lo que el pueblo ya podía descansar en paz (O'Connor y Silverman, 1991: 54-55).

Para mantener al rey en un buen estado de salud y que pudiera acometer todos los rituales y acciones se realizaba todo tipo de cultos relacionados con su persona. Uno de los más célebres fue el festival Sed, un jubileo que se celebraba cuando el monarca llevaba 25 años sobre el trono, concebido como una especie de ritual de renovación. Mediante su celebración, las energías del monarca eran restauradas, lo cual le permitiría seguir cumpliendo su importantísimo papel. Estas ceremonias muy seguramente incluían representaciones simbólicas de la muerte y de la resurrección del faraón, que se asocian a esa teórica recuperación de las energías (Morales, 2014: 74-81).

No nos es de extrañar, viendo todas las concepciones existentes en torno a él, que fuera la forma de gobierno deseada por la sociedad, su solaz y protección, lo cual permitió su perpetuación a lo largo de más de treinta dinastías y de tres milenios. Incluso la dinastía ptolemaica, a su llegada, se arrogó parte de esa visión del faraón, como ellos lo llamaron, y la adaptaron a su forma de gobierno. La visión de los egipcios de su propia historia tendió a ser, por tanto, más bien estática. El país del Nilo siempre había sido así, el rey siempre sería su gobernante y cuando no sucedían las cosas de esa manera, una inevitable sensación de crisis inundaba la sociedad (Frankfort, 1981: 80-86).

En último lugar, comentaremos un aspecto de la realeza suma importancia para el posterior estudio de las reinas en Egipto, el dualismo de los faraones, que los lleva a estar también relacionados con las entidades divinas femeninas. El rey es una figura que encarna no sólo a los dioses masculinos: Osiris, Horus, Ra, Amón, etc., sino que también engloba en su personalidad a principios femeninos, como pueden ser algunas diosas. Troy (1986: 12-31), defiende que, por su relación con el mundo divino, el rey no sólo representa a través de su persona a los dioses masculinos, sino que también es la encarnación y manifestación de las divinidades femeninas como Hathor, Isis, Neith, Neftis y otras muchas. Su personalidad puede englobar a toda una serie de deidades, compasando las distintas atribuciones de unos y otros.

En la mentalidad y religión egipcias existían numerosos casos que hablaban de la androginia. El demiurgo por excelencia en la cosmogonía de Heliópolis, Atum, era representado como andrógino, con elementos de uno y otro sexo. En el caso de la cosmogonía de Menfis, el protagonista, Ptah, también presentaba rasgos andróginos. Lo mismo ocurría en ocasiones con algunas diosas, como era el caso de Hathor. Dada la posibilidad de concebir estas realidades dentro de la cosmovisión de los egipcios, no nos es de extrañar que pudieran concebir que el rey pudiera encarnar aspectos de unos y otros, pues a pesar de su carácter masculino, era el puente de enlace con las deidades, tanto de un género como del otro (Troy, 1986: 12-31).

Ahora bien, las mujeres que rodearon al faraón cumplieron un papel muy importante a la hora de poner en juego ese rasgo dual. Sin lugar a duda, el monarca representaba a ambas realidades, pero la presencia de la mujer le ayudaba en esa tarea de representar, simbolizar, a las deidades femeninas, cumpliendo de esta manera con el dualismo hombre-mujer. Venimos hablando repetidas veces de la tendencia continua de los egipcios a entender su mundo a través de ejemplos duales, con lo que la mujer tenía un papel que cumplir dentro de la realeza y complementaba esa faceta masculina del faraón, logrando a partir de la suma de ambos géneros representar el orden dual en que se basaba el cosmos (Troy, 1986: 17-31).

3. Reinas de Egipto: reinas-consorte, reinas-madre y otras figuras del palacio

La presencia de la mujer dentro del palacio de los reyes de Egipto constituyó un elemento vertebrador del mismo. Numerosas mujeres ocuparon un lugar destacado rodeando al faraón: desde su madre hasta su esposa principal, pasando por las esposas menores e incluso teniendo en consideración a las hermanas del faraón. En algunos casos, incluso llegaron a ser gobernantes de Egipto. No obstante, antes de llegar a ese último paso, que estuvo reservado a muy pocas, hemos de aproximarnos a las otras situaciones de las mujeres pertenecientes a la realeza egipcia.

Antes que nada, hemos de aclarar que en el mundo egipcio no existía un título que signifique tal cual “reina”, esto es, el mundo egipcio carecía de un término equivalente al de “rey” (*nswt* en egipcio), entre otros, para designar a su esposa. Todos los títulos con los que se referían a las mujeres de la realeza egipcia lo hacían a través de señalar la relación de dicha fémina con el monarca. De esta manera, la reina-consorte era denominada *hmt-nswt*, que traduciríamos literalmente por “mujer del rey”. Por su parte, para denominar a las reinas-madres nos encontramos con la titulación de *mwt-nswt*, traducida literalmente por “madre del rey” (Roth, 2009: 1-3).

Por otro lado, existían otros títulos no específicos, empleados para referirse a las hijas o a las hermanas del faraón, como podían ser *s3t-nswt*, “hija del rey”, y *snt-nswt* “hermana del rey” (Roth, 2009: 1-3).

La aparición de algunos de estos títulos dataría del periodo tinita, aunque a medida que progresa el tiempo aparecerán nuevos títulos. Por ejemplo, desde la dinastía II ya se atestigua la existencia del título de reina-madre, *mwt-nswt*. Todos los títulos mencionados se mantienen durante el Reino Antiguo, mientras que también figuran otros epítetos para referirse a las mujeres de los faraones, *m33t Hr w*, que podríamos traducir por “aquella que sostiene a Horus”. Se trataría de una referencia al rey, pues, como hemos mencionado, los títulos de la realeza femenina se expresan a partir de su relación con el monarca. Asimismo, fueron apareciendo otras denominaciones, como *wrt hst* (“la gran favorecida”) y otros tantos de carácter similar, en los que se expresaría la situación privilegiada de la mujer del rey (Roth, 2009: 1-3).

Sea como fuere, a través de estos títulos podemos apreciar la existencia de esas figuras femeninas preclaras dentro del palacio real, destacando claramente a las esposas del faraón (reina-consorte) y a la madre del faraón (reina-madre), cuyos títulos fueron los que primero emergieron y que estuvieron cargados de gran simbolismo, dada la deferencia con la que se había de tratar a sus portadoras.

Graves-Brown (2010: 129-131) considera que las posiciones de reina-madre y de reina-consorte eran las más destacadas dentro del palacio, correspondiendo la más importante de entre las dos seguramente al puesto de reina-madre. Este título se adquiría durante el reinado del hijo de la titular, no durante el de su marido. La posición de dicha mujer como madre del monarca le aseguraba una gran influencia y precedencia. Asimismo, cumplía un importantísimo papel en la cosmovisión egipcia. La reina-madre era asimilada con la diosa Hathor, que era considerada como la madre de Horus, a la par que su esposa. La figura femenina que representaba la reina-madre complementaba al mismo tiempo a la de su hijo el rey, en esa importante concepción dualista que marcaba la forma de los egipcios de entender el mundo.

Como madre del gobernante, contraparte femenina del mismo y encarnación de la diosa Hathor, el papel de la reina-madre en este sistema era incuestionable. No en vano, una de las reinas de las que vamos a hablar en este trabajo, Meret-Neit, cumplió un papel muy destacado como reina-madre durante la época de reinado del faraón Den, muy probablemente actuando como su regente durante sus primeros años de gobierno. Algunas otras reinas, de las que no se tiene tan claro que llegaron a ejercer como

soberanas de Egipto, también fueron reinas-madre de sus hijos, como ocurrió en la dinastía IV con Khentkaus I, madre de Userkaf, Sahura y Neferirkara; y en la dinastía V con Khentkaus II, madre de Neferefre y Niuserre (Graves-Brown, 2010: 129-131). A sus particulares situaciones, como madres de varios faraones y figuras de gran poder, nos referiremos en detalle más adelante.

Otras reinas-madre, aunque no llegaron a ejercer ningún tipo de regencia, sí debieron de compartir una relación muy estrecha con sus hijos, los reyes, como ocurrió con Ankhnesepi, madre de Pepi II, rey de la VI dinastía (Tyldesley, 2006: 61).

Por otro lado, la otra gran figura de la que hemos hablado es la de la consorte del rey, aunque hablando más propiamente, hemos de referirnos a las consortes, puesto que la poligamia siempre dominó en el palacio egipcio, si bien no todas las mujeres ocuparon el mismo lugar dentro de la jerarquía, habiendo una mujer principal y otras consortes secundarias. En la dinastía XII, durante el Reino Medio, finalmente cristaliza un título que diferenciará a la mujer principal de las demás: *hmt nswt wrt*, que significa “gran esposa real” o “gran esposa del rey” (Graves-Brown, 2010: 130-133).

Esta “gran esposa real” sería la que tuviera el rol más destacado dentro del palacio, si bien hemos de especificar que no siempre fueron sus hijos los que ascendieron posteriormente al trono, lo que implicaba que hubo ocasiones en las que aquellas que fueron “gran esposa del rey”, luego no fueron “madre del rey”, a cuyo estatus era elevada una de las esposas menos destacadas del monarca fallecido. Por otro lado, algunas de ellas sí ostentaron la posición de consorte más destacada y, luego, durante el reinado de sus hijos, el de reina-madre, combinando en su figura estos dos títulos de gran significación y teniendo un papel clave dentro del palacio (Graves-Brown, 2010: 130-133).

A partir de la dinastía XII y luego durante el Reino Nuevo nos vamos a encontrar sucesivamente los títulos de “gran esposa del rey”, “madre del rey” y “esposa del rey” como los más comunes dentro del palacio, junto con algunos de esos otros no específicos, como “hija del rey” o “hermana del rey” (Roth, 2009: 2).

En el Reino Medio apareció también, aunque resurgirá con mucha más fuerza y tendrá más valor en el Reino Nuevo, el de “esposa del dios” o *hmt-ntr*, que adoptarán las esposas principales de los faraones y que las pondrá en relación con la divinidad Amón, otorgando a este título una carga simbólica muy significativa. Como comentábamos, será en verdad durante el Reino Nuevo cuando tome un mayor valor, en especial durante la dinastía XVIII, cuando se volvió costumbre que este epíteto fuera portado por la “gran esposa real”. No queda claro si la primera en portarlo fue Ahmose Nefertari o si, por el contrario, ya lo habría llevado su predecesora Ahhotep, a la que se atribuye un papel clave en el proceso de expulsión de los hicsos del país del Nilo. A partir de la una o de la otra, esta titulación comienza a ser heredada por las mujeres más destacadas de la familia real, aquellas destinadas a ser “gran esposa real”, que muchas veces fueron, asimismo, hijas o hermanas de las anteriores portadoras del título y, por tanto, hermanas del rey de ese momento, con el que estuvieron casadas comúnmente durante esta dinastía (Sabbahy, 2013: 1-2).

Este título tiene una importancia trascendental para comprender luego el papel de algunas reinas que vamos a estudiar. En opinión de Troy (1986: 139-141), esta denominación tuvo un papel muy significativo para la reina Hatshepsut cuando accedió al poder en forma de corregente. Ella hizo valer el significado de esas palabras, que mostraba su vinculación con el monarca, pero también con lo divino, con los dioses, esa relación con el mundo de las deidades y el importante papel cósmico del que luego hablaremos. De hecho, en su templo funerario en Deir el-Bahari aparece mencionado hasta en nueve ocasiones el título *hmt ntr*, asociado a su nombre, bastante más

frecuente que los de “hermana del rey” o incluso “gran esposa real”. Ello nos indica el alto valor que ella (y probablemente sus súbditos) concedían a este título de “esposa del dios”.

La aparición de este título durante la dinastía XVIII ha sido puesto en relación con el papel especialmente destacado que parecieron tener las reinas durante este período. Se trata de una serie de mujeres de reyes y de madres de los mismos hacia las que se tuvo un gran respeto y que parecen haber tenido una inmensa influencia sobre el devenir político de Egipto. Una larga línea de mujeres, que iban heredando las unas los títulos de sus predecesoras (que muchas veces eran sus madres), iniciada bien por Ahhotep o bien por Ahmose-Nefertari. Tyldesley (2006: 86-88) habla de esa influencia que alcanzaron las mujeres de la dinastía XVIII, pues, aunque sólo Hatshepsut acabaría saltando sobre los resortes del poder, todas ellas, siguiendo el legado de Ahmose-Nefertari, parecen haber tenido algo que decir en la historia de su tiempo, de una manera destacada, como también ocurrió con la madre del faraón Akhenatón, Tiya, o con su mujer Nefertiti.

El título de “esposa del dios” acabaría dejando de ser usado en el final de esa dinastía, para resurgir en la dinastía XIX, aunque con el tiempo irá perdiendo ese carácter tan sobresaliente que había tenido en un principio (Sabbahy, 2013: 2-3).

El destacado papel que tuvieron algunas de estas consortes y madres llegó a hacer pensar a algunos historiadores hace décadas que podíamos estar encontrándonos ante un sistema de descendencia matrilineal. Aquellos que postularon dicha tesis, famosamente conocida como la teoría de la “heredera”, solían mirarse en el espejo de la dinastía XVIII, viendo que la inmensa mayoría de las consortes de los faraones, su “gran esposa real”, era en verdad su hermana, lo que llevó a algunos a concebir que la dignidad real se transmitiría no a través de la línea masculina, sino de la femenina. En otras palabras, el faraón nuevo que ascendiese al trono estaría justificando su nuevo poder a través de su hermana, que era hija de un faraón anterior y que transmitía en su sangre esa legitimidad necesaria para entronarse (Robins, 1993: 26-27).

Esta controvertida teoría no está hoy aceptada por la mayoría de los egiptólogos. Sin lugar a duda, en algunas dinastías el papel de la mujer en el palacio fue muy destacado, alcanzaron altas cotas de poder y las hermanas de los faraones se convertían en sus esposas principales. Sin embargo, ello no debe inducir a error. La línea de transmisión del poder era masculina, era el nuevo rey, como hijo del anterior, el que accedía al trono. Sus hermanas no eran las transmisoras de los derechos dinásticos. De hecho, el monarca no siempre se desposó con mujeres de su sangre, sino que en muchas otras ocasiones tenían otros orígenes. Si se analizan otras dinastías, esto es más que claro (Robins, 1993: 26-27).

Si el rey desposó en muchas ocasiones a sus hermanas fue por el valor cósmico, del que hablaremos a continuación, que representaban éstas. Era el principio femenino, además de sangre real, que venían a complementar al hombre y a ayudarlo a lograr el orden cósmico, mucho más fácil de alcanzar si el rey tenía consigo a su contraparte, algo importantísimo en la cosmovisión dual de los egipcios (Robins, 1993: 26-27).

Por ello, algunas de las reinas que vamos a estudiar, como ocurrió en los casos de Neferusobek, Hatshepsut o Tausert, nos encontraremos con que estuvieron casadas con sus hermanos. Ambos, rey y reina, era hijos del anterior monarca, por sus venas corría sangre real y juntos aspiraban a complementarse y garantizar el equilibrio cósmico (Tyldesley, 2006: 9-21).

Tal era el valor cósmico que simbolizaba esta unión, que nos podemos encontrar incluso a faraones que desposaban a sus hijas, concebidas por ellos, para reforzar esta idea de complementariedad. Akhenaton así lo hizo con una de sus hijas, más tarde lo haría

también Ramsés II con una de las suyas. Se discute si en realidad se trató de matrimonios consumados o no. Lo más probable es que se establecieran únicamente para incidir en ese aspecto dual simbólico, no porque se tratase de matrimonios en el sentido más estricto del concepto (Robins, 1993: 27-29).

Sin lugar a duda, la mujer de sangre real tuvo en la sociedad egipcia asociado un papel muy destacado desde el punto de vista cósmico. Ya hemos comentado la importancia de la complementariedad de los elementos cósmicos en la visión que los egipcios tenían del mundo. El desierto era la contraparte del fértil valle; el Alto Egipto lo era del Bajo Egipto; incluso entre los dioses y las personalidades de la esfera de lo divino, ya que Horus lo era de Seth. Siguiendo esta misma lógica, la mujer también tenía una concepción especialmente destacado dentro de esta cosmovisión. La existencia de dos géneros, a partir de los que se creaba la vida, era la base que fundamentaba todo. Por ello, el principio masculino encarnado por el monarca necesitaba de una imagen femenina para realizar esa tarea. Algunas de las deidades creadoras, los demiurgos de las cosmogonías más destacadas eran seres andróginos, acompañaban en su figura elementos masculinos y femeninos, dándonos a entender esa asociación que se producía entre los dos géneros. Un caso evidente de ello es el de la divinidad creadora por excelencia, Atum, pero también ocurría con Ptah en la cosmogonía menfita. Por tanto, dentro del mundo de lo divino, vemos la estrecha relación existente entre los dos principios, masculino y femenino (Graves-Brown: 133-135).

De esta suerte, la reina en el palacio, tal y como el rey se identifica con Horus u Ra, ella lo hará con Hathor, con Mut, con Isis o con Neith, diosas que acompañan a sus maridos en sus tareas, que constituyen sus elementos asociados (Troy, 1986: 30).

La diosa con la que se les asociaba más comúnmente era Hathor. Esta divinidad aparece adorada por los reyes de Egipto desde la fundación de sus mismas bases, tal y como muestran las representaciones de la vaca en la Paleta de Narmer, en las que figuraba Bat, una antecesora de Hathor, a partir de la que se formará la figura de esta última diosa. Hathor era contemplada, dentro de todas las divinidades femeninas, como aquella que más asociada estaba a Ra, de tal manera que era concebida como esposa de esta importantísima divinidad solar (también se la solía retratar como mujer de Horus). Ella era la que encarnaba, por tanto, la imagen de la esposa por excelencia del dios y por extensión del faraón, así como la madre de Horus, como en ocasiones también se la cita. Por ello, tanto las consortes principales como las madres de los reyes tendieron a asimilarse a su figura, asumiendo el rol que cumplía esta diosa, cuya complementariedad a Ra ayudaba a mantener el orden cósmico, le ayudaba a cumplir su tarea de llevar el disco solar todos los días, para regenerarse antes de volver a comenzar su eterna y cíclica tarea (Troy, 1986: 53-72).

No es extraño, por tanto, la inmensa cantidad de cultos que se dirigían hacia esta diosa, ya no sólo por las mujeres de sangre real, sino por el propio monarca también, que contemplaba con especial atención a la figura de Hathor. La propia diosa llegaba a adoptar en ocasiones rasgos andróginos, complementando a lo masculino a través de su propia figura. Asimismo, las reinas del palacio utilizaron en su indumentaria algunos elementos relacionados con esta diosa: por ejemplo, de entre la multitud de coronas que empleaban, siendo las más destacadas la de plataforma y la de flor de papiro, algunas de ellas estaban además tocadas con dos largas plumas, un símbolo evidente de la diosa Hathor, que buscaba remarcar que estas mujeres eran las representantes de Hathor en la tierra y su papel se asemejaba al de ella (Troy, 1986: 53-72).

En las representaciones pictóricas de algunas de estas reinas podemos encontrar con otros atributos característicos de Hathor. No son extrañas las pinturas y huecorrelieves en los que figura alguna reina tocada con cuernos, pues se asocian automáticamente con Hathor, que podía ser concebida en algunas ocasiones con la imagen de una vaca (Troy, 1986: 55).

Otra diosa con la que se les relacionó a menudo fue con Wadjet, la divinidad protectora del Bajo Egipto. Esta importante figura fue con el tiempo puesta en relación con la divinidad solar Ra. Se decía que encarnaba al Ojo de Ra, una entidad distinta de Ra, de la que derivaba un inmenso poder y una energía que podía llegar a ser destructiva frente a los enemigos, para preservar el bienestar del país. También se decía que estaba asociada a la fertilidad y con las aguas del Nilo y en general con el crecimiento y el desarrollo de la vida (Troy, 1986: 115-120).

Viendo tales atribuciones, es comprensible que las mujeres reales egipcias se vincularan con esta diosa, queriendo transmitir que ellas cumplirían de la misma manera ese papel esencial. En consecuencia, uno de los atributos más reconocibles de las reinas egipcias, en especial de las consortes principales o de las reinas-madre, fue la diadema que tenía en la zona frontal una serpiente, imagen de la diosa Wadjet. En ocasiones figuraba sólo un ejemplar, mientras que en otros aparecían dos. En algún otro ejemplo aparecen la diosa Wadjet con su homóloga del Alto Egipto, Nekhbet, representada con la imagen de un buitres (Robins, 1993: 21-25).

Finalmente, otro de los elementos o instrumentos asociados a las reinas es la litera en la que eran transportadas por sus sirvientes. Se han encontrado algunas de ellas, como la perteneciente a la reina-madre Hetepheres I, madre del rey Snofru de la IV dinastía. Este tipo de silla constituye una metáfora del poder de la diosa Repit, una divinidad representada con forma de leona y el disco solar, agrupándola, como ocurre con tantas otras, dentro del grupo de los dioses solares. Como esposa del dios Min, uno de los dioses lunares y de la fertilidad, le ayudaba a cumplir su función y en ocasiones se la representaba con el cetro de Min, representado la extensión del poder de su esposo (Graves-Brown, 2006: 131-133).

Por tanto, queda más que patente el lugar que ocupa la mujer real dentro de los cultos y de las funciones cósmicas, como clara ayuda y colaboración para el monarca, su esposo. Acompañó al monarca en numerosos cultos, no únicamente de deidades femeninas, sino de todo tipo de divinidades y por los motivos más variados. Colaboraba en que dichos ritos se desarrollaran de forma correcta, llegando en algunos a aparecer prácticamente como par del rey, como personalidad equivalente en importancia, como llega a parecernos en alguna de las representaciones de Akhenatón y Nefertiti (Tyldesley, 2006: 132).

El valor de este capítulo que versa sobre las realidades de las mujeres en el palacio real reside en el estudio de las distintas posiciones que puede haber, sus atribuciones y un acercamiento al importante papel cósmico que cumplían dentro de su sociedad. De las cuatro reinas de las que vamos a hablar a continuación, todas ellas tenían un recorrido previo, Meret-Neit como madre de un monarca y esposa de otro, Neferusobek como hija y esposa de reyes, Hatshepsut igual que la anterior, además de madre política de otro, y Tausert como hija, esposa y madre política de reyes. Sus títulos así lo demostraban y todas ellas incidieron en esa situación especial de la que partían para luego justificar su ascenso al poder y para ejercerlo como corregentes. Asimismo, hicieron valer el papel cósmico que desempeñaban, necesario y complementario del masculino.

Todo ello les serviría para luego poder saltar hacia el control del poder, más claramente para los casos de Neferusobek, Hatshepsut y Tausert, menos evidente para el de Meret-Neit. Sea como fuere, todas ellas, antes de ser gobernantes de Egipto, fueron esposas o madres, mujeres del palacio, en definitiva, con lo que es importante conocer cómo era la situación de la que partían y cuál fue la situación mayoritaria de todas aquellas que fueron reinas de Egipto, pero nunca llegaron a ejercer el gobierno sobre el país del Nilo.

4. La cuestión de las reinas-faraón y los casos menos claros

En este apartado nos vamos a centrar en el concepto de reinas-faraón, término formado a partir de dos vocablos, acuñado por la historiografía para referirse a aquellas reinas del antiguo Egipto que accedieron al gobierno del país del Nilo. Dado que no existió nunca un título equivalente para una mujer a los que se usaban para el rey de Egipto, algunos historiadores emplean este término de “reinas-faraón” para designar a las mujeres gobernantes que asumieron los títulos masculinos del rey, esto es, que no fueron simplemente sus consortes (Ogdon, 2009: 1-2). En la historiografía anglosajona se las identifica igualmente como *female pharaohs* o *female kings* (Graves-Brown, 2010: 144), esto es, “mujeres-faraón” o “mujeres-rey”, denominaciones equivalentes a la de reina-faraón para resaltar ese hecho de que siempre asumieron los títulos de sus homólogos masculinos y no crearon unos específicos para mujeres que accedieran al trono del Nilo, pues no era, ni mucho menos, algo común.

El estudio profundo de las protagonistas de este trabajo nos lleva, sin embargo, a matizar que el uso de este término puede llegar a resultar un tanto controvertido, tanto más cuando no consigue reflejar del todo la esencia del modo en que llegaron al poder estas reinas y los medios por los que se mantuvieron en él. Lo cierto es que existen numerosas dudas, como comentábamos en el marco teórico, acerca de cuáles pueden ser reconocidas como reinas-faraón en el antiguo Egipto, de las cuales las cuatro más evidentes fueron las que vamos a tratar aquí. No obstante, ninguna de ellas ejerció su poder de manera directa completamente, sino que muchas veces tuvieron que apoyarse al mismo tiempo en otras figuras de poder. De ello se deriva lo controvertido del término, que parece proyectar una imagen de unas gobernantes que pudieron gobernar directamente sobre Egipto, sin otros poderes que les hicieran sombra o en los que apoyarse como trampolín, mientras que la realidad fue bastante más compleja.

Los reyes de Egipto, como hemos comentado anteriormente, eran los depositarios del poder y mantenedores del equilibrio y, aunque complementados por las mujeres que tenían a su lado, nunca precisaron de ellas como fuente de legitimar su situación en el trono. Empero, en el caso de las reinas-faraón no les fue tan sencillo manifestar su poder de forma omnímoda, sino que tuvieron que apoyarse en las figuras de sus hijos o hijos política, o invocar las de sus padres o hermanos, para confirmar esa legitimidad.

Por tanto, “reinas-faraón” es un término que parece sugerir que fueron gobernantes de la misma manera que lo fueron sus homólogos masculinos, pero todas las evidencias parecen ir en la dirección de que tuvieron bastantes más dificultades y de que sus situaciones no fueron idénticas. No en vano, en la mentalidad dominante egipcia, la visión de la reales estaba ligada indisolublemente a lo masculino, al hombre.

A pesar de ello, es una de las mejores alternativas, desde el punto de vista lingüístico al menos, para poder diferenciarlas de otras reinas de Egipto, madres o consortes de reyes, que no habrían controlado los resortes del poder a través de ellas mismas.

Al hablar de estas reinas que ejercieron su poder por propio derecho hemos de matizar varias cosas, pues su situación no fue común. Constituyeron excepciones a la norma y no pudieron gobernar de la misma manera que un rey, como ya hemos señalado. Todas ellas se sostuvieron en el poder gracias a su asociación a otras figuras masculinas, bien vinculándose con la figura de su padre fallecido o bien accediendo al poder en una primera fase en la que había un joven rey en cuyo nombre gobernaron.

Algunos historiadores han querido señalar que estas reinas-faraón emergieron en momentos en que no había un claro sucesor al trono de Egipto, coincidiendo en muchos casos con los finales de las dinastías, como habría ocurrido con los ejemplos de Neferusobek, Tausert (final de las dinastías XII y XIX respectivamente) o en el caso de Nefertiti, en el momento de crisis de la dinastía XVIII, para aquellos que defienden que

ella fue reina. Es cierto que coincidió que estas figuras tuvieron más oportunidades para sobresalir cuando no hubo otra opción, pero sí que habría que descartar el gobierno caótico y desintegrador que se asociaba en ocasiones a sus accesos al trono, pues sus períodos de reinado en verdad se encuadran en contextos difíciles, lo que hace imposible atribuir todas las dificultades de aquellas épocas a sus gobiernos como rey de Egipto, tanto más cuando destacaron por su brevedad (Tydesley, 2006: 9-21).

De la misma manera, el término “reina-faraón” sugiere otra controversia. ¿A quiénes consideramos? ¿A todas aquellas que llegaron a gobernar el país del Nilo o sólo a aquellas que lo hicieron bajo la fórmula de un faraón? Esto suscita debate, pues algunos de los ejemplos más antiguos que consideramos como posibles casos de reinas-faraón, como ocurre con Meret-Neit o con Neith-hotep, no queda muy claro si sólo fue regente o si tomó la posición de un rey de Egipto. Lo cierto es que de ambas formas se accedería al control del reino, aunque la de reina-faraón supondría un paso más allá. Hemos de dejar claro, por tanto, que lo aquí se tiene en cuenta al hablar de “reina-faraón” son los casos de aquellas que gobernaron Egipto y que lo hicieron como verdaderas reinas-faraón, tomando dicha forma política. Las regentes también ejercieron el poder, pero no dieron ese paso, con lo que no se las incluiría bajo esa denominación terminológica.

Ahora que conocemos las dificultades que entraña esta realidad y el término correspondiente, hemos de pasar a preguntarnos, ¿quiénes fueron realmente estas reinas gobernantes? ¿Por qué elegimos a unas reinas para estudiar y descartamos los otros casos? ¿Quiénes fueron esas otras reinas a las que no tendremos en consideración para un análisis posterior?

Desde luego, la dificultad de identificar a estas misteriosas reinas estriba en que muchas veces fueron ignoradas por las fuentes, en ocasiones de forma más que intencional, mientras que otras nos dan nombres diferentes para ellas o incluso dan vida a algunas que probablemente ni existieron.

Por ejemplo, en el caso de Diodoro Sículo, el historiador grecorromano nos habla de la existencia de tan sólo cinco reinas que gobernaron Egipto, frente a un total de 470 monarcas masculinos que habrían reinado. La proporción de reinas es claramente muy inferior a la de reyes:

“Afirman que el territorio ha sido gobernado por hombres durante poco menos que cinco mil años, hasta la 180.^a Olimpíada, durante la cual nosotros nos desplazamos a Egipto y reinaba Ptolomeo, el apodado «Nuevo Dioniso». Y, la mayoría de esos años, mantuvieron el gobierno reyes nativos y, unos pocos años, etíopes, persas y macedonios [...]. Y, todo el tiempo restante, continuaron reinando nativos del territorio, cuatrocientos setenta varones y cinco mujeres” (Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, libro II, 44).

El problema lo encontramos en que Diodoro Sículo no menciona cuáles son los nombres de las reinas. Únicamente habla del número, pero no detalla quiénes fueron, lo que nos genera grandes dudas sobre cuáles podría tener él en mente. Aquí hemos sugerido para este trabajo el tratamiento de cuatro reinas, pero ¿son las mismas que las del historiador originario de Sicilia? ¿Quién es la quinta figura que él menciona? ¿Cuáles son sus fuentes? Todo esto es imposible saberlo y lo único que hace es reafirmarnos en la dificultad de tratar un tema como éste.

Lo cierto es que la lista de probables gobernantes de Egipto es más extensa de lo que podría parecer a primera vista. No cabe duda alguna de la existencia de tres reinas que fueron monarcas de Egipto, pues todas las fuentes materiales que datan de su época así nos lo confirman, así como algunas menciones de las fuentes literarias, como en las listas de Manetón. Éstas son Neferusobek, Hatshepsut y Tausert. Junto con ellas, la candidata con más posibilidades para ser incluida en la lista, por razones que explicaremos, es Meret-Neit. Estas cuatro conforman el grupo de reinas que se estudiarán aquí en detalle en próximos apartados.

Manetón nos habla de todas ellas menos de Meret-Neit, aunque las identifica con distintos nombres y en el caso de Tausert, hasta la asocia con un hombre (Manetón, Historia de Egipto, libro II). A su vez, Neferusobek figura en distintas listas reales, como la Lista Real de Karnak, la Lista Real de Saqqara y el Canon Real de Turín. Hatshepsut y Tausert no aparecen en las listas reales más reconocidas, pero sí sabemos de ellas y de sus reinados por los múltiples registros arqueológicos de su época, de los que hablaremos más tarde. Asimismo, de Meret-Neit contamos con varios elementos arqueológicos que sustentan su existencia y su posible gobierno del país del Nilo. En consecuencia, todas estas razones son las que las convierten en las candidatas más evidentes a ser estudiadas como reinas-faraón.

Sin embargo, no por ello hemos de olvidar a otras mujeres de las que no se tiene tan claro si reinaron, pero de las que hay algunos partidarios de que sí, con lo que hablaremos brevemente de quiénes fueron y qué motivos nos llevan a descartarlas.

Hablamos, principalmente, de las reinas-madre Khentkaus I y Khentkaus II, de la dinastía V; de la mítica Nitocris, de la dinastía VI; y de la celeberrima Nefertiti, de la dinastía XVIII. Algunos apuestan también por Neit-Hotep, predecesora de Meret-Neit, en la dinastía I. Caso aparte constituyen las reinas de la dinastía lágida, de las que hablaremos en último término, por representar una situación un tanto diferente.

Neit-hotep sería la anterior en el tiempo. Representa para no pocos la primera mujer gobernante de Egipto y de la historia, al menos conocida. Inicialmente se creyó que esta mujer era la esposa de Narmer, primer gobernante del Egipto unificado y madre de Aha. Hoy, no obstante, se cree que seguramente fue la esposa de este último y madre del siguiente faraón, Djer. Sea como fuere, habría vivido en los albores de la dinastía I, durante el Período Tinita. Los partidarios de hablar de ella como la primera reina gobernante de Egipto señalan que seguramente fue regente de su hijo Djer durante su infancia. Algunos incluso aventuran que pudo haber llegado a asumir el poder, ya no sólo de regente, sino de monarca por propio derecho de Egipto, siendo corregente de Djer y acompañándolo en el trono (Jarus, 2016: 16-21). Aunque hay algunos elementos que nos hablan a favor de esta teoría (su inmensa mastaba en Abidos, la inscripción de su nombre en un *serej*, etc.), las evidencias no son lo suficientemente claras para otros como para considerarla como la primera reina gobernante de Egipto, lo que hace que sea relegada a la posición de probable y, por tanto, no la incluyamos como protagonista de este trabajo de investigación.

Las siguientes candidatas en el tiempo serían Khentkaus I y Khentkaus II. Estas mujeres son enormemente controversiales y enigmáticas para la Egiptología, pues no pocas teorías señalaron que en realidad se trató de la misma persona, que por confusiones en las fuentes se habría pensado que eran dos distintas en momentos diferentes. La primera de ellas vivió en el final de la IV dinastía y sus hijos dieron comienzo a la V, durante el Reino Antiguo. Las sospechas en torno a esta figura nacen por el hecho de la titulación que conservamos de ella: *Mwt-nswt-bity-nswt-bity*, expresión que traduciríamos por “madre de dos reyes, del Alto y el Bajo Egipto” (Verner, 2001). Esto encajaría con su situación como madre de los monarcas Sahura y Neferirkara. Ahora bien, existe otra lectura posible de este título, que podría haberse traducido como “Rey del Alto y Bajo Egipto y madre del rey del Alto y Bajo Egipto” (Verner, 2001). Esto cambiaría totalmente la situación, pues nos encontraríamos, en este caso, ante una gobernante por propio derecho, que habría asumido la titulación propia de los reyes de Egipto y habría podido tomar las riendas de su territorio durante un lapso de tiempo breve, antes del reinado de sus hijos (Verner, 2001). Empero, las pruebas que sostendrían dicha teoría se resumen básicamente a este título conservado de ella, lo que no supone una prueba suficiente como para hablar de ella en términos de reina-faraón, con lo que descartamos su candidatura, por ser más complicado demostrar su veracidad.

Con Khentkaus II nos encontramos básicamente con las mismas condiciones. Esta reina-madre habría vivido durante la V dinastía, también en el Reino Antiguo. De la misma manera que la anterior Khentkaus, fue madre de reyes de Egipto. Estas concomitancias con la otra reina egipcia son las que provocaron que algunos expertos identificaran a una y otra con la misma persona. No obstante, hoy se cree claramente que fueron dos individuos diferentes, a pesar de algunas semejanzas entre ellas. Esta reina, madre de los reyes Neferefre y Niuserre portó el mismo título que su antecesora: *Mwt-nswt-bity-nswt-bity*, cuyas dos posibles traducciones ya hemos comentado. Por ello, se ha especulado sobre ella que también pudiera haber alcanzado el poder de forma personal, habiendo gobernado Egipto (Verner, 2001: 385-401). No obstante, nos encontramos con el mismo freno que con la anterior. La aparición de este título cuya interpretación es bastante ambigua no nos permite concluir que ella fuera reina, pues es la única fuente fiable con la que contamos, que además puede recibir otra interpretación que la dejaría únicamente como reina-madre.

Si avanzamos algo más en el tiempo daremos con la siguiente reina Nitocris. Sabemos de esta figura fundamentalmente a partir del testimonio que nos dejó sobre ella Heródoto en su obra. Este autor griego habla de ella en términos de la única reina de Egipto, cuyo reinado selló la dinastía VI del país del Nilo y con ello el Reino Antiguo. Habría accedido al poder después del asesinato del rey Merenre, su hermano y esposo. Durante su etapa en el trono decidió preparar la celebración de unas fiestas en honor de los templos que iba a inaugurar y aprovechó dichas celebraciones para reunir a los asesinos de su amado hermano para asesinarlos, suicidándose posteriormente. Esta es la imagen de leyenda que proyecta Heródoto, aunque hoy está puesta más que en entredicho (Ryholt, 2000: 90-95).

No pocos afirman que en realidad habría que identificar a la legendaria Nitocris con un personaje bastante más real y conocido a través de los registros (a diferencia de la fantasmal Nitocris): se trataría de Netjerkare Siptah. Éste habría sido verdaderamente el último soberano de la dinastía VI, en el siglo XXI a.C. Probablemente su nombre fue deformado hasta dar lugar a la variante de Nitocris y Heródoto habría equivocado su género, afirmando que se trató de una mujer, aunque hoy buena parte de los expertos que han estudiado el tema, entre ellos Ryholt (2000: 90-95) coinciden en señalar a Netjerkare como la figura histórica y masculina detrás de la que se esconde la leyenda de Nitocris, lo que haría que la descartáramos como posible reina-faraón en este trabajo.

En último lugar figura Nefertiti. En torno a la figura de la célebre esposa de Akhenatón existe muchísima polémica, avivada por los intentos de encontrar su momia en la década pasada. El hecho de no contar con sus restos y desconocer totalmente cuál pudo haber sido su destino es lo que ha engrandecido las especulaciones en torno al papel que pudo desempeñar esta reina. Nefertiti vivió en la etapa final de la dinastía XVIII, durante el Reino Nuevo. Fue esposa de Amenhotep IV, luego conocido como Akhenatón y fue testigo y partícipe de la revolución religiosa protagonizada por su marido, dentro de la cual ella seguramente también cumplió un papel más que relevante. En su tiempo se trasladó la capital a Amarna y el culto del todopoderoso Amón fue sustituido por el monoteísmo que tenía por centro a Atón, el disco solar. Ella ocupó el puesto de gran esposa real y gozó de un inmenso protagonismo en los cultos y medidas nuevas implementadas (Tyldesley, 2006: 127-133).

Misteriosamente desaparece en el décimo cuarto año de reinado de Akhenatón, lo que hizo sospechar a algunos que murió o que cayó en desgracia. Sin embargo, otros la asocian a la figura de Smenkhkare, una enigmática persona que aparece desde ese año como corregente del rey, elevado a la misma altura y con el mismo poder, que ha hecho que no pocos investigadores creen que se trató de Nefertiti, que habría cambiado su nombre por ese otro nuevo y que aparecería desde entonces representada como hombre. Estos expertos postulan además que Nefertiti habría podido suceder a su

marido, pues a la muerte de éste nos encontramos con el misterioso Smenkhkare ejerciendo su poder durante un breve periodo de tiempo más, antes de que accediese al poder Tutankamón, hijo de Akhenatón con otra esposa diferente de Nefertiti. Esta es la teoría que defiende, entre otros, Fletcher (2005: 10-23).

Ahora bien, no está para nada demostrado que Nefertiti fuera el misterioso gobernante masculino que apareció de repente como corregente de Akhenatón y que luego le sucede. Es más, algunos como Laboury (2004: 12-15) siguen pensando que Nefertiti seguramente murió antes que su marido. Todo esto deja entre penumbras la cuestión real de Nefertiti, que nos ofrece tantas posibilidades de que fue gobernante de Egipto bajo la apariencia de un hombre y que condujo el país hacia una nueva situación tras la muerte de Akhenatón, como de que en realidad pudo fallecer o caer en desgracia antes de que todo eso ocurriese, lo que la descartaría completamente de nuestro análisis. Ante la dificultad de discernir qué es correcto y que no, se opta por no incluirla en este estudio por lo ambiguo de su caso, que además no puede estar rodeado de más polémica y de más interpretaciones confusas, como comentábamos previamente.

Como último elemento dentro de este apartado, comentaremos sucintamente los ejemplos de las reinas helenísticas del Egipto ptolemaico, a las cuales no incluimos en este trabajo por una razón importante.

Las reinas del Egipto ptolemaico (desde finales del siglo IV a.C. hasta el 31 a.C.) fueron al mismo tiempo mujeres y hermanas de los gobernantes lágidas en la mayoría de los casos. Estas reinas recibieron varios nombres, que se fueron repitiendo entre ellas generación tras generación, por el aura especial que transmitían algunas de sus portadoras: Cleopatra, Berenice y Eurídice fueron los más comunes. A pesar de que varias de ellas portaron los títulos de Rey del Alto y del Bajo Egipto, siendo por tanto gobernantes de pleno derecho, la forma en la que ejercieron su poder presenta algunas diferencias frente a las reinas-faraón de las épocas anteriores. Siempre, o casi siempre, estuvieron acompañadas en el trono por sus hermanos y maridos, lo que implica que ellas no pudieron ejercer ese poder con libertad ninguna, siendo muchas veces comparsas al lado de sus maridos gobernantes. Es cierto que hubo algunos ejemplos de mujeres que lograron gobernar solas, sin reyes a su lado, pero fueron periodos muy breves, como el caso de Cleopatra VII antes del nacimiento de su hijo Cesarión, o los de Cleopatra II, Berenice III y Berenice IV, todas ellas gobernantes durante periodos brevísimos y caracterizados por una fuerte inestabilidad (Pomeroy, 1984: 4-39).

En consecuencia, la situación y las circunstancias que rodearon a estas reinas son sustancialmente diferentes de sus predecesoras. Es cierto que en los casos de Meret-Neit, Hatshepsut o Tausert nos vamos a encontrar con que basaron su poder en la asociación con otra figura masculina reinante, al menos durante un tiempo. Sin embargo, la autonomía de la que gozaron estas monarcas fue seguramente superior al de las reinas helenísticas, que en pocos casos gobernaron de forma efectiva, quedando a la sombra de sus hermanos y con escaso poder de maniobra. Su papel fue significativo, pues complementaban el rol de sus esposos y cumplían también una importante labor cósmica, legitimando además sus gobiernos al pertenecer ellas a la misma dinastía, la ptolemaica (Pomeroy, 1984: 4-39). Ahora bien, hemos de recalcar ese papel más complementario y menos autónomo que en sus predecesoras de los tiempos antes de los Ptolomeos, con lo que, a pesar de lo famosas que son algunas de sus protagonistas, como la eterna Cleopatra VII, nos vemos obligados a mencionarlas, pero también a dejarlas al margen en este análisis.

5. Principales reinas egipcias

En este apartado pasamos a realizar un estudio detallado de cada una de nuestras reinas, por orden cronológico:

5.1. Meret-Neit

La reina Meret-Neit es la candidata de mayor antigüedad a haber ocupado el trono de Egipto, aunque existe bastante debate en torno a este caso, como tuvimos ocasión de comentar en el marco teórico, pues mientras que para algunos era con toda seguridad un ejemplo de regente sobre su hijo, para otros habría podido dar el salto, a partir de ahí, para convertirse en una auténtica reina gobernante del país del Nilo, por propio derecho en esta ocasión. Estudiemos con más detalle la figura de esta mujer para comprender mejor este debate.

Meret-Neit nació en torno al año 3.000 a.C., en el contexto de la I dinastía de Egipto (3.100-2.900 a.C., aproximadamente). El periodo durante el que se desarrolló esta dinastía, conocido como Tinita, engloba a las dos primeras dinastías de Egipto. Durante este periodo se sientan las bases de un Egipto ya unificado, durante el cual se empezaron a sentar las bases del Estado en dicho territorio, las instituciones, creencias, etc. No obstante, dada la antigüedad de dicho periodo, resulta complicado rastrear determinados hechos o personajes, para los que encontrar fuentes es en ocasiones difícil, si bien tenemos algunos rastros de esta reina que nos permiten en cierta medida reconstruir su pasado (Shaw, 2003: 69-123).

Meret-Neit parece haber nacido en el contexto de palacio, pues Tyldesley (2006: 33-34) sugiere que fuera hija del rey Djer, que habría reinado desde el 3.000 a.C. Pertenería, por tanto, de forma directa a la familia regia de Egipto. De la misma manera opina Pätznick (2017: 92) al hablarnos de un *serej* (representación de la fachada de un palacio en el que se inscribía el nombre de los reyes), con el nombre de Neit de esta reina, que apareció junto al *serej* de su padre en las tumbas de la necrópolis real de Saqqara. Para el momento en que se realizaron dichos *serejs* con sus nombres, Meret-Neit no estaría aún casada con el rey Djer, lo que implica que ya desde su juventud ocupaba un lugar preeminente y era tenida en gran consideración dentro del palacio regio, una precedencia que no haría sino aumentar con el tiempo (Pätznick, 2017: 292-293).

Ambos autores, Pätznick (2017: 292-293) y Tyldesley (2006: 33-34) en sendas obras la reconocen como esposa del faraón Djet, el cual era hermano de Meret-Neit, pues era también hijo del rey Djer. En la misma línea se sitúa Cervelló (Parra, 2011: 106), que señala que Meret-Neit fue esposa de Djer y muy seguramente hija del anterior soberano de Egipto. El reinado de Djet habría sido de bastante corta duración, con lo que el hijo que habría tenido con Meret-Neit, Den, habría accedido al trono muy seguramente a una muy corta edad.

Meret-Neit habría pasado entonces a desempeñar un papel todavía más destacado dentro de la gobernanza del país del Nilo. Según Tyldesley (2006: 33-34), habría pasado a convertirse en regente de su hijo, asumiendo dicho cargo hasta que Den fue lo suficientemente mayor como para ejercer el poder por sí mismo, en torno a mediados del siglo XXIX a.C. ¿Qué pruebas tenemos para sostener esta visión?

Todas ellas las encontramos relacionadas con los lugares de enterramiento de estas figuras reales, tanto en Abidos como en Saqqara. ¿Qué es lo que nos encontramos en el cementerio real de Saqqara? La tumba de Meret-Neit, de grandes proporciones, situada próxima a la de los reyes Djet y Den, su marido e hijo respectivamente (Pätznick, 2017: 290).

Su tumba es conocida como la Tumba Y de Abidos y presenta unas características propias de la tumba de un gobernante de Egipto, como las que tenían el resto de soberanos en el cementerio de Abidos, con unas dimensiones de 9,05 metros de largo por 6,40 metros de ancho. La forma de la tumba nos recuerda a la de un pozo de inmensas dimensiones, con las paredes recubiertas de adobe. El núcleo central de la tumba tendría un perímetro cuadrangular que estaría compuesto por una habitación de unos 2,75 metros de largo por 2,67 de ancho, que contaría con otras ocho habitaciones auxiliares, dos en cada uno de los lados de la habitación central (Pätznick, 2017: 290).

Todo el conjunto estaría a su vez rodeado de cuarenta y un enterramientos, reservados para los sirvientes de la reina, pues se entendía que serían los encargados de mantener el culto del templo y las necesidades funerarias. Conforman una suerte de perímetro rectangular en torno al edificio principal, contiguas las unas a las otras, creando la ilusión visual de ser pequeñas celdas horadadas en el terreno. La presencia de este tipo de tumbas asociadas a los enterramientos de los reyes confirma que Meret-Neit gozó de un privilegio real de gran importancia, del que también gozaban el resto de monarcas de la I Dinastía (Pätznick, 2017: 290-296).



Figura 1. Plano de la necrópolis real de Abidos. En el plano aparece representada la tumba de Meret-Neit, que está señalada con la letra Y. **Fuente: Pätznick, 2017: 290.**

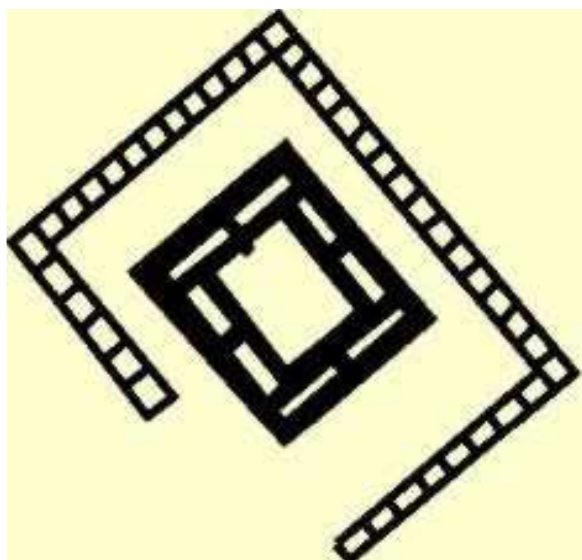


Figura 2. Planta de la tumba de Meret-Neit en Abidos. En ella se observa la organización de la cámara central subterránea y las 41 tumbas de menor tamaño que la rodean. **Fuente: Pätznick, 2017: 290.**

Esta tumba fue excavada en su totalidad y descrita por Petrie, a principios de la década de 1900, si bien uno de sus predecesores en trabajar en

dicha área, Amélineau, podría haber también intentado desenterrar las tumbas de este espacio (Bégon, 2020: 212-215). Cuando Petrie la descubrió y excavó, se encontró con un espacio que había sido quemado y saqueado, del que poco quedaba de su anterior esplendor.

En un primer momento, dadas las dimensiones del monumento funerario, lo atribuyó a un rey de la dinastía I, del que no se sabía nada hasta entonces: Meret-Neit. El nombre lo conocía a través de dos estelas que se habían conservado dentro de la tumba, una



de ellas es un estado de desintegración bastante avanzado, mientras que la otra se encontraba muy bien conservada y en ella se podía leer bien el nombre de la persona a quien pertenecía dicha tumba.

En esta estela aparece el símbolo de la diosa Neit, una de las divinidades femeninas más destacadas del antiguo Egipto, asociada a la caza, la sabiduría y otros tantos ámbitos. La aparición de esta divinidad en el panteón habría de remontarse al período predinástico y era tenida en tal consideración que tenemos numerosos casos de reinas que incorporaban en su nombre la advocación a la diosa, como ocurría como Meret-Neit, “amada por la diosa Neit” o con Neit-Hotep, “la diosa Neit está satisfecha”. En la representación de esta estela, el símbolo que representa a la diosa Neit es el del aspa (Tyldesley, 2006: 33). Vinculando a la reina con esta deidad lo que se conseguiría es reforzar la imagen de importancia de esa princesa real.

Figura 3. Estela extraída de la tumba de Meret-Neit en Abidos, donde aparece inscrito su nombre. Fuente: Tyldesley, 2006, 33.

Curiosamente, hoy existen algunas interpretaciones que ponen en tela de juicio el hecho de que el nombre de Meret-Neit sea tal y no Meret-Hemsit, como sostiene Almansa-Villatoro (2019: 44-45). En opinión de esta investigadora, en las dinastías I y II del antiguo Egipto no eran comunes los nombres que incluyeran advocaciones a los dioses, con lo que el jeroglífico de las dos cruces habría de ser interpretado con otro elemento, que no ha sido tenido en consideración hasta la actualidad. Podría leerse como *Hemsit*, en vez de *Neit*. ¿A qué hace referencia el nuevo término propuesto? Representa a la diosa Hemsit, que es concebida como la contraparte femenina del *ka*, ese elemento tan importante que forma parte de la personalidad de todos los individuos y que podríamos traducir como “fuerza vital”. Esto supondría un auténtico cambio dentro de la interpretación de una larga serie de nombres teofóricos de los primeros tiempos de Egipto, en especial para el caso de Merit-Neit, que aquí pasaría a ser “amada por Hemsit”.

Retomando los testimonios materiales que nos hablan de la preminencia de esta reina, hemos de mencionar también el palacio funerario que Meret-Neit habría tenido en el valle, muy próximo al Cementerio Real de Abidos. Este recinto habría sido descubierto y desenterrado por Petrie, aunque se encontraba en un estado ruinoso y muy poco se puede documentar de él, aunque sí se puede testificar la existencia del mismo, algo que también ocurría con el resto de reyes de la dinastía I, lo que nos indica, una vez más, que Meret-Neit fue tenida en una consideración muy alta, comparable a la de los reyes que la rodeaban, lo que nos puede ir poniendo en la pista de que se trató o de una

regente con un gran poder, o de una soberana en toda regla de Egipto, algo que discutiremos más adelante (Pätznick, 2017: 290-291).

En todo caso, hemos de sumar una última tumba a las descritas en el entorno de Abidos: sería la de Saqqara. Se trataría de una mastaba en la que no se encontraba depositado el cuerpo de Meret-Neit (se cree que los reyes de la primera dinastía estaban enterrados en Abidos, aunque el cuerpo de Meret-Neit no se ha encontrado ~~aún~~), con lo que funcionaría más bien al modo de un espacio funerario complementario, localizado en el norte del país, teniendo en cuenta lo importante que era esa dualidad del norte y el sur del reino, algo que seguramente se tuvo en cuenta a la hora de crear esta otra tumba como contraparte de la meridional abidense (Pätznick, 2017: 290-293).

Esta otra tumba fue descubierta con posterioridad, en 1946, por Emery. La mastaba fue clasificada y conocida como la 3503, con proporciones de nuevo inmensas, con 42,6 metros de largo por 16 metros de ancho, una de las más monumentales de toda la dinastía I en la necrópolis de Saqqara. La monumental mastaba, con muros de adobes marcados por el habitual ritmo de entrantes y salientes de estas construcciones, daba acceso a una cámara subterránea, donde se podía encontrar abundante material referente a la reina y que contenía constantes menciones de su nombre. Esta cámara central también había sufrido un intenso fuego que produjo grandes destrozos (Pätznick, 2017: 290-293).

Entre los elementos que contenía esta mastaba podemos destacar la presencia del *serej* en el que aparecía su nombre, del hablábamos anteriormente, pues aparece asociado al *serej* de su padre, Horus Djer (Pätznick, 2017: 290).

Con todos los elementos materiales que hemos ido comentando resulta más que evidente el lugar destacadísimo que ocupó Meret-Neit dentro del palacio real en su etapa de vida. Con todo y con eso, podemos añadir algún testimonio material más: en la tumba de su hijo, Den, ubicada en el cementerio real de Abidos, muy próxima a la de su madre, podemos encontrar numerosos objetos que contienen el nombre de la madre del rey. Asimismo, figura una lista real recogida en un cilindro-sello, que contendría los nombres de todos los gobernantes del país del Nilo hasta ese momento. Entre ellos figuraría el nombre de Meret-Neit. Es cierto que no aparece con la titulación propia de los reyes de Egipto, con epítetos como “rey del Alto y el Bajo Egipto” u “Horus”. No obstante, la hace aparecer dentro de ese listado como “madre del rey”. Anteriormente ya habíamos visto que era poseedora de este título y, además, su hijo la hace figurar en ese listado (Pätznick, 2017: 295).

No contamos con el nombre de Meret-Neit en ninguna lista de los grandes reyes de Egipto, que fueron elaboradas reiterativamente en las centurias sucesivas, como método de dejar grabados los nombres de los grandes señores de Egipto de las épocas pasadas. Ni en la Lista Real de Abidos, ni en la de Saqqara, ni en ninguna otra (Leprohon, 2013), a excepción de un fragmento de la Piedra de Palermo, que está bastante dañado y donde probablemente figurara el nombre de Meret-Neit (Tyldesley, 2006: 122-123).

La Piedra de Palermo constituye un monolito de basalto negro, en el que aparecen grabados los nombres y títulos de los reyes de Egipto que van desde el periodo predinástico hasta la V dinastía del Reino Antiguo, abarcando, por tanto, el Período Tinita y la época de reinado de Meret-Neit y de su hijo. La piedra habría sido construida, efectivamente, en tiempos de la V dinastía y en una sección, bastante dañada, aparecería mencionada nuestra reina, aunque figuraba en términos de “madre del rey”, con dicho título especificado, lo que al menos nos inclinaría a pensar sobre esta reina en términos de regente de su hijo (Leprohon, 2013: 40-55).

Añadiremos, en último lugar, otro elemento que seguramente ratifique la teoría de que esta mujer tuvo entre sus manos las riendas del poder de Egipto. En opinión de Bégon (2020: 212-215), contamos en nuestras manos con un testimonio muy valioso de su época, que hasta ahora no había asociado de manera evidente con esta reina. Se trataría de un pequeño fragmento de marfil en el que aparece un grabado, bastante deteriorado, pero en el que todavía se podría percibir la presencia de dos figuras: por un lado, una figura de menor tamaño, que aparecería en las piernas de otro individuo de mayores proporciones, lo que seguramente se corresponda con alguien de mayor edad. Habría sido encontrada en el cementerio real de Abidos, donde se encuentran enterrados los grandes reyes de la dinastía I y II.

El mal estado de conservación obliga a establecer hipótesis basándose bastante en la probabilidad de lo que podría estar representado, pero según Bégon, nos encontraríamos ante un grabado que reflejaba a la reina Meret-Neit, que estaría sosteniendo a su hijo Den entre sus piernas (Bégon, 2020: 212-215).

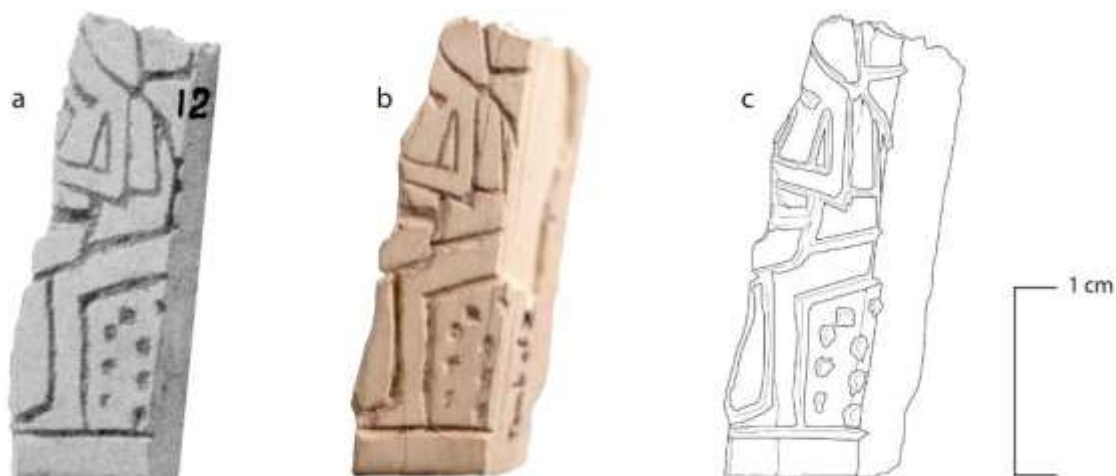


Figura 4. Fragmento de marfil en el que aparece el grabado de una figura en las piernas de otra de más edad. Fuente: Bégon, 2020: 214.

En primer lugar, descartamos que la figura sobre la que se sostiene el joven rey sea la de otro rey, su padre, ya que no existe constancia de ese tipo de representaciones, mientras que sí existen otras que muestran a las madres con sus hijos reyes, sosteniéndoles sobre las rodillas, en pose de protección. En una pose claramente similar existen otras estatuillas, como la que representa a Pepi II con su madre Ankhnespepi (figura 15, en los anexos).

Por tanto, descartado el hecho de que se trate de un faraón, habría de tratarse de una mujer, una madre, que dada la postura que mostraría esta estatuilla, estaría simbolizando probablemente el ejemplo de una regencia, por la postura protectora y el énfasis que se estaría poniendo en la relación entre madre e hijo. En consecuencia, si seguimos dicha interpretación, también podría estar reflejando a Neit-Hotep con su hijo Djer. ¿Qué nos llevaría a pensar en esta otra opción? Que es el único otro caso que conocemos de una regencia de una madre a su hijo en el Período Tinita (Bégon, 2020: 212-215).

Ahora bien, por el tipo de representación de la figura del joven rey, con una larga cabellera, podemos reconocer un tipo estilístico propio de la época del rey Den o del rey Djer. De ello se deriva que si el niño representado es Den, la madre que aparecería sosteniéndolo sería Meret-Neit. Aunque se trate de una interpretación arriesgada,

podríamos estar sumando a la larga lista de vestigios del poder de esta reina otro más, reforzando la idea del inmenso poder que tuvo entre sus manos (Bégon, 2020: 212-215).

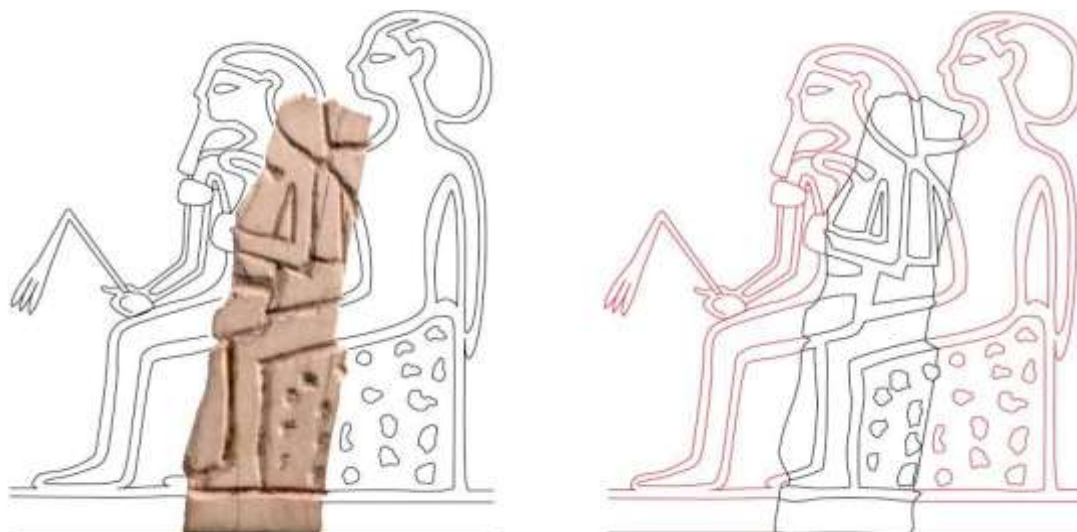


Figura 5. Hipotética reconstrucción del fragmento de marfil en base a la interpretación que le otorga Bégon. Fuente: Bégon, 2020: 215.

Con ello, ya hemos completado la lista de todos los testimonios arqueológicos que conservamos de la época de Meret-Neit. Todos ellos nos llevan a extraer unas conclusiones importantes sobre esta reina: desempeñara el papel que desempeñara, el prestigio que alcanzó fue algo inusitado para una mujer en aquellos momentos, algo patente en el hecho de que se sitúa entre los grandes reyes y sus tumbas en el mismo espacio, con tumbas que llegan a rivalizar o incluso a sobrepasar a las de los monarcas. El haber recibido ese emplazamiento nos habla de una prerrogativa regia sin lugar a duda y otros de los elementos que hemos ido comentando también.

Ahora bien, a pesar de toda esta afluencia de datos, sigue resultando complicado determinar cuál fue el papel concreto que desempeñó esta fémica. ¿Fue un rey de Egipto, con pleno derecho sobre el trono y control de los mecanismos de poder? ¿O, por el contrario, se conformó con ejercer el papel de una regente de su hijo, supervisando los asuntos del Estado hasta que el pequeño Den alcanzase la minoría de edad?

Lo cierto es que no se puede afirmar con absoluta certeza cuál es el rol que desempeñó Meret-Neit en su época. Cervelló (2011: 105) la menciona como una regente de su hijo, de la misma manera que Shaw (2003: 68). Bégon (2020: 212-215) se refiere a ella en todo momento como una regente de Den y, de hecho, su artículo habla del grabado sobre marfil como un testimonio que permitiría afirmar con más certeza el hecho de que Meret-Neit fuera regente de su hijo, sin mencionar en ningún momento que se tratase de una reina-faraón. Por su parte, Tyldesley (2006: 122-123) apunta a que pudiera tratarse de una reina-faraón, aunque al mismo tiempo sugiere que lo más prudente en base a la información que se tiene es afirmar que se trató de una regente de su joven hijo, únicamente hasta que este accediera al trono tras alcanzar la mayoría de edad. Tampoco Troy (1983: 139) indica claramente que opina sobre el asunto, pues habla de ella al comentar los casos de mujeres que ejercieron el poder, pero no especifica si lo hizo desde su posición de regente o desde la de reina-faraón. Robins (1993: 21-40) ni tan siquiera la menciona cuando habla de aquellas reinas que accedieron al poder del rey, centrando el foco de su atención únicamente en Hatshepsut o Nefertiti, con lo que de ella tampoco podemos extraer nada en claro.

La controversia, como vemos, está más que servida una vez más, pues nos encontramos también con opiniones que definen a Meret-Neit más claramente como una reina-faraón. Graves-Brown (2010: 144) sí se atreve a hablar de ella en términos de reina-faraón, considerando que podría haber llegado a reinar en Egipto en el período que medió entre la muerte de su esposo Djet y el ascenso al trono de su hijo Den.

Asimismo, Pätznick (2017: 289) también considera claramente que podemos hablar de Meret-Neit en términos de reina-faraón, a pesar de que reconoce que son muchas las opiniones que prefieren dejarla como regente. No obstante, él ha elaborado una compleja teoría para explicar por qué cree que Meret-Neit accedió al poder de faraón, cómo lo hizo y qué nombre habría adoptado para ello.

En su opinión, Meret-Neit ya habría tenido un poder destacado durante los reinados de su padre y de su esposo, al menos de fondo. Empero, fue tras la muerte de su marido cuando realmente tuvo la oportunidad de salir al frente, a tomar el control de su territorio. Durante el período de la minoría de edad del joven Den habría tenido el poder de una regente, sin dar el salto definitivo hacia la conversión en un monarca por sí misma. Entonces, ¿en qué momento dio ese paso? Según su interpretación, no habría sido hasta bastante tiempo después, tras la muerte de su hijo Den (Pätznick, 2017: 299-301).

A la muerte del rey Den se abrió en Egipto un momento de una cierta inestabilidad, con candidatos al trono que no presentaban una legitimidad incuestionable, seguramente porque no descendían de la rama principal de la familia regia, como seguramente ocurrió con el rey Semerkhet. En un primer momento, ante esta situación de incertidumbre, es posible que Meret-Neit, que habría sobrevivido a su hijo, diera un paso hacia delante y se convirtiese en la primera mujer-faraón de la historia (Pätznick, 2017: 299-301).

A pesar de este inteligente movimiento para asumir completamente el poder, nunca habría adoptado para sí el título de “Horus”, reservado para el resto de reyes y que fue un elemento identificador de la realeza durante la I dinastía. Lo más probable es que ella hubiera adoptado el de “Dos halcones”. El halcón era el animal asociado con el dios Horus, la divinidad vinculada con los reyes por excelencia durante la dinastía I. En consecuencia, aunque fuera adoptando el título de “Dos halcones”, la reina estaría evocando directamente a la realeza. Bajo este título habría reinado durante un breve tiempo, antes de que accediese al poder el monarca Andjib (Pätznick, 2017: 299-301).

El problema habría venido más tarde, con el soberano Semerkhet, que se negó a identificarse probablemente o a reconocer la legitimidad del monarca que había sucedido a Horus Den, que no habría sido otra que Meret-Neit. Sin embargo, Semerkhet no quiso reconocer a esta monarca previa a él y decidió borrar cualquier referencia de ella, esforzándose por eliminar el título de “Dos halcones” del máximo posible de sitios donde estuviera escrito, aunque no desapareció en todos y su llegada a nosotros es lo que permite a Pätznick sustentar su teoría de que fue una reina-faraón, concretamente Meret-Neit, la que se escondía detrás de ese título. Sea como fuere, se habría convertido en la primera gobernante de la historia de Egipto en calidad de soberano por propio derecho (Pätznick, 2017: 303).

En la misma línea podríamos entender la aportación de Callender (1998: 229), que en uno de sus estudios acerca de la reina Neferusobek sugiere que Meret-Neit quizás podría haber tenido una titulación al modo del resto de los reyes de Egipto. Su titulación pudo haberse perdido, dada la dificultad para recuperar registros arqueológicos de aquella época, o bien podría haber sido eliminada intencionalmente por alguno de los sucesores de Meret-Neit. En todo caso, podría haber exhibido una titulación más larga y propia de un gobernante por propio derecho, aunque no lo podemos saber, sólo teorizar.

A lo largo de los párrafos anteriores hemos podido observar cómo existen distintas interpretaciones sobre el papel que ejerció esta enigmática reina. No podemos afirmar con total seguridad si es la primera gobernante femenina por propio derecho de la historia o no, pero desde luego contamos con indicios materiales que podrían sugerir que sí, y algunos autores lo sostienen. Dado que existen muchas posibilidades de que así fuera y es la que comúnmente es nombrada como primera reina-faraón de Egipto, merece la pena incluirla dentro de esta lista y haber podido comentar los pormenores de su vida y poder, pues bien fuera regente o bien soberana, las cotas de poder que alcanzó no se conocían en el país del Nilo hasta su llegada.

5.2. Neferusobek

Pasamos al estudio de la primera reina-faraón totalmente reconocida por parte de los expertos y de la que no albergamos ninguna duda de su existencia y del poder que ejerció como gobernante por propio derecho de Egipto.

De ella encontramos tanto referencias claras de su titulación, como de sus años de reinado, figura en numerosas listas reales, toda una suerte de indicios que apuntan hacia ella como soberana del país del Nilo entre 1.777 a.C. y 1.773 a.C.

¿De dónde procedía Neferusobek? ¿Qué puesto ocupaba dentro del palacio real antes de ascender al trono? Tyldesley (2006: 74-75) considera que Neferusobek fue muy probablemente hija del rey Amenemhat III y de una de sus esposas, sin saber con seguridad quién habría sido su madre, si la misma que la de Amenemhat IV, Hetetpi, u otra mujer distinta. De la misma manera, Shaw (2003: 165-170) o Diego (2011: 252-254) la consideran hija del rey Amenemhat III, tal y como hacen otros expertos que se han centrado más en su figura, como es el caso de Callender (1998: 227-228) o Diamond (2020: 2-3).

Habría nacido en el contexto del Reino Medio, en los primeros años del siglo XVIII a.C., en la todavía época dorada de la dinastía XII (Diego, 2011: 209-271). Durante los periodos de gobierno de los reyes previos, Egipto había alcanzado el dominio de las costas del Levante sirio, había realizado numerosas expediciones militares y comerciales hacia el sur, etc. Asimismo, había promovido el desarrollo del Estado por medio de la expansión de la función de los escribas, fortaleciendo la institución monárquica y los límites a los que era capaz de llegar. El padre de Neferusobek, Amenemhat III no destacó por llevar a cabo inmensas campañas militares, aunque sí desarrolló algunos proyectos para conectar la depresión de El-Fayum con las aguas del Nilo por medio de un canal, para hacerlas cultivables, así como algunas expediciones hacia ricos espacios mineros. En consecuencia, en el momento de nacimiento de esta reina el Reino Medio todavía atravesaba una etapa de cierto esplendor (Diego, 2011: 209-271).

Sea como fuere, era la hija de un soberano de Egipto, algo en lo que ella incidirá bastante posteriormente, como tendremos ocasión de comentar. Lo que no está tan claro es cuál podría ser su relación con el soberano que la precede en el trono, Amenemhat IV. Éste último sería hijo de Amenemhat III, por tanto, hermano o medio-hermano de Neferusobek. Sin embargo, no se tiene constancia clara de que éstos llegaran a casarse. Todos los autores anteriores mencionan que existe la posibilidad de que se hubiera desposado con su hermano, si bien no se puede afirmar con total seguridad. A pesar de que exista la posibilidad que hubiera estado casado con su hermano, hay algo cierto, en lo que incide Diamond (2020: 3-9): ni se asoció posteriormente a su figura, como sí lo haría con la de su padre Amenemhat III, ni tampoco portó nunca entre sus títulos el de “esposa del rey”, lo que pone en serias

dudas las interpretaciones que optan por representarla como una esposa de su hermano, el monarca.

En la misma línea se encuentra la opinión de Ryholt (1993: 32), que además opina que el hecho de que Neferusobek nunca se asocie a la figura de su hermano podría significar que lo concibió como un monarca poco destacado, un sucesor menos digno de identificarse con él que su padre Amenemhat III, cuya imagen sí era muy apreciada y fue concebido como un monarca fuerte.

Lo que sí es cierto es que a partir de la muerte de Amenemhat IV comienza el periodo de brillo de Neferusobek, probablemente en el 1.777a.C. (Diamond, 2020: 3).

En dicha fecha Neferusobek decide ocupar el trono por sí misma, sin ser corregente de ningún otro rey. Es bastante seguro que no hubiera ningún otro candidato masculino firme al trono, lo que le permitiría a ella aprovechar dicha oportunidad para hacerse con él. Su hermano Amenemhat IV no habría tenido ningún sucesor varón, lo que hacía de ella la candidata más legítima para ocupar el trono, al ser hija del gran Amenemhat III (Diamond, 2020: 3).

Ahora bien, ¿cuál fue la titulatura que adoptó? ¿Qué testimonios dejó de su reinado? ¿Fue efectivo?

Antes de responder a todas estas cuestiones, debemos acudir a las fuentes clásicas, pues tenemos la suerte de que para el caso de Neferusobek, las referencias de su existencia y su reinado las encontramos en numerosas listas de reyes y fuentes clásicas posteriores. De esta manera, el propio Manetón, a través de Sincelo, nos habla de ella:

“La XII Dinastía consistió en siete reyes de Dióspolis:

[...]

Séptimo y último lugar. Skemiofris reinó cuatro años”.

Fuente: Manetón, *Historia de Egipto* (Jiménez y Jiménez, 2008: 116).

Manetón recoge su nombre como el de Skemiofris, pero sabemos que se refiere a ella tanto por la cifra de años de reinado que nos ofrece, como por colocarla en el último lugar de la dinastía XII.

Asimismo, otra fuente clásica nos permite saber que para aquellos momentos, el gobierno de las mujeres en Egipto había sido, teóricamente, permitido mucho tiempo atrás, de ahí que Neferusobek no tuviera grandes problemas para legitimarse como soberano de Egipto. Es Manetón de nuevo quien nos da este dato:

“La Dinastía II está formada por nueve reyes de Tis.

[...]

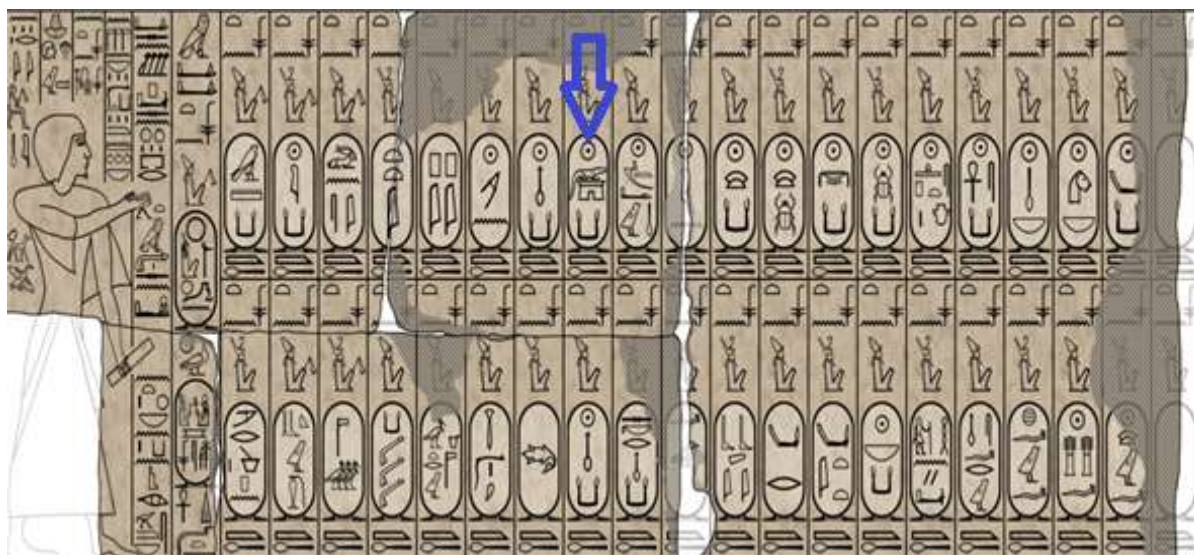
Tercer lugar. Binotris reinó 47 años. Durante su reinado se decidió que las mujeres podían ser reyes”.

Fuente: Manetón, *Historia de Egipto* (Jiménez y Jiménez, 2008: 107).

Siguiendo a Manetón entendemos que no existía ningún impedimento para que la mujer gobernara en Egipto desde la dinastía II, con lo que Neferusobek (para Manetón, Skemiofris) pudo alcanzar el trono en ese periodo final de la dinastía XII.

De la misma manera, las listas reales nos dejan constancia de su existencia y de su periodo de gobierno. Neferusobek aparece mencionada en la Lista Real de Karnak, elaborada en tiempos de Tutmosis III, durante la dinastía XVIII, en el Reino Nuevo. La lista recoge más de sesenta reyes, de los que son perfectamente reconocibles, comenzando con la dinastía IV, en el Reino Antiguo, y llegando hasta el propio Tutmosis III. Resulta más que curioso que la gobernante inmediatamente anterior a Tutmosis, Hatshepsut, otra reina-faraón, es intencionalmente eliminada de la lista, mientras que Neferusobek, bastante anterior en el tiempo, sí será reconocida como una gobernante legítima por parte de Tutmosis, permitiendo que su nombre fuera grabado en los muros de Karnak (Leprohon, 2013: 56-60).

Otra lista en la que figura nuestra reina es la Lista Real de Saqqara. En esta inscripción sobre piedra nos encontramos con los nombres de más de cincuenta gobernantes, que iría desde la primera dinastía, en tiempos tinitas, con Andjib, hasta la dinastía XIX, con la figura de Ramsés II, que habría sido el que encargó que esta lista fuera compuesta. La presencia de Sobekneferu aquí, una vez más, implica que era reconocida como una gobernante legítima del país del Nilo por parte de Ramsés II y del entorno de palacio del Reino Nuevo y la dinastía XIX (Leprohon, 2013: 56-60).



(Arriba) Figura 6. Recreación de los grabados de la Lista Real de Saqqara, en la que aparece Neferusobek. Fuente: Domínguez, 2015: 11.

Un último lugar donde podemos encontrarlos es el Canon o Papiro Real de Turín, donde no sólo aparece su nombre, sino que figura que su reinado se extendió a lo largo de tres años, diez meses y veinticuatro días, algo menos de lo que sugiere Manetón, pero que en líneas generales vendría a coincidir con las cifras que se suelen manejar para el periodo de gobierno de esta monarca. El Canon Real de Turín fue mandado elaborar también por el rey Ramsés II, aunque en este caso nos encontramos con un soporte diferente al de la Lista Real de Saqqara, el papiro. Si bien se asigna al reinado de este monarca, podría ser algo posterior, aunque no hay medios para asegurarlo completamente. Lo importante reside en el hecho de que una vez más Neferusobek es reconocida como gobernante legítima e incluso se incluyen los años de su periodo en el poder (Leprohon, 2013: 56-60).

Por el contrario, en la Lista Real de Abidos, de tiempos de Seti I, no encontramos ninguna referencia a la reina, algo que podría resultar extraño teniendo en cuenta que aparece en todas las demás listas de primer orden. No tenemos ninguna explicación clara para este suceso, ya que es raro que si era reconocida como legítima por la mayoría de soberanos del Reino Nuevo no lo fuera por Seti I. Aquí se abre una incógnita de no fácil solución (Leprohon, 2013: 56-60).

A través de todas estas fuentes hemos tratado de transmitir una idea clara: Neferusobek está atestiguada como reina en numerosos registros, siendo la única reina de todas las que vamos a analizar que aparece en las listas reales de los monarcas posteriores, con lo que parece que no hubo ningún gobernante que tuviera algún impedimento en reconocerla como señora de Egipto, mientras que con respecto a las otras sí pudo haber algún interés en borrar de la historia su testimonio.

Ahora que hemos descrito con toda seguridad la relación de esta reina con su trono, pasemos a comentar cuáles fueron los títulos a partir de los que mostró su poder, ya que para el caso de Meret-Neit no tuvimos la suerte de poder hablar de titulaturas regias de forma certera, pero en este ejemplo podemos hacerlo.

- Nombre de Horus: *myrt R^c*, “Amada de Ra”.
- Nombre de las “Dos Señoras” o *Nbtj*: *sꜣt šꜣm-nbt tꜣwy*, “Hija del poder, Señora de las Dos Tierras”.
- Nombre de Horus de oro: *ꜥꜥt ꜥꜥ*, “Ella cuya apariencia es estable”.
- Nombre de *Nesut-Bity* o “El que pertenece a la Abeja y el Junco”: *Sbk kꜣ R^c*, “Sobek es el *ka* de Ra”.
- Nombre de *Sa-Ra* o “Hijo de Ra” (en este caso, “Hija de Ra”): *nfrw Sbk*, “La belleza de Sobek”.

(Callender, 1998: 228).

Lo primero que podemos apreciar es que la reina porta en su titulación todos los títulos de los soberanos de Egipto. Desde la Dinastía V ya estaban asentadas estas formas de denominar a los reyes de Egipto, no habían variado. Se componía la titulación de cinco títulos, seguidos a su vez por los nombres específicos para cada rey. Lo más relevante son el título de *Nesut-Bity* y el de *Sa-Ra*, pues el primero es el nombre de entronización del soberano en cuestión, mientras que el segundo es el que recibió al nacer (Callender, 1998: 228).

Como podemos ver, esta reina recibió al nacer el nombre de Neferusobek (o Sobekneferu), con el que nos hemos estado refiriendo a ella en todo momento. Se traduciría exactamente por “la belleza de Sobek”, mientras que su nombre de trono también haría referencia a esa misma divinidad, Sobek: “Sobek es el *ka* de Ra”. Sobek sería la divinidad cocodrilo por excelencia, un dios de gran importancia en el Delta del Nilo y en la zona de El-Fayum. No hemos de olvidar que la dinastía XII, a la cual pertenece esta reina, trasladó su capital política desde Tebas hacia El-Fayum, a Itchy-Tawy. De ahí podemos inferir la influencia que pudieron tener las creencias y cultos preponderantes de la zona de El-Fayum dentro del palacio real, razón por la cual algunos gobernantes mostraron nombres teofóricos, que en este caso concreto se vincula con la divinidad de la fertilidad, del crecimiento, algo importante para la cultura agrícola egipcia, que ocurría en las márgenes del río Nilo, donde no era infrecuente encontrarse con animales como el cocodrilo (Callender, 1998: 225-228).

Ahora pasamos a comentar el modo en que Neferusobek ejerció su poder, analizando especialmente la combinación que hizo de la feminidad de su condición con la masculinidad tradicionalmente vinculada con la institución de la realeza en Egipto.

Hasta la llegada de Neferusobek al trono, el número de mujeres gobernando se habrían reducido, en el mejor de los casos, al ejemplo de Meret-Neit. Por tanto, habría sido la

monarca de la dinastía XII de la que conservamos elementos que testimonian la forma en que expresó su poder, de una manera un tanto particular, que servirá de precedente para otras reinas-faraón posteriores como Hatshepsut.

Diamond (2020: 2-9) subraya que el uso que hizo de su género supuso algo completamente novedoso para los egipcios, pero al mismo tiempo estaba basándose en elementos propios de la cosmovisión egipcia, como podía ser el dualismo de lo femenino y masculino o en la androginia de algunas divinidades, tal y como explicábamos en el apartado reservado a la visión de la mujer dentro de la realeza egipcia. ¿A qué nos referimos exactamente con todo esto? Al particular modo que esta reina tuvo de transmitir su condición real, algo perceptible a través de las imágenes y títulos que conservamos de su época.

Comencemos por comentar los principales testimonios escultóricos de su época. El más reconocible de todos ellos es la imagen de un torso, en cuarcita roja, conservado hoy en el Museo del Louvre en París. El torso de la reina muestra elementos evidentemente femeninos, propios de su género, con otros masculinos, comunes en las representaciones de los reyes egipcios. De esta manera, aparece la figura cubierta de un vestido recto, femenino, con escote en forma de “v”, con un faldellín por encima, masculino, y con un *nemes* faraónico, del que sólo se conserva la parte inferior, mientras que el resto del tocado estaría cubriendo la cabeza de la reina, hoy desaparecida (Callender, 1998: 225-228).



Figura 8. Busto de la reina Neferusobek, siglo XVIII a.C., dinastía XII, actualmente conservado en el Museo del Louvre (París). Fuente: Diamond, 2020, 13.

En esta estatua se puede observar, por tanto, la síntesis de elementos masculinos y femeninos. La reina no renuncia en absoluto a su género y las implicaciones que ello trae consigo. Por ello conserva atributos propios de su feminidad. No en vano, las diosas del panteón egipcio también representaban un papel fundamental para el mantenimiento del equilibrio cósmico y ella, como mujer, encarnaba esos principios, con lo que no iba a renunciar a mostrarlos de ninguna manera. Todo esto cobra sentido si recordamos todos aquellos conceptos que tratamos en el apartado de la mujer regia, pues

Neferusobek era muy consciente de todas esas ideas e hizo que sus artistas lo plasmasen (Diamond, 2020: 4-6).

Ahora bien, si sólo habláramos de su representación femenina estaríamos marginando, erróneamente, la otra parte de su escultura, que es igualmente importante. La reina optó por continuar con la tradición que mostraba a los reyes de Egipto como individuos altos, musculados, con ciertos atributos y vestimentas, en posición de defender al país del enemigo que acechaba. Los reyes habían sido tratados artísticamente así desde los comienzos de la civilización egipcia, sentando una costumbre a la hora de representar a los soberanos. Neferusobek no renuncia a ello, sino que lo une a su feminidad. En otras palabras, esta representación toma aspectos de su feminidad, pero también de la masculinidad que estaba asociada al papel del Rey del Alto y el Bajo Egipto. Ella no rompió con ese canon, sino que lo mantuvo dándole su “toque personal”.

¿Cómo es posible esto? Porque la reina era muy consciente también de que la androginia era algo posible dentro de la cosmovisión egipcia y de que algunas de las grandes divinidades, como hemos tenido ocasión de comentar (Atum, Hathor, etc.), podían mostrar naturaleza andrógina. En consecuencia, el gobernante también podía manifestarlo.

Es más, en opinión de Diamond (2020: 7-9), ésta fue la carta que jugó con gran inteligencia esta soberana: la de poder reivindicar aspectos de los dos géneros que configuraban los principios fundamentales del cosmos. Ella misma era capaz de reunir en su persona, como ningún otro gobernante había podido, los dos aspectos complementarios clave, lo masculino y lo femenino, encarnando de manera perfecta la síntesis, unión y orden del cosmos que era necesaria para que el pueblo de Egipto viviese en paz. Ésta fue seguramente la ideología que subyacía detrás de este tipo de imágenes. Para que llegase a la población, a sus súbditos, era necesario que la estatuaria estuviera coordinada con estas aspiraciones políticas (Diamond, 2020: 4-6).

A pesar de que ésta es la estatua mejor comentada, nos encontramos también con otras heredadas de aquella época. De ellas sólo se habrían conservado la zona baja del vestido y los pies, pero es probable que hubieran tenido características similares al busto que conservamos, mostrando de nuevo ese tipo de iconografía que tiempo más tarde nos volveremos a encontrar con otras reinas-faraón (Diamond, 2020: 7-8).

Esta misma estrategia puede ser perfectamente advertida en su titulación regia, que antes comentábamos. Si recordamos, algunos de los títulos presentaban un género masculino, como “Rey del Alto y el Bajo Egipto” o “Horus del oro”, mientras que en otras ocasiones aparece la terminación del género femenino, marcada con una *t* en la transcripción, como en los nombres de *Nebty*, que eran “Hija del poder, Señora de las Dos Tierras” o en el de Horus del oro, “ella cuya apariencia es estable”. Una vez más, la alternancia de masculinos y femeninos dentro de su titulación colabora a proyectar la idea de que combina los dos principios fundamentales dentro de su persona, tal y como ocurría con los ejemplos de la escultura (Callender, 1998: 228).

Figura 9. Cilindro-sello del reinado de Neferusobek en el que aparece su nombre de Horus, “Hija del poder, Señora de las Dos Tierras”. Fuente: Tyldesley, 2006, 75.



En el caso del cilindro de la figura 9 podemos observar dicha alternancia, pues aparece el femenino en este título. Por encima del nombre de Horus nos encontramos con el tradicional halcón que se coloca sobre los cartuchos que contienen los nombres de los gobernantes.

Con esto nos acercamos al fin del apartado de la reina Neferusobek. No se pueden añadir muchos más datos acerca de su reinado, pues coincidió con el final de la dinastía XII y al haber durado tan sólo cuatro años (sólo duro desde el 1.777 a.C. hasta el 1.773 a.C.) y no haberse desarrollado grandes actividades, es difícil rescatar del pasado más información. Algunas de las interpretaciones menos recientes tendían a señalar que su reinado coincidió con un periodo de bastante inestabilidad y que la ineficacia de su gobierno terminó de poner fin a la dinastía XII. Hoy en día se sabe que los procesos de desintegración que experimentó el Estado egipcio difícilmente se pueden atribuir a un reinado de tan corta duración, sino que se desarrollaron con mucha mayor celeridad a la muerte de Neferusobek (Diamond, 2020: 2).

Otro hecho que sí podemos apuntar sobre ella fue el esfuerzo que hizo por vincularse por la figura de su padre, a quien tenía en la consideración de ser un monarca de gran poder y legitimidad, y a través de esta vinculación logró reivindicar legitimidad también para ella misma, por pertenecer a una larga línea de soberanos de Egipto. Asimismo, se le atribuye a ella la deificación de su padre y la construcción de un templo para su culto (Callender, 1998: 225-226).

Desconocemos cuál pudo ser el lugar de enterramiento de esta reina, aunque algunas teorías sugieren que pueda estar enterrada en el complejo de la pirámide de Maghuzna, donde hay dos pirámides, una de ellas, la norte, está atribuida al rey Amenemhat IV, mientras que la otra, según estas teorías, habría pertenecido a la reina Neferusobek, donde se le habría dado sepultura. Se situaban en la zona de El-Fayum, a unos pocos kilómetros de Dahshur. De ninguna de ellas se conserva más que unos muy escasos restos, lo que dificulta enormemente la tarea de identificar la tumba de la reina analizada, que quedará como una incógnita para el futuro (Tyldesley, 2006: 77-78).

A modo de resumen y conclusión, en estas páginas hemos estudiado a la primera reina de la que podemos hablar con total seguridad en términos de reina-faraón, que además sentó numerosos precedentes en la forma que tuvo de interpretar su condición femenina en combinación con su condición regia. La importancia de esta figura contrasta con la escasa información que tenemos de ella, lo que invita a seguir profundizando sobre su vida y acciones durante su gobierno.

5.3. Hatshepsut

Hatshepsut es sin lugar a duda la reina-faraón más reconocida y sobre la que más se ha escrito, en buena medida gracias a su extenso reinado de 22 años entre el 1.179 y el 1.158 a.C., un tiempo estable y de cierta prosperidad. Pero ¿quién fue esta Hatshepsut de la que hablamos? ¿De dónde procede y cómo fue ascendiendo?

Hatshepsut nació en el palacio de Tebas, capital en aquella época de la dinastía XVIII, en el palacio real, probablemente en torno al año 1.505 a.C. Era la hija del rey de Egipto Tutmosis I y de su gran esposa real Ahmose. De este matrimonio no hubo ningún varón, con lo que fue Hatshepsut el único fruto de su matrimonio con la esposa principal. La época de reinado de su padre fue ciertamente una época de esplendor militar y estabilidad política. La dinastía XVIII estaba en ese momento en todo su esplendor y contaba todavía con poco recorrido. Tutmosis I había sometido las rebeliones que se

levantaron en Nubia, poniendo esta región bajo control egipcio. El reino gozaba al mismo tiempo de una prosperidad económica, con cosechas buenas en esos años, que contribuían a sostener esa situación de estabilidad general (Galán, 2011: 314-318).

De esta manera, el heredero de Tutmosis I se encontró con una situación favorable para reinar. Su heredero no podía provenir de su matrimonio con la gran esposa real, como mencionábamos antes, ya que Ahmose no le había dado ningún varón, con lo que el nuevo rey habría de ser Tutmosis II, hijo de Tutmosis I con una consorte de menor categoría, Mutnofret. Galán (2010: 318) sugiere que en los primeros momentos de reinado de Tutmosis II, éste se habría desposado con Hatshepsut, como manera de reforzar todavía más su legitimidad, al casarse con una hija del anterior rey y su esposa principal. Asimismo, Galán (2010: 318) considera que en los primeros momentos del reinado de Tutmosis II, que aún sería un joven gobernante, Ahmose, madre de Hatshepsut y suegra del rey, podría haber ejercido una especie de regencia, como parece colegirse de los relieves de la estela 15699 del Museo de Berlín, en la que aparecería la reina Ahmose por detrás de la pareja regia formada por Hatshepsut y Tutmosis II.



Figura 15. Estela que representa a la pareja real de Tutmosis II y Hatshepsut (centro), asistidos por detrás por Ahmose, madre de la reina. Fuente: Robins, 1994: 43.

Ese papel de Ahmose se entiende perfectamente si se analiza la línea femenina que precede a Hatshepsut en la dinastía XVIII. Esta dinastía estuvo marcada desde el primer momento por figuras femeninas de gran poder. Destaca la reina Ahhotep, que tuvo un papel destacado en el proceso de unificación del Alto y el Bajo Egipto y el inicio de la dinastía XVIII. También sobresalen las descendientes de ésta, en especial Ahmose-Nefertari, probablemente madre de Ahmose y abuela de Hatshepsut. Tanto Ahhotep como Ahmose-Nefertari puede que llegaran a ser regentes de sus jóvenes hijos. Lo fueran o no, lo que sí es cierto es que esta línea de mujeres que inaugura la dinastía XVIII contaron con amplias prerrogativas y con un gran prestigio, con títulos asociados como el de “mujer del dios”, un título de gran importancia, que portaron varias de ellas y que posteriormente exhibiría Hatshepsut como fuente de prestigio y legitimidad. En consecuencia, no nos extraña la aseveración de que Ahmose, la madre de Hatshepsut, pudiera haber controlado el poder brevemente, como habían hecho ya algunas de sus antecesoras. El precedente de gran poder e influencia femenina en la corte tebana en el que se inspiraría Hatshepsut es más que evidente (Tyldesley, 2006: 87-94).

Sea como fuere, el reinado de Tutmosis II llega pronto a su fin, habiendo durado sólo tres años. No dio tiempo en ese corto lapso a realizar grandes expediciones o construcciones, con lo que no queda mucho testimonio de este reinado. Al morir este monarca, habría de sucederle su hijo varón. Con su gran esposa real, título ostentando por Hatshepsut, sólo tenía una hija, Neferura. Su hijo provenía de otro matrimonio con otra consorte de menor grado, Isis, con quien había concebido a Tutmosis III. Sin embargo, el nuevo gobernante tenía una edad demasiado reducida como para ejercer el poder por sí solo. Es en ese momento cuando entra en acción Hatshepsut (Laboury, 2005: 54).

La reina era la candidata más firme a ejercer una regencia sobre el joven Tutmosis III, ya que era la gran esposa real del fallecido monarca y tenía una gran precedencia en la corte. Desde luego, su prestigio era mucho mayor que el de la madre biológica de Tutmosis, Isis, con lo que lo que el puesto estaba asegurado para Hatshepsut.

De esta manera, en el año 1.479 a.C., se inicia la regencia de esta fémina sobre su sobrino e hijastro. A través del relato autobiográfico de la tumba de uno de los cortesanos más importantes del palacio en aquella época, Ineni, tenemos constancia de la regencia que se estableció en aquel momento:

Habiendo ido al cielo, él (Tutmosis II) se unió con los dioses. Su hijo quedó en su lugar como Señor de las Dos Tierras y asumió el liderazgo sobre el trono de su padre, mientras que su hermana (la hermana de Tutmosis II), la mujer del dios, Hatshepsut, sería la encargada de dirigir los asuntos del reino, las Dos Tierras descansarían bajo su supervisión (Laboury, 2014: 54).

Aunque puede que este texto fuera redactado tiempo después, cuando ya Hatshepsut estaba a punto de asumir la función regia previa, los hechos que narra hacen referencia a los primeros tiempos del reinado de Tutmosis III, en lo que la reina asumió el cargo de regente y controló los resortes del poder (Laboury, 2014: 54).

Esta situación se prolongaría durante 7 años, en los que Hatshepsut era la gobernante de facto del reino. Sin embargo, no existe un consenso total en torno al papel que podría haber tenido durante estos años la reina regente. ¿De verdad pudo asumir todo el poder que deseaba, las órdenes eran establecidas por su mandato y ella era la que orquestaba todo? ¿O, por el contrario, el joven Tutmosis III tuvo más peso y ordenó más de lo que podría parecer a simple vista? Dorman (2006: 42) considera que en los primeros años de regencia, el papel de Hatshepsut se habría visto en cierta manera limitado por el deseo de toma de decisiones y de acción del joven faraón. Ello no habría implicado que todo el poder hubiese recaído directamente sobre Tutmosis III, pero subraya el hecho de que quizás en esos primeros momentos la intervención de Hatshepsut no fue tan decisoria como se había pensado anteriormente.

Laboury (2014: 54-57) menciona este hecho también basándose en que en las inscripciones de algunos templos y santuarios, no se menciona en ningún momento a la regente, hablando sólo del joven rey y de las acciones que había realizado, como ocurría con un grafito localizado en el complejo de la pirámide escalonada en Saqqara, donde detrás de la titulación de Tutmosis no aparece ninguna mención a Hatshepsut. Esto ha levantado dudas sobre si el papel del rey en sus primeros años en el trono fue más activo de lo que se pensaba anteriormente, y Hatshepsut fue ganando peso y poder con el paso de los años.

Sin embargo, no hemos de caer en el pensamiento de que no tuvo gran poder en esos primeros años como regente, ya que, como el propio Laboury comenta (2005: 58), en el templo de Semna, en el que aparece representado Tutmosis como rey nominal en distintos cultos y haciendo diferentes ofrendas, aparece también, en el muro exterior

occidental, la reina Hatshepsut, con la titulación que portaba como regente, entre la que figuraban los títulos de gran esposa real, el de mujer del dios (muy importante para ella) y el de señora de las Dos Tierras, asumido por su semejanza al título masculino de señor de las Dos Tierras, con el prestigio que ello aportaba. Asimismo, en una inscripción junto a esta titulación (hoy desaparecida en gran parte por un borrado posterior), aparece claramente mencionada Hatshepsut, especificando que ese templo se había construido por su mandato. Esto desmitifica un tanto la imagen del monarca joven y autónomo que otros autores defienden, lo que implica que la situación debía de ser bastante más compleja de lo que pudiera parecer a simple vista, pues quizás esa actividad y autonomía que parecía demostrar el joven rey en las representaciones y cultos estuviera por detrás autorizada y manejada totalmente por su madrastra y tía.



Figura 16. Grafito localizado en Asuán en el que aparece la reina Hatshepsut (izquierda), todavía como regente de Tutmosis III, representada con los atributos propios de las reinas egipcias. Fuente: Dorman, 2005: 87).

Durante este período de 7 años de regencia, la manera de representación de Hatshepsut seguía respondiendo a los atributos femeninos y la vestimenta propia de las mujeres, algo que cambiará en periodos posteriores, tal y como comenta Dorman (2005: 87). En un grafito de Asuán podemos contemplar este tipo de representación, en el que nos encontraríamos a una regente con formas femeninas (el pelo, el largo vestido, etc.) con los elementos regios asociados a las reinas, de los que ya hablamos en el capítulo tercero de este trabajo, en especial, la corona de las dos plumas, vinculada con la diosa Maat. Asimismo, aparece portando un *anj*. Este tipo de representación nos dejan constancia de que

todavía no ha dado el salto hacia su legitimación como rey de Egipto. Todavía era una regente, una mujer del palacio, una reina y, por tanto, se representaba como tantas otras reinas lo habían hecho antes que ella, con atributos similares, algo que no será así por mucho tiempo (Dorman, 2014: 87-88).

En el momento de ascenso definitivo al poder, al final del séptimo año de reinado de Tutmosis, esto es, en el 1.171 a.C., Hatshepsut debía de contar entre 22 y 32 años. Se señala preferentemente esta fecha por ser la que más evidencias materiales sugiere al respecto, pero lo cierto es que es difícil determinarlo con seguridad porque la propia Hatshepsut mandó que sus años de gobierno empezaran a ser contados desde que ascendió al poder como regente de Tutmosis III. Sin embargo, está claro que en esos años no ostentó la titulación regia, con lo que se trataría más de una estrategia propagandística de la reina para proyectar la imagen de un reinado todavía más duradero del que fue (Graves-Brown, 2011: 147-148).

No obstante, la transición de un período al otro no fue algo inadvertido. Antes de que Hatshepsut diera el paso definitivo, algunos indicios parecían indicar la ambición que tenía de convertirse en rey del Alto y el Bajo Egipto. En el monumento denominado por Gabolde como *Netjery-menu* (Laboury, 2014: 63), dedicado al dios Amón y sito en el

precinto de Karnak, aparecen varios relieves en los que nos encontramos con la regente haciendo ofrendas al dios Amón, en algunos casos acompañada del rey Tutmosis, pero en otros casos sola. Estaría arrogándose, por tanto, una de las prerrogativas normalmente asociadas al rey de Egipto, el de presidir el culto a los dioses. Esto es, en opinión de Laboury (2014: 63-65) toda una declaración de intenciones de lo que estaba a punto de cambiar.

Asimismo, otro detalle que no habría de perderse de vista en los muros de dicho santuario sería el hecho de que la titulación completa de Tutmosis III fue modificada y borrada para acoger la de su padre, Tutmosis II, con quien parecía que la reina Hatshepsut prefería vincularse. Se trataba, no en vano, de la imagen de un pasado rey, que proyectaba una fuerza mayor que la de un joven niño que precisaba de una regente. Sea como fuere, el terreno estaba siendo preparado, ya sólo le faltaba a la reina el toque final (Laboury, 2005: 65-66).

Ese paso final dado en el último mes del séptimo reinado de Tutmosis consistió en asumir la titulación regia completa. En algunos relieves de la Capilla Roja de Karnak o del templo de *Djeser Djeseru* (el templo funerario de Deir el-Bahari), confirman que en dicho momento:

“se le quitaron las coronas de mujer del dios y pasó a llevar las insignias de Ra, la Corona del Sur y la del Norte, estando unidas en su cabeza”. (Laboury, 2014: 72).

Había dado comienzo el gobierno de Hatshepsut como un faraón femenino. Pero ¿cuáles fueron los títulos y nombres que escogió para representar dicha realeza?

- Nombre de “Horus”: *wsrt-kꜣw*, “Poderosa de Kas”.
- Nombre de las “Dos Señoras”: *wꜣdt-ꜣꜣꜣwt*, “Florecente de años”.
- Nombre de “Horus de oro”: *nꜥrt-hꜣw*, “Divina de Apariencias/Manifestaciones/Coronas”.
- Nombre de rey del Alto y el Bajo Egipto (o “que pertenece a la Abeja y el Junco”): *mꜣꜥt-kꜣ-Rꜥ*, “La única verdadera del *ka* de Ra”.
- Nombre de “Hija de Ra”: *hꜣt-šꜣswt*, “La principal de las nobles mujeres”.

(Robins, 1999: 103-107).

El nombre de nacimiento de la reina, esto es, el de *Sat-Ra* o “Hija de Ra”, es por el que comúnmente la conocemos, Hatshepsut. Según comenta Robins (1999: 107), esta reina es uno de los pocos gobernantes de la dinastía XVIII que no contiene ninguna alusión a una deidad en su nombre de nacimiento. Cuando ascendió al trono, Hatshepsut añadió un nuevo nombre a este último, para complementarlo: *hnmt-jmn*, que significaría “unidad/imbuida con Amón”, más frecuentemente escrito como Jenemetamón. No resulta extraña esta asociación, ya que en distintos momentos a lo largo de su reinado pondrá especial énfasis en resaltar la relación de cercanía que tenía con la divinidad protectora de Tebas (Robins, 1999: 107).

Por otro lado, su nombre de coronación, aquel que escogió al convertirse en rey del Alto y el Bajo Egipto, fue el de Maatkara, una clara alusión a la divinidad Ra, con la que parece querer vincularse también, tal y como lo habían hecho numerosos gobernantes antes, e igual que en su momento hizo Neferusobek, cuyo nombre del trono se traducía por “Sobek es el *ka* de Ra”, otra clara asociación con la principal de las divinidades solares. No en vano, Hatshepsut porta como título el de “Hija de Ra”, con lo que está estableciendo lazos no con una, sino con varias divinidades (Robins, 1999: 106).

Estos títulos han logrado rescatarse a partir de distintas inscripciones en estatuas, relieves sobre muros, etc. Sin embargo, para los historiadores clásicos, era conocida de otra manera. Manetón, en su versión de Flavio Josefo recogida por Teófilo, recogía así su existencia y sus años de gobierno:

“Moisés era el caudillo de los judíos, como ya he dicho, cuando fueron expulsados de Egipto por el rey faraón cuyo nombre era Tétmosis. Después de la expulsión del pueblo, este rey, según se dice, reinó 25 años y 4 meses, según el cálculo de Manetón.

2. Después de él, Jebron reinó 13 años.

3. Después de él, Amenofis reinó 20 años y 7 meses.

4. Después de él, su hermana Amesse reinó 21 años y 1 mes.”

Fuente: Manetón, *Historia de Egipto* (Jiménez y Jiménez, 2008: 125).

Manetón coloca a Hatshepsut (llamándola Amesse) en cuarto lugar dentro de la Dinastía XVIII, aunque hoy sabemos que ocuparía un quinto lugar. Lo que sí que parece encajar es el tiempo de reinado que ofrece para Hatshepsut, con un total de 21 años y 1 mes, pues la estela de Armant, erigida tras su muerte, nos confirma que murió en el vigésimo segundo año de reinado. Sin embargo, lo que no encaja tampoco es que su hermano Tutmosis II, al que llama Jebron, reinara 20 años, pues hoy sabemos que tuvo un reinado bastante más fugaz. De una manera o de otra, Manetón sí deja constancia de la existencia de esta gobernante femenina, lo que sirvió para identificarla con más facilidad, en especial en los albores del siglo XX, cuando todavía no se tenía claro de dónde había salido ese misterioso rey que aparecía junto a Tutmosis III en numerosos relieves.

En todo caso, con la asunción de esta titulación Hatshepsut ya dio comienzo a lo que sería su reinado como señora de Egipto, con plenos poderes. Ello no quiere decir que apartara del poder a Tutmosis III, quitándole sus títulos, su legitimidad, etc. Tutmosis III mantuvo sus honores, pero lo que se produjo es la aparición de un curioso tándem real en el que la figura fuerte no sería la de Tutmosis, sino la de Hatshepsut (Laboury, 2014: 72).

Esta toma de poder por parte de Hatshepsut ha desatado no poca polémica dentro de la historiografía. La imagen tradicional que se tenía de la reina fue la de una madrastra ávida de poder, que fue controlando los resortes del poder hasta que quedó todo acumulado en sus manos. Graves-Brown (2010: 149) considera que esta visión es herrada y que ya ha sido descartada por buena parte de los expertos en el tema. Lo más probable es que Hatshepsut no diera ningún golpe de estado ni nada similar, pues no tenía la necesidad de hacerlo, ya controlaba buena parte de las instituciones de palacio desde tiempo atrás. Lo más probable es que Tutmosis aceptara sin mayor resistencia el ascenso al status real de su tía y madrastra, ante la necesidad de alguien adulto que manejara los asuntos del reino hasta que él terminase de madurar y adquirir los requisitos necesarios para ser un buen gobernante (Graves-Brown, 2010: 148-149).

Lo que sí resulta un tanto misterioso es el porqué de esta transición. ¿Por qué Hatshepsut no se mantuvo en un segundo plano, actuando como regente hasta que Tutmosis tuviese una edad más avanzada? Lo cierto es que este punto resulta una incógnita nada fácil de resolver.

Robins (1994: 44-46) sugiere que la regente no quería desaparecer de las esferas de poder, con lo que a medida que se aproximaba la edad de adultez de Tutmosis, decidió hallar una manera de permanecer en el poder junto a él. Nunca se le negaría la legitimidad a Tutmosis III, ni parece haber indicios de enfrentamientos o guerras internas

entre ellos (como antaño se creía), pero es muy probable que Hatshepsut no quisiera verse apartada del trono y para ello orquestó ese original sistema en el que había dos reyes al frente del país del Nilo, una corregencia, algo que no era nuevo, pues numerosos reyes antes ya lo habían ensayado, en especial para evitar transiciones de poder violentas. Lo que no sabemos con tanta certeza es si hubo un detonante, algo que provocara que la subida al poder fuese en ese preciso momento. Graves-Brown sugiere que quizás la muerte de la madre del joven Tutmosis, Isis, o la muerte de la prominente figura de Ahmose, madre de Hatshepsut, fueran los detonantes que pudieron encender la llama para iniciar la transición hacia el reinado pleno de Hatshepsut, al necesitar el palacio de una figura de mayor poder y que diera mayor estabilidad todavía, ante la desaparición de algunas de esas mujeres destacadas.

Por tanto, desde el séptimo año de reinado de Tutmosis III, Egipto tendrá dos reyes, de igual legitimidad, aunque con un reparto de las competencias muy asimétrico, sobre todo en los primeros tiempos. Hatshepsut llevaría “la voz cantante” durante la mayor parte de su reinado, aunque Tutmosis era representado en numerosas ocasiones junto a ella y participó de algunas expediciones militares, liderándolas (Tyldesley, 2006: 95-96).

Pasemos a comentar ahora los hechos más representativos del reinado de Hatshepsut. Podemos destacar dos ámbitos: los referentes a la política interior y los de la política exterior. Comencemos por la política exterior, que a su vez puede escindirse en dos ámbitos: las campañas militares y las expediciones comerciales.

Tradicionalmente no se ha contemplado el reinado de Hatshepsut como uno caracterizado por la actividad bélica. Es cierto que en comparación al de su padre, Tutmosis I, o lo que será el de Tutmosis III, fue un reinado caracterizado por una menor actividad exterior. Pero ello no implica que no se realizaran campañas en el exterior, como de hecho ocurrió. Bajo su mando se mandaron algunas expediciones hacia Nubia, sobre todo en los primeros años, para someter a algunos núcleos que se habían revuelto contra el control egipcio. No era extraño que siempre que hubiese una transición en el poder hubiera tensiones en la frontera con los nubios. Por ello, tanto durante el periodo de la regencia como posteriormente, ya como rey de Egipto, Hatshepsut tuvo que hacer frente a estos enemigos y salió airosa y victoriosa de las campañas, lo que permitió estabilizar la situación durante los siguientes años (Dorman, 2014: 87-88).

Pero más llamativas resultan todavía las expediciones comerciales que mandó establecer. Se mantuvieron prósperas relaciones comerciales con los pueblos establecidos en el Levante sirio-palestino (para extraer madera) o en el Sinaí (de donde se obtenían turquesas), aunque fue mucho más célebre la expedición del año nueve de su reinado, que se encaminó hacia el famoso País del Punt (Serrano, 1994: 118-120). Este paraje estaba situado en algún punto no totalmente conocido en la actualidad, pero que seguramente comprendía los espacios bañados por el Golfo de Suez, en las proximidades del Cuerno de África. En el templo funerario de Deir el Bahari nos encontramos con algunas inscripciones que nos narran estos periplos y los productos con los que comerciaban:

“[...] Una orden se escuchó desde el gran trono, un oráculo del mismo dios: debían abrirse las rutas hacia el Punt, debían ser atravesados los caminos hacia las Terrazas de Mirra: «conduciré el ejército por tierra y por mar para traer las maravillas de la Tierra del Dios». (Serrano, 1994: 118).

Con estas palabras se advierte el deseo de Hatshepsut de establecer canales comerciales con esa tierra, a la que se tenía como una de las más prósperas en el imaginario egipcio. Para ello las tropas deberían partir hacia el suroeste del valle del

Nilo, hacia la región etíope, donde seguramente estaba enclavado el Punt. ¿Y qué se trajo de aquella expedición?

“Cargando los barcos pesadamente con las maravillas del País del Punt: todas las buenas maderas aromáticas de la Tierra del Dios, montones de resina de mirra, jóvenes árboles de mirra, ébano, marfil puro, oro verde de Amu, madera de cinamomo, madera-*hesyt*, incienso-*ihemut*, incienso, pintura de ojos, monos, babuinos, perros, pieles de pantera del sur y siervos y sus hijos. Jamás se trajo nada igual a esto para ningún rey desde el principio del tiempo”. (Serrano, 1994: 119).

A través de este pasaje se advierte la gran cantidad de riquezas que afluyeron desde el Punt. Uno de los objetivos del reinado de Hatshepsut fue el de traer riqueza y prosperidad económica a su reino y a través de medidas comerciales como ésta lo logró, pues de pocas tierras y expediciones se habían traído tanto y tan preciados bienes. Además, esta gobernante no aprovechó la ocasión para dedicar todas las riquezas que se habían obtenido a Amón, dios clave dentro del panteón egipcio y deidad protectora de Tebas:

“Ellos han traído [...] las maravillas del Punt, a causa del poder de este augusto dios, Amón-Re, señor de los Tronos de las Dos Tierras.” (Serrano, 1994: 119).

Pasamos a comentar las principales claves de su reinado desde el punto de vista interior. La época de Hatshepsut estuvo caracterizada por una gran efusividad constructiva, de la que nos han quedado numerosas huellas. Teniendo como contexto uno de cierta prosperidad y estabilidad tanto económica como militar, no es de extrañar que la reina-faraón pudiera volcarse en este tipo de actividades edilicias. Estos templos, santuarios, estatuaria, etc., tenían por objetivo el perpetuar la imagen de esta icónica gobernante, algo que era fundamental para los egipcios: el permanecer en el futuro, en la memoria.

La más conocida de todas sus construcciones fue el templo funerario de *Djeser-Djeseru* (“Sagrado de sagrados”), localizado en Deir el Bahari. Se trató de un inmenso complejo, situado en las proximidades de Tebas, en la ribera occidental del Nilo. Acogía dentro de él numerosos santuarios y capillas dedicados a toda una variedad de dioses, así como a algunos de sus ancestros regios. Entre las capillas más destacadas estaría la de la propia Hatshepsut, donde se le rendiría culto y ofrendas una vez muerta, así como otra para su padre terrestre, el rey Tutmosis I, mientras que el santuario principal se reservaba para el dios Amón, padre teológico de Hatshepsut, como consecuencia de una filiación divina que había establecido la gobernante y que comentaremos posteriormente. En los relieves de *Djeser-Djeseru* estaría grabada la narración de dicha relación paternofamiliar (Tyldesley, 2006: 102-104).

Junto con todas estas capillas y santuarios más oscuros, había un gran patio a cielo abierto, dedicado al culto del dios solar Ra-Horakhty, así como otras cámaras dedicadas a los cultos del dios Osiris, del dios Anubis, de la diosa Hathor. La presencia de Hathor a lo largo de varios relieves y espacios del templo testimonia la importancia de esta diosa en vinculación con las reinas egipcias. Es cierto que Hatshepsut había dado un gran salto y ya no era una reina, sino un rey de Egipto. Aun así, la vinculación con la diosa Hathor siguió siendo una constante. Las capillas y santuarios aparecen disimulados por la presencia de un mar de columnas que enmascaran la entrada a las profundidades del edificio (Tyldesley, 2006: 102-104).



Figura 17. Restos del templo funerario de Deir el Bahari, en la orilla occidental, próxima a Tebas. Fuente: Arnold, 2005: 134).

Este magno complejo no fue ideado para funcionar en solitario, sino que además la gobernante concibió otro lugar para complementarlo, una tumba en el Valle de los Reyes, que sería la tumba KV 20. Esta tumba era la destinada a acoger los restos de su venerado padre, Tutmosis I, pero la idea de la reina-faraón era la de alargarla y profundizarla, de tal manera que pudiese acoger un espacio también para ella. De esta manera, los cuerpos de padre e hija podrían descansar juntos. Sin embargo, esto no acabaría siendo así, pues tiempo después de la muerte de Hatshepsut, Tutmosis III ordenaría que la momia de su abuelo Tutmosis I fuera trasladada hacia otra tumba, la KV 38, separando de este modo los restos de hija y padre. No obstante, durante un no muy largo lapso de tiempo estuvieron los restos de ambos en la tumba KV 20, con lo que, aunque fuera por poco tiempo, los deseos de Hatshepsut se vieron satisfechos.

Otras grandes construcciones que debemos a su reinado son las realizadas en varios puntos de Nubia, en Kom Ombo, Hierakópolis, El-Kab, Armant o en la isla de Elefantina, donde mandó levantar dos templos. En el Egipto Medio, no lejos de Beni-Hassan, también mandó construir dos templos en roca dedicados a la diosa leona Pakhet. Asimismo, se embarcó en la restauración de algunos espacios religiosos que habían quedado profundamente dañados en tiempos de los enfrentamientos entre el reino tebano y los reinos hiksos, como ocurrió con los templos de Cusae, levantados por la dinastía XVII, predecesora de la suya propia (Tyldesley, 2006: 100).

Desde luego, Karnak no pudo ser menos. En tiempos de Hatshepsut, el culto a Amón se fortaleció de gran manera, con lo que su poderoso clero se vio favorecido y no menos su ciudad predilecta, Tebas, donde el complejo templario de Karnak ocupaba un lugar sobresaliente. Se levantaron varios obeliscos, así como un pylon; se restauraron varias vías procesionales que conducían a Karnak y que comunicaban varios de sus espacios y santuarios; y mandó construir un santuario que albergara la barca del dios Amón que fue conocida como la Capilla Roja (Tyldesley, 2006: 101).

El trato especial que recibieron los templos de Karnak y el clero de Amón forman parte de las estrategias de política interior de Hatshepsut. Esta gobernante, para fortalecer su imagen como señora de Egipto, para poder ocupar su puesto en la corregencia y que su aspiración fuera percibida como totalmente legítima, ideó, por supuesto con la colaboración del clero del Amón, una historia-mito de su origen divino, una teogonía,

popularmente conocida como la Hierogamia de Hatshepsut. En los relieves de Deir el Bahari mandó dejarla por escrito. Decía lo siguiente:

“Palabras dichas por este noble dios, Amón, Señor de los Tronos de las Dos Tierras. Él ha tomado la forma de la majestad de este su esposo, el rey del Alto y Bajo Egipto Aakheperkaré [Tutmosis I]. La encontró cuando ella estaba descansando [la Gran esposa real, Ahmose] en la belleza de su palacio [...], puso su deseo sobre ella [...], su amor se encontró con su cuerpo.

[...]

Palabras dichas por Amón, Señor de los Tronos de las Dos Tierras, a ella [a Ahmose]: En verdad que el nombre de esta hija que yo he colocado en tu vientre será Henemet-Amón-Hatshepsut. [...] Mi energía será para ella; mi poder será para ella; mi fuerza será para ella; mi corona será para ella”. (Serrano, 1994: 141).

Se observa, a través de estas palabras, que la monarca, para fortalecer su legitimidad y derecho sobre el trono, pues no era tan usual tener a una mujer en el mismo, menos cuando ya había otro rey, decide elaborar esta teogonía, según la cual ella misma es hija del dios Amón, la principal de las divinidades del panteón egipcio en ese momento, sincretizada con el dios Ra, señor del Sol. El mismo dios se habría reencarnado en el cuerpo de Tutmosis I y habría engendrado a través de él a Hatshepsut en Ahmose. El hacerse descender de esta divinidad constituía de modo indiscutible un alegato a favor de su legitimidad, que no podría volver a ser puesta en duda. Era la hija de un dios, con lo que su línea sanguínea transmitiría esa legitimidad, algo que le interesaba especialmente de cara a otros planes. No contenta con esto, se asoció a la propia diosa Hathor, identificada con dos vacas celestes que la amamantarían, asimilándose así al rol de una madre. El origen divino de Hatshepsut estaba más que garantizado.

“Palabras dichas por Hathor, dama de Denderah, Señora del Cielo, Dama de los Dioses, que reside en Deir el Bahari: “Hija mía Maatkare, he venido llena de regocijo por causa de tu amor. [...] ¡Hija mía de mi cuerpo, Maatkare, hija mía de oro fino! Yo soy tu madre, cuya leche es el dulce, amamantando a tu majestad con mi pecho (Serrano, 1994: 143).

El interés de Hatshepsut en resaltar este aspecto divino no sólo enlazaba con su vehemente deseo de ser vista como una monarca de pleno derecho, sino que también estaba en relación con sus aspiraciones para su hija, Neferura. De su matrimonio con Tutmosis II era la única descendencia que había tenido y desde su ascenso al trono como soberano de Egipto, Hatshepsut colocará a su hija en un primer plano. Como tuvimos ocasión de comentar en el capítulo dedicado a la realeza, el rey precisaba de un elemento femenino que le complementara para poder llevar a cabo su función primordial de mantener el orden cósmico. Por ello, su hija Neferura pasaría a acaparar esa función de representar lo femenino, para complementar los elementos masculinos que ahora representaba la madre. La formación de la joven princesa fue un asunto de suma importancia y entre sus tutores se encontró Senenmut, el que sería una figura clave para su madre, como su amante e importante consejero (Tyldesley, 2006: 98).

Neferura recibió el título de “mujer del dios”, el que había sido uno de los más importantes y prestigiosos para su madre, que ella ya no podía portar desde haberse convertido en rey. El que su hija heredase ese título nos habla de la intención que tenía Hatshepsut de perpetuar una línea femenina de gobernantes de Egipto a través de ella, una heredera que seguiría los pasos de su madre y que, para ello, habría comenzado adoptado el título que más exhibió Hatshepsut como fuente de su orgullo (Troy, 1983: 140-142). Sin embargo, la muerte de Neferura en torno a la mitad del reinado de su madre hizo imposible la realización de estos planes. Hatshepsut se había quedado sin herederos, con lo que sería inevitable que el trono recayese sobre Tutmosis III en solitario cuando aquélla muriera. Con ella habría terminado la sangre de Ahmose-Nefertari (Tyldesley, 2004: 98).

Otro personaje al que hemos de prestar atención dentro del reinado de esta monarca es Senenmut. Al morir Tutmosis II, la reina se rodeó de nuevos cortesanos. Entre ellos estaba Senenmut, que recibió el cargo de mayordomo de Amón, fue tutor de Neferure y supervisó numerosas tareas que le encomendó la regente, luego rey. Es muy probable que entre ellos hubiera una relación que superaba lo estrictamente institucional, como sugiere la presencia de la imagen de Senenmut en el templo mortuario de Hatshepsut, así como el grafito que podría estar representándoles en pleno acto sexual (aunque no todos están de acuerdo en que dicho grafito esté representándolos a ellos). Sin lugar a duda, lo que sí fue es un hombre con un gran peso durante el tiempo de gobierno de la reina-faraón, siendo uno de sus grandes apoyos y consejeros, aunque falleció antes que ella, en el año 16 de su reinado (Tyldesley, 2004: 98-99).

Una de las últimas cuestiones a las que hemos de prestar atención es la referente a la forma de presentación de su figura durante sus años como gobernante de pleno derecho. Si recordamos, en el periodo previo a asumir todos los poderes, cuando era regente, la forma típica de representar a Hatshepsut se correspondía con la femenina. Sin embargo, conforme avance el tiempo siendo ya rey de Egipto, esta imagen va a cambiar completamente (Laboury, 2014: 75-80).

Hatshepsut era más que consciente de que la imagen típicamente faraónica se asociaba con lo masculino, no con lo femenino. Algo claramente perceptible en que su representación común de los reyes era atributo de la barba, un elemento evidentemente



masculino (Orriols-Llonch, 2020: 163). Sabiendo esto, el nuevo rey empezó a adoptar en su persona algunos rasgos anatómicos de los hombres y a ocultar algunos de los femeninos. Se produjo un proceso transicional, en el que en los primeros años todavía mostraba algunos rasgos femeninos, pero iba incorporando otros nuevos. Por ejemplo, en la estatua de la figura 18 se advierte que la monarca muestra el *nemes* propio de los reyes sobre su cabeza y hombros, ocultando parcialmente los pechos, que aparecen poco destacados, y destacando mucho menos la falda que en otras representaciones. La reina-faraón está en ese proceso de transición hacia lo masculino, dando como resultado, en este caso, una figura más próxima a lo andrógino (Laboury, 2014: 80-81).

Figura 18. Estatua de Hatshepsut extraída de Deir el Bahari, de su época como rey de Egipto. Fuente: Laboury, 2014, 81.

Este tipo de estrategia nos recuerda enormemente a lo que hizo Neferusobek tres centurias antes, incorporando lo femenino y masculino en su figura, sintetizándolo y haciéndolo baluarte de su legitimidad. Sin embargo, Hatshepsut, que puede que conociera el caso de Neferusobek, decidió llevarlo un paso más allá, hasta lograr la completa masculinización de su figura, en especial durante sus últimos años sobre el trono, cuando su representación sea completamente masculina. Desaparecerán completamente los pechos, las piernas serán más musculosas y separadas entre sí, no habrá largos vestidos, sino los faldellines propios de los reyes, pinta su piel de color

oscuro como se solía hacer con los reyes, etc. Asimismo, empezará a portar, junto con el *nemes*, la barba postiza faraónica.



Figura 19. Representación de Hatshepsut como un faraón masculino, con la típica barba faraónica. Posteriormente fue regrabado el cartucho para introducir el nombre de Tutmosis III, pero la figura la representaba a ella inicialmente. Fuente: Roth, 2005: 155.

A pesar de esa masculinización total en sus representaciones gráficas, la monarca jamás renunció a dejar constancia de su género femenino a través de la titulación. En todas las inscripciones en las que aparecía mencionada, en los textos oficiales, siempre figuraba toda su titulación y el género femenino de

dichos títulos y nombres jamás fue borrado. Era un rey de Egipto, pero al mismo tiempo era una mujer, algo que quiso dejar claro al no modificar el género de sus títulos y nombres en ningún momento (Laboury, 2015: 85).

Para terminar con el apartado de Hatshepsut, hemos de hacer mención a su relación con Tutmosis III durante su reinado por propio derecho y los hechos que siguieron a su muerte, ya durante el reinado de Tutmosis III.

Desde que Hatshepsut tomó todos los títulos y prerrogativas del rey de Egipto no marginó completamente a su sobrino, pero sí que pasó a ocupar un lugar mucho menos destacado en la toma de decisiones. En el tándem regio claramente el lugar preponderante lo ocupaba la reina-faraón. Ello no implicaba necesariamente que Tutmosis desapareciera de los registros o que fuera marginado o incluso encerrado y separado de la vida de palacio, como se ha llegado a teorizar. Pero sí quiere decir que mientras Hatshepsut se mantuvo más activa y con más poder, el joven Tutmosis estuvo relegado a un segundo plano. A pesar de ello, nos los podemos seguir encontrando a ambos en algunas inscripciones, como corregentes, presidiendo actos o celebrando cultos en honor a los dioses, aunque casi siempre la figura que está por delante es la de la monarca, seguida de Tutmosis (Graves-Brown, 2010: 149-150).

Por tanto, lo más seguro es que no hubiera ninguna especie de resentimiento ni de malas relaciones entre uno y otro gobernante, sino que Tutmosis aceptaría esa corregencia, aunque a medida que pasó el tiempo, fue ganando más peso en la misma, hasta el punto de que en los últimos años de Hatshepsut, cuando ésta empieza a estar más cansada, él parece tomar su lugar como el miembro más precedente del conjunto regio, aparece cada vez más en las inscripciones y relieves. Una agotada Hatshepsut empieza a dejar paso a su sucesor a medida que se aproxima su muerte, que finalmente acaecerá en 1,158 a.C., después de unos largos meses de enfermedad (Graves-Brown, 2010: 152-153).



Figura 20. Relieve de la Capilla Roja (en Karnak) en el que aparecen Hatshepsut y Tutmosis III, ambos representados como faraones, ataviados a la manera, primero ella, detrás él. Fuente: Keller, 2005: 96.

Entonces, si la relación entre los dos corregentes no fue tan complicada, ¿cómo podemos explicar la *damnatio memoriae* que sufrió la figura de esta gobernante después de su muerte? Tradicionalmente se aducía la teoría de que el rencor que Tutmosis había guardado hacia la figura de Hatshepsut, por no haberle permitido gobernar en solitario, habría sido el desencadenante de que, a la muerte de ésta, el rey decidiese borrar todas las alusiones que había de ella, condenando su existencia al olvido. Ello nos explicaría el hecho de que en las Listas Reales elaboradas en época de Tutmosis III o en épocas posteriores no se manejara el nombre de Hatshepsut. Había sido condenada a ser olvidada. No obstante, estas interpretaciones más anticuadas ahora se han dejado de lado para incorporar otras teorías más probables (Graves-Brown, 2010: 153).

Es cierto que parte de la memoria de Hatshepsut fue borrada durante el reinado de su sucesor: numerosas inscripciones desaparecieron, se sustituyó su nombre por el de Tutmosis III en numerosos relieves, etc. Ahora bien, si de verdad se hubiera querido borrar del mapa la memoria de esta reina, se habría hecho de manera mucho más exhaustiva, pues conservamos de ella una cantidad abundantísima de material, de estatuas, relieves, de todo tipo. Probablemente, lo que Tutmosis habría querido es borrar aquellos elementos más notables de la época de su tía. ¿Por qué? Para no dejar duda ninguna de su legitimidad sobre el trono. Los experimentos de crear una línea dinástica propia, con Neferura como continuadora de la sangre de Hatshepsut, hija del mismísimo Amón, podrían empañar un tanto la legitimidad al trono de Tutmosis, que era el hijo de una consorte menor, al fin y al cabo. Necesitaba, por tanto, borrar algo de ese pasado inmediato para que no interfiriera con sus propias aspiraciones y con las de sus herederos. Esta es la teoría predominante ahora, sostenida, entre otros, por Tyldesley (2006: 104-106).

Para terminar, hemos de mencionar que hasta recientemente no se sabía del paradero del cuerpo de la más célebre de las reinas-faraón, pues de su tumba inicial, la KV 20 fue desplazada, aunque en el año 2006 el arqueólogo Zahi Hawass (Graves-Brown, 2010: 153) confirmó que había encontrado el cuerpo de la reina perdida en la cámara

KV 60, asociada al ama de crianza de Hatshepsut. Otras autoras, como Graves-Brown (2010: 153) concuerdan con que se trata de los restos de esta famosa reina, cuyo reinado dejó larga huella, por su largura, prosperidad, aspiraciones de futuro y amplísimo legado material.

5.4. Tausert

Pasamos al análisis de la última de las reinas protagonistas de este trabajo: Tausert. Esta reina fue la última gobernante de la dinastía XIX, tal y como Neferusobek lo había sido en su momento de la dinastía XII. Su reinado mostró algunas de las características que ya se habían manifestado durante las etapas en el poder de Neferusobek y Hatshepsut, y podemos considerarla como la tercera reina-faraón de la que no existe ninguna duda de que llegó a gobernar como soberana por propio derecho.

Ahora bien, ¿de dónde procedía esta reina? ¿Cuáles fueron sus años previos en el palacio antes de convertirse en rey del Alto y el Bajo Egipto?

Tausert nació en el palacio real en torno al 1.220 a.C., muy probablemente como hija de alguna de las ramas secundarias de príncipes o princesas descendientes de Ramsés II, con lo que podemos descartar con casi total seguridad que se tratara de una de las hijas de Merenptah, hijo de Ramsés II y padre de Seti II, el que habría de ser el esposo de Tausert (Tyldesley, 2006: 163). Mederos (2007: 116-117) también corrobora que Tausert no portaba ningún título referente a ser hija del rey, lo que secunda la teoría de que se trataba de una princesa perteneciente a una rama secundaria.

Sea como fuere, esta mujer nació en el entorno del palacio de Pi-Ramsés, muy probablemente durante el reinado de Merenptah (a finales del siglo XIII a.C.), en una época en la que el Reino Nuevo y la dinastía XIX se encontraban todavía vigorosos, pero empezaban a mostrar signos de un inminente decaimiento. Durante el reinado de dicho soberano, éste se encontró con varios problemas a la hora de hacer efectiva su autoridad sobre el territorio. Frente a la imagen poderosa que había proyectado su antecesor Ramsés II, Merenptah no fue capaz de controlar al poderoso clero de Amón en Tebas, lo que suponía un menoscabo de su poder, acentuado por las tendencias centrífugas que empezaban a manifestarse desde el Alto Egipto con respecto a la capital situada en el Bajo Egipto y la corte real (Shaw, 2003: 290-306).

En este contexto se situaba Egipto cuando accedió al poder Seti II, hijo de Merenptah y futuro esposo de Tausert. En sus primeros años de reinado tuvo que hacer frente a una rebelión hacia su poder en el sur, en torno a Tebas, capitaneada por Amenmeses, un personaje de origen todavía incierto, pero que seguramente fuera otro hijo de Merenptah o quizás un hijo del mismo Seti II, que discutió el liderazgo a su padre y quiso quedarse con el reino de Egipto sólo para él, aunque únicamente logró implantar su dominio en el entorno de Tebas y el Alto Egipto, pues el Bajo Egipto y la capital quedaron bajo el dominio de Seti II (Shaw, 2003: 290-306).

El reinado de Amenmeses en el sur egipcio fue más bien breve, pues pronto fallece y es sustituido por Seti II, que recupera el control de la zona meridional del país. En todo caso, el reinado de Seti II estuvo caracterizado por una gran debilidad, con nula capacidad para interferir en el exterior de las fronteras de Egipto y con escasa fuerza para poner bajo su cetro el propio territorio interior, algo que acabaría constituyendo un mal endémico heredado en el reinado de Siptah, con quien encontraremos asociada a la figura de Tausert (Shaw, 2003: 290-306).

Siptah fue uno de los hijos de Seti II, nacido probablemente de su unión con una de las consortes de segundo grado, quizás de la extranjera Sutailja, como sugiere Tyldesley (2006: 163), aunque ella misma señala que también podría haberse tratado de uno de los hijos de Amenmeses, que habría sucedido a Seti II al no tener éste un varón a quien poner en el trono. Siptah reinaría entre 1.994 y 1.988 a.C., antes de ser sucedido por su madrastra Tausert (Mederos, 2007: 116-117).

Tausert había estado desposada con Seti II, aunque es probable que de esta pareja no naciera ningún varón que pudiera heredar el trono. En consecuencia, Siptah era el candidato óptimo para gobernar. Sin embargo, en el momento de empezar a hacerlo, no tenía la edad suficiente como para encargarse de los asuntos del Estado, lo que obligaría a buscar una figura que se encargase de gobernar Egipto en su nombre. Fue entonces cuando el nombre de Tausert empezó a cobrar importancia, puesto que ya había sido la cabeza del harén y la madre biológica del rey, por alguna razón, no se hizo cargo de él, pues quizás estuviera ya muerta o su rango o procedencia geográfica impidieran que se postulase como una candidata para la regencia (Beckerath, 1962: 70-73).

Algo en lo que coinciden todos los expertos que han estudiado la figura de Tausert, como Beckerath (1962: 70), Tyldesley (2006: 164) o Mederos (2007: 117) es que la reina había poseído el título de “Gran esposa del rey” durante el periodo de reinado de Seti II, así como el de *hmt-nswt wrt, nbt-tyw*, que traduciríamos por “mujer del rey, señora de las dos tierras” (Beckerath, 1962: 70), algo que denotaba la importancia que tuvo durante el periodo de gobierno de su esposo, al representar la figura más poderosa de su harén, con lo que ella habría sido una candidata excepcional a haber sido la regente del joven Siptah, a pesar de no ser su madre. De esta manera, en 1194 a.C., año más probable del ascenso de Siptah al trono, Tausert habría sido quien le acompañara de la mano.

Esta reina comienza su ascenso al poder de una manera similar a la que había empleado tiempo atrás Hatshepsut, cuando al encargarse de la regencia de su hijastro Tutmosis III empezó a tejer la red de poder que la llevaría a ella al trono como soberana del reino. Al acceder al trono Siptah, su madre política recibió el título de “gran regente de todo el reino”, tal y como confirma la estela de Bilgai, atribuida al reinado de Siptah. Sin embargo, en el caso de la regencia de Tausert hemos de añadir la presencia de otro personaje: el canciller Bay (Mederos, 2007: 118-120).

¿Quién es este canciller Bay que nos encontramos junto a Tausert y Siptah en los primeros años del reinado del niño rey? Este canciller, que desempeñaba el puesto de *tjaty* en la administración desde el reinado de Seti II, había ido ascendiendo poco a poco dentro del palacio de Pi-Ramsés, medrando lentamente durante los reinados de Ramsés II y Merenptah, hasta convertirse en la figura de mayor poder dentro del palacio egipcio. No en vano, todos los investigadores le atribuyen un papel muy significativo a la hora de colocar en el trono al joven rey, en especial si era de legitimidad dudosa, como habría sido el caso si éste fuera hijo de Amenmeses (Callender, 2006: 52-55).

Procedía seguramente de fuera de Egipto, pues en distintas fuentes aparece referenciado como “el hombre del Norte”, probablemente en referencia a su origen geográfico en la zona del Levante sirio, donde Egipto tuvo una presencia tan señalada en tiempos del Reino Nuevo (Callender, 2006: 52-55).

¿Qué tipo de relación tenía este individuo con respecto a la reina Tausert? Sin lugar a duda Bay fue la cabecilla que orquestó la coronación de Siptah. El joven faraón habría sido un niño adolecido de poliomeilitis seguramente, con una de sus piernas bastante afectada y de salud bastante frágil. Esto habría abierto la puerta a que Siptah se transformara en un auténtico rey en la sombra, mientras que el joven monarca habría sido su marioneta. No obstante, otra figura de poder se cernía en las sombras de palacio,

pues no hemos de olvidar que fue Tausert quien recibió el título de regente de todo el reino, lo que implicaba que Bay no habría podido ejercer su poder de manera omnímoda, sino que lo más seguro es que lo hubiera tenido que compartir con la madrastra de Siptah (Callender, 2006: 52-55).

No obstante, tenemos serias dudas a la hora de retratar el tipo de relación que pudo haber existido entre el canciller y Tausert. En las primeras consideraciones que se hicieron del tema se llegó a considerar que entre ellos hubo una constante tensión por el poder (Beckerath, 1962: 71-74), ya que Bay habría tratado de concentrar todo el poder en sus manos, algo que Tausert no vio con buenos ojos.

Sin embargo, otras interpretaciones (Ogdon, 2009: 1-2) tienden a señalar que pudo que hubiese una relación de colaboración entre ellos, en tanto en cuanto una cooperación habría facilitado el ejercicio del poder y el control sobre el joven faraón.

Fuera de una manera o de otra, lo cierto es que en torno al quinto año de reinado de Siptah, nos encontramos con el canciller Bay desaparece de los registros, muy probablemente a causa de su ejecución por una orden real, algo inferido a partir de los restos de un óstracón que se refieren a la ejecución del todopoderoso canciller. (Tyldesley, 2006: 163). Lo cierto es que las causas que rodean a su muerte siguen constituyendo todo un misterio. ¿Pudo ocurrir alguna desavenencia entre Bay y la regente Tausert? ¿Algunas de sus acciones quizás desagradó al joven rey o a su entorno? Lo cierto es que no podemos saberlo, pero todos los registros que conservamos de aquella época sí que atestiguan el gran poder que concentró en sus manos el canciller, algo perceptible incluso en los grabados de los muros.

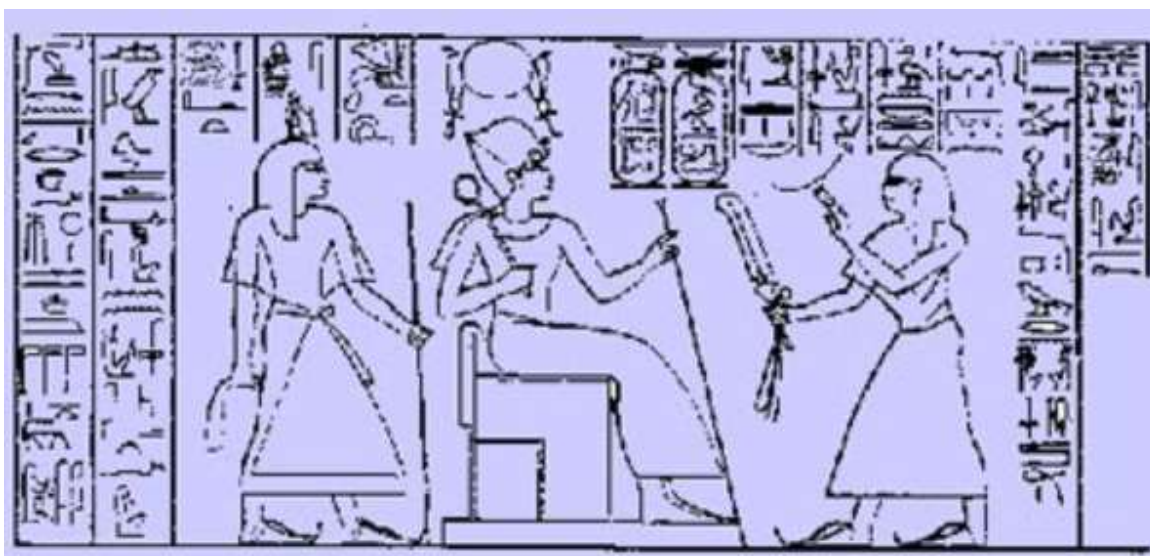


Figura 21. Estela rupestre localizada en Asuán, en la que se representa al canciller Bay (izquierda), al rey Siptah (centro) y al virrey nubio (derecha). Fuente: Ogdon, 2009: 2.

Si hay algo cierto es que, tras la desaparición de Bay, el camino al ejercicio del poder en solitario ha quedado despejado para Tausert. La gran regente desempeñará el poder por sí sola un año más antes de convertirse en una reina-faraón. Al joven Siptah ya sólo le quedaba un año de vida cuando fue ejecutado Bay, con lo que pronto se produciría el ascenso de Tausert, en el año sexto del reinado de Siptah, que coincidiría con el 1.188 a.C. (Mederos, 2007: 116).

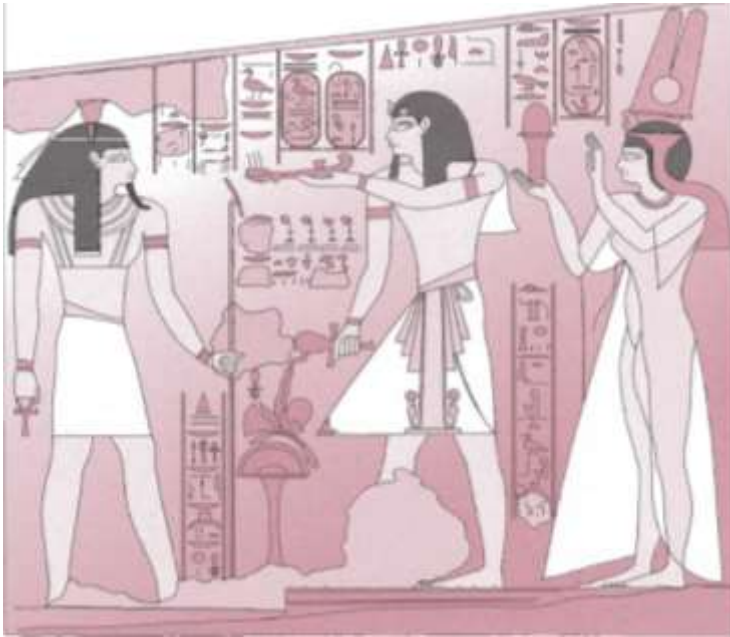


Figura 22. Relieve que muestra a la reina Tausert, a la derecha y al joven faraón Siptah haciendo una ofrenda al dios de la tierra, Geb. Fuente: Tyldesley, 2006, 166.

La reina regente deja de ser una gobernante detrás de los tupidos cortinajes del palacio y da un paso adelante, para convertirse en rey de Egipto, tal y como lo habían hecho algunas de sus sucesoras. No existía ningún otro aspirante varón al trono con suficiente legitimidad, pues a Siptah no le había dado tiempo a concebir a ningún varón y es probable que ni se hubiera casado, pues quizás a Tausert no le interesara tener a otra figura femenina de mucho poder junto a ella durante la regencia. En todo caso, la ausencia de un varón legítimo le allanó el camino hacia el trono (Tyldesley, 2006: 165).

De su reinado contamos con algunas referencias proporcionadas por las fuentes, que nos confirman su historicidad. Africano recoge las siguientes líneas de Manetón, que en su recopilación de los soberanos de la dinastía XIX habla de los siguientes:

“La XIX Dinastía constiitó en 7 reyes de Diópolis:

[...]

Séptimo lugar. Tuoris, que es llamado Polibo en Homero, esposo de Alcandra, y en cuya época fue tomada Troya, reinó 7 años.”

Fuente: Manetón, *Historia de Egipto* (Jiménez y Jiménez, 2008: 129).

A partir de estas palabras podemos extraer varios comentarios. En primer lugar, Manetón creía, erróneamente, que Tausert era un faraón masculino, al que nombró Tuoris. Más allá de este error a la hora de interpretar el género del monarca, sí que es cierta la atribución que le da como último gobernante de la dinastía XIX y en los años también acierta, aunque de una manera distinta. En este caso Manetón no ha incluido en su listado a Siptah. Esto no nos es de extrañar, teniendo en cuenta que en diferentes monumentos y listados su nombre es borrado, quizás porque alguno de sus sucesores consideró que se trató de un periodo de gobierno muy tortuoso o porque no contaba con la legitimidad suficiente, algo que puede ser posible si tenemos en cuenta el origen discutido de Siptah, como comentamos antes (Callender, 2006: 252-253).

En cuanto a los años de reinado que le atribuye a Tausert, esto difiere un tanto de la realidad, pero al mismo tiempo tiene un cierto sentido. Cuando Tausert accedió al trono en el año 1.188 a.C., sólo lo hizo para permanecer en él durante 2 años, nada más.

Probablemente Manetón estuviera teniendo en cuenta los otros años de gobierno de Tausert como regente de Siptah, pues al no incluir a este último, le suma al mítico Tuoris los años que faltan para hacer el cómputo total de la dinastía (Callender, 2006: 252-254).

En todo caso, a partir del 1.188 a.C. nos vamos a encontrar a Tausert ejerciendo como Rey del Alto y el Bajo Egipto, con la titulatura completa de los reyes y con atribuciones a la manera del resto. ¿Cuáles son los títulos que va a llevar en este caso esta gobernante? Según Callender serían los siguientes:

- Nombre de Horus: *k3 nḥt mry m3ʿt*, “Toro victorioso, Amado de *Maat*”.
- Nombre de Nebty o “Dos señoras”: *grg Kmt wʿf ḥ3swt*, “Fundador de Kemet, que doblé a los países extranjeros”.
- Nombre de Horus del Oro: desconocido, no se ha conservado.
- Nombre de Nesut-bity o “El que pertenece a la Abeja y el Junco”: *s3t Rʿ mry ḥmn*, “Hija de Ra, Amado de Amón”.
- Nombre de Sa-Ra o “Hijo de Ra”: *t3 wsrt mr n Mwt*. “La Poderosa, Amada de Mut”.

(Callender, 2006: 254-255)

El último de ellos, que nosotros transcribimos comúnmente como Tausert Merenmut, es el nombre que le fue concedido al nacer, mientras que el de Sitra Meryamón, que se correspondería con el de “Rey del Alto y del Bajo Egipto” (o “El que pertenece a la Abeja y el Junco”) sería el que escogió en el momento de ascender al trono. Su nombre del trono haría referencia al dios Amón, una divinidad sumamente destacada durante el Reino Nuevo, ya que era el dios por excelencia de Tebas, la capital religiosa de Egipto, donde se situaba el poderoso clero de Amón y donde había nacido el Reino Nuevo. Por ello, no es extrañar que Tausert adoptase dicho nombre teofórico para su exhibir durante su reinado. Por otro lado, su propio nombre completo de nacimiento, Tausert Merenmut, haría referencia a la diosa Mut, que en la mitología egipcia se correspondía con la mujer del dios Amón, siendo una importantísima divinidad femenina (Callender, 2006: 254-255).

En los títulos de Tausert encontramos una vez más una estrategia que ya había sido empleada por Neferusobek tiempo atrás: la combinación del género masculino con el género femenino en sus títulos, pues en algunos de ellos sigue siendo “Horus”, “Toro victorioso”, “Fundador de Kemet”, etc., mientras que por otro lado ella es “La Poderosa, Amada de Mut”. Se confirma aquí una vez más esa estrategia de combinar en su figura ambos atributos, pues con ello se hace referencia al orden cósmico derivado de la unión de ambos géneros, así como a la androginia de algunas divinidades. Tausert encarnaba los dos principios fundamentales y eso garantizaba que ella pudiese acometer sus tareas como mantenedora de la *maat* (Callender, 2006: 254-255).

Para otorgar más legitimidad a su reinado, se encargó de asociarse a la figura de su marido. No en vano, se le atribuye a ella el hecho de haber borrado el nombre de Siptah en numerosos monumentos y referencias, cambiándolo por el de su esposo fallecido Seti II, un rey al que ella deseaba mostrarse vinculada, más fuerte y respetado, mucho más que ese joven gobernante enfermizo para el que había actuado como regente (Tyldesley, 2006: 165-166).

Pasemos a comentar las líneas maestras de su reinado. Fue un periodo de gobierno excepcionalmente corto, pues tan sólo duró dos años. Asimismo, no fueron dos años caracterizados por una estabilidad política, sino que fueron momentos en los que se acentuó la desintegración del Estado egipcio. Poco sabemos de sus acciones al frente del trono. Únicamente nos quedan algunas referencias de su programa constructivo y algunas hipótesis sobre otras acciones emprendidas por ella.

Entre las obras que mandó levantar, nos encontraríamos con el templo localizado en Luxor, en la orilla oeste del río Nilo y cercano al Rameseo. Muy poco se conserva de este templo, pero es posible que incluso se empezase a construir durante su etapa como regente de Siptah. Fue descubierto y excavado por Petrie a finales del siglo XIX. En el templo se localizaron algunas piedras inscritas con cartuchos de la reina, así como otros amuletos y ofrendas votivas, sin olvidar los numerosos restos de cerámica. Por desgracia, nada más se pudo rescatar (Wilkinson, 2011: 15-20).



Figura 23. Restos del templo de Tausert, tal y como se conservan en la actualidad. Fuente: Wilkinson, 2011: 34).

La otra gran construcción que se ha conservado de su reinado es su tumba en el Valle de los Reyes, la tumba KV 14. Probablemente la tumba estuviera pensada en un primer momento para albergar los restos tanto del rey Seti II como de su esposa Tausert, con lo que se habría comenzado a construir tiempo antes de que falleciese la gobernante. Su construcción se habría continuado durante la regencia de Tausert y luego durante su posterior reinado como soberano por derecho propio, estando destinada finalmente a albergar un faraón y no a una consorte, algo visible en la riqueza de la cámara (Tyldesley, 2006: 164-166). Sin embargo, en el momento de la muerte de la soberana no estaba completamente finalizada y fue finalmente usurpada y utilizada por otro rey, Sethnakhte, primer rey de la dinastía XX, el sucesor de Tausert, que aprovechó la tumba para sí, desplazando el cuerpo de la reina-faraón, de tal manera que hoy se encuentra en un paradero desconocido para nosotros (Meredos, 2007: 119-120).



Figura 24. Pinturas de la cámara funeraria de la tumba KV 14 en el Valle de los Reyes, originalmente destinada a Tausert, luego ocupada por Sethnakhte.

Fuente: Tyldesley, 2006: 164.

Podemos mencionar algunos otros hechos referentes al reinado de Tausert, pero ya nos estaríamos moviendo en el terreno de las hipótesis, pues poco se ha rescatado de aquellos turbulentos años. Meredos (2007: 117) se basa en la interpretación del título de Tausert de Nebty, “Fundador de Kemet que doblega a los países extranjeros” para afirmar que quizás ella pudiera haberles sometido en alguna campaña, aunque no está nada claro, tanto menos cuando los años de gobierno de Tausert coincidieron con un periodo de extraordinaria inestabilidad tanto en el interior como en el exterior. De hecho, el Papiro Harris, que narra esos momentos de transición de la dinastía XIX a la XX retrata dicho período como un lapso temporal marcado por la crisis, el mal gobierno, el desorden, etc.

El final del reinado de Tausert queda envuelto en las tinieblas, pues no sabemos cómo se produjo la muerte de la reina en el año 1.186 a.C., si fue una muerte natural o si por el contrario intervino su sucesor, Sethnakhte. Es probable que durante los dos años de gobierno en solitario de la reina-faraón ya hubiera emergido esta figura inauguradora de la dinastía XX, que representaría su principal opositor. No se tiene claro el origen de este Sethnakhte, pero seguramente fuera el descendiente de algunas de las ramas secundarias ramésidas, con lo que habría estado en el entorno de Pi-Ramsés, próximo a la reina Tausert. Meredos (2007: 117) señala que no se tiene claro si la derrocó y apartó del poder, matándola en último término, o si quizás la reina hubiera muerto poco antes, por motivos desconocidos. Es complicado saberlo teniendo en cuenta que no conservamos el cuerpo de la reina, pero sí que hay algo claro: su sucesor se esforzó en transmitir una imagen enormemente negativa de la etapa del final de la dinastía XIX, algo perceptible en el Papiro Harris, donde de hecho ni se menciona a Tausert (quizás a modo de *damnatio memoriae*).

De la misma manera, la tumba de la reina sería usurpada por este nuevo rey, con lo que habría completado su proceso de eliminar de la historia, en la medida de lo posible, la imagen de los soberanos que le antecedieron, en especial de Tausert, con la que seguramente tuvo un enfrentamiento político y militar continuado (Callender, 2006: 256-260). Buena parte de la mala imagen que se tuvo del reinado de esta reina-faraón o del de Siptah se debió no sólo a la etapa de crisis durante la que vivieron, sino también a esa mala propaganda posterior, que hace parecer el gobierno de esta reina-faraón como un descenso al caos.

Con ello termina esta narración de los principales hechos del reinado de Tausert. A modo de conclusión, se trata de la última reina-faraón evidente de Egipto, si excluimos a las reinas helenísticas. En su corto reinado observamos elementos similares con sus antecesoras, en su acceso al poder y en las formas de demostrarlo. Al igual que ocurre con las figuras de Meret-Neit o la de Neferusobek, todavía se conoce bastante poco de su reinado, con lo que es importante seguir investigando sobre ella para poder arrojar algo de luz sobre todas las dudas que se han ido planteando en estos párrafos.

6. Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos analizado las figuras de varias mujeres que llegaron a ejercer el poder sobre Egipto por propio derecho, señalando en todo momento la especificidad de su situación. Para tantos miles de historia sólo hemos podido hablar de cuatro ejemplos, aunque siendo más estrictos tendríamos hablar con certeza sólo de tres, excluyendo a Meret-Neit. Lo poco común de estas situaciones nos ha llevado a ver que una mujer reinando por sí misma fue algo posible, aunque no formaba parte de la costumbre y ello define en buena medida los períodos en el gobierno de estas mujeres. Es en este punto donde reside la principal conclusión de este trabajo, en percatarse de que se trató de una forma de poder con características muy concretas y circunscrita a un contexto especial.

A pesar de esta especificidad, ello no quiere decir que fueran gobiernos que fueran percibidos como ilegítimos o no aceptados. Ya hemos hablado de que los gobiernos de mujeres en tanto en cuanto Rey del Alto y del Bajo Egipto estaban permitidos desde la dinastía II, al menos según la afirmación de Manetón que ya comentamos en apartados anteriores (Manetón, Jiménez y Jiménez, 2008: 107).

Ahora bien, aunque estuviera permitido el que una mujer alcanzase la dignidad real, a la vista salta que no se ejerció más que en contadas ocasiones, lo que demuestra las limitaciones que tuvieron. Ello se debe a la concepción de realeza, de lo que era un rey, estaba indisolublemente asociada al principio masculino, a los hombres. El rey del Alto y el Bajo Egipto, el Horus de oro, el Hijo de Ra, eran cargos que estaban vinculados a un hombre. De hecho, el arquetipo de rey vivo era el dios Horus, mientras que del rey difunto lo era Osiris, dos divinidades masculinas. Así lo percibían sus sociedades coetáneas y en ello se fundamenta el hecho de que, a pesar de los tres mil años de historia que tuvo Egipto antes de la llegada de los Ptolomeos (que constituyen casos aparte), sólo podemos hablar de un escasísimo número de reinas por propio derecho, pues siempre que hubiera un candidato masculino. y tuviera una aspiración legítima al trono, se preferiría que dicho puesto recayese en manos de un hombre (Graves-Brown, 2010: 159).

Todo esto explicaría, parcialmente, el porqué del surgimiento de estas figuras en momentos de legitimidad poco claros, de finales de dinastía o de inferioridad de edad de alguno de los reyes (Graves-Brown, 2010: 159-160). Si nos damos cuenta, tanto Neferusobek (Diamond, 2020: 2), como Tausert (Mederos, 2007: 116-118) ascendieron en un contexto en el que no había ningún otro aspirante masculino con suficientes derechos legítimos sobre el trono. Ello habría facilitado que se hiciesen con el poder, ya que se unían dos factores: por un lado, sí que estaba permitido el acceso a la realeza por parte de las mujeres; y por el otro, se daban las condiciones idóneas para que esto ocurriera, pues no había nadie más que pudiese alcanzar el trono. Fue entonces cuando estas reinas pudieron explotar sus posibilidades y alcanzar el poder.

En el caso de Meret-Neit, si siguiéramos los postulados de Pätznick (2017: 302-205), también habría accedido al poder directo de Egipto tras la muerte de su hijo Den, momento en el que abrió un problema de legitimidad, sin ver un claro sucesor al rey, lo que habría permitido a la ya anciana reina a salir una vez más al frente y ocupar ella misma el cargo, como soberana de Egipto. Se cumpliría entonces, una vez más, uno de esos presupuestos contextuales que ayudan a que emerjan estas figuras femeninas.

Para Hatshepsut, aunque su ascenso al poder no se produjo en un momento final de la dinastía, ni tampoco en uno de una legitimidad cuestionada y sin ausencia de varones pretendientes del trono, sí que se juntó la ocasión de que el joven Tutmosis era demasiado joven como para acceder directamente al poder, lo que le permitió ir asegurándose los resortes del poder, hasta que se convirtió en su corregente (Roehrig, 2005: 11-19).

En consecuencia, todas estas figuras femeninas guiaron sus pasos hacia el trono coincidiendo con situaciones que facilitaron dichos ascensos. Su pretensión sobre el trono era legítima, era válida, tanto más cuando todas explotaron sus facetas como hijas o esposas de reyes y, por tanto, portadoras de sangre real.

Sin embargo, Graves-Brown (2010: 159-160) no opina en absoluto que hayamos de interpretar esa menor frecuencia como una aberración percibida por parte de la sociedad egipcia. Tal y como veíamos en el apartado sobre la mujer en la realeza egipcia, Troy (1986: 132-143) analizaba cómo las reinas de Egipto buscaron enfatizar la androginia de numerosas divinidades egipcias, con lo que la suma de principios femeninos y masculinos era posible en la esfera de lo divino, de lo que se derivaba que las reinas pudieran asumir un cargo típicamente masculino, el de rey de Egipto, sin que ello entrañase mayores problemas. El principio femenino ayudaba al masculino, cumplía esa complementariedad cósmica de la que hemos hablado antes, algo que buscaron explotar estas reinas, lo que hizo que su gobierno no fuera visto como algo completamente en contra de la norma.

Desde luego, se salía de la norma, eso es cierto, de ahí que en algunos grabados en Deir el-Bahari se representase a la reina Hatshepsut en una posición pasiva y un tanto burlesca (O'Connor y Silverman, 1995: 49-92). Esto puede relacionarse con que se percibía desde la sociedad (de hecho, nadie hizo nada por borrar estos grabados), que una mujer reinando no era lo más común, no representaba la norma.

Ahora bien, no por ello podemos afirmar que se percibiese el gobierno de una mujer como algo contrario a la ley, algo no natural; sí desde luego menos común, pero no imposible. De hecho, no hubo un solo caso, sino que hay tres seguros y lo más probable es que cuatro.

En opinión de Graves-Brown (2010: 159-160), deberíamos entender que los ejemplos de *damnatio memoriae* de las figuras de las reinas-faraón, muy notable en el caso de Hatshepsut, se insertan más bien en una explicación de que no fueran reconocidas por parte de sus sucesores inmediatos, por enfrentamiento o recelo respecto de ellas como sus gobernantes antecesoras, pero no por su condición femenina. Así habría que entender el hecho de que no aparezca Hatshepsut en las listas reales posteriores, porque en otro caso de monarca de condición femenina, Neferusobek, con la que no parece haber existido ningún enfrentamiento con su sucesor, aparece en la inmensa mayoría de las listas, lo que implica que fue reconocida como gobernante legítima.

La sociedad egipcia asoció el cargo de rey fundamentalmente a lo masculino, a los hombres, algo más que evidente en las representaciones que se hacían de ellos y que incluso emularon algunas de nuestras reinas estudiadas. Sin embargo, en situaciones excepcionales, cuando hubo una mujer al frente, lo más probable es que se aceptara sin mayores complicaciones, se entendiera y no fuera rechazado por el conjunto de la sociedad, por todo lo que hemos explicado. Ahí reside el elemento más interesante sobre el reinado de estas figuras, en el hecho de que, a pesar de que lo poco común de su presencia en el trono, sí que pudieran ser aceptadas como monarcas. Tuvieron que adaptar sus estrategias y poder a un cargo asociado por tradición a los hombres, sin duda, pero lograron hacerse un hueco entre las gobernantes de Egipto.

A diferencia de otras culturas y civilizaciones antiguas para las que no contamos con ningún caso de gobernantes femeninas por propio derecho, para el caso del país del Nilo contamos por lo menos con tres seguras, probablemente con cuatro y eso era algo fundamental que se quería subrayar en este trabajo.

Bibliografía

ALMANSA-VILLATORO, Victoria. Renaming the Queens. A New Reading for the Crossed Arrows Sign and a Religious Approach to the Early Dynastic Onomastics, *Studien zur Altägyptischen Kultur* 48: 35-51, 2019.

ARNOLD, Dieter. The temple of Hatshepsut at Deir el Bahari. En: ROEHRIG, Catherine (ed.), *Hatshepsut. From queen to pharaoh*. New York, The Metropolitan Museum of Art, 2005, pp. 135-140.

BECKERATH, Jürgen. Queen Twosre ag guardian of Siptah, *The Journal of Egyptian Archaeology* 48 (2): 70-75, 1962.

BÉGON, Matthieu. Une probable représentation de la reine Meret-Neith en tant que régente du roi Den, *ENiM* 13: 211-215, 2020.

CALLENDER, Vivienne G. Materials for the reign of Sebekneferu. En Eyre, C. J., *Proceedings of the Seventh International Congress of Egyptologists, Cambridge, 3-9 September 1995*, 227-236. Leuven: Peeters, 1998.

CALLENDER, Vivienne G. The Cripple, the Queen & the Man from the North, *KMT: a modern journal of ancient Egypt* 17: 49-64, 2006.

CERVELLÓ, Josep. La aparición del Estado y la época tinita. En: PARRA, José M. (coord.), *El antiguo Egipto. Sociedad, economía y política*. Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 69-124.

DIAMOND, Kelly A. The reign of King Sobekneferu and her performance of gender, *Birmingham Egyptology Journal* 7 (2): 1-18, 2020.

DIEGO, Andrés. El Reino Medio. En: PARRA, José M. (coord.), *El antiguo Egipto. Sociedad, economía y política*. Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 209-271.

DOMÍNGUEZ, Cira. *La mujer en el poder político del Antiguo Egipto: ¿reinas o corregentes?* Universidad de Cantabria: UCREA, 2015.

DORMAN, Peter. Hatshepsut: Princess to Queen to Co-ruler. En: ROEHRIG, Catherine (ed.), *Hatshepsut. From queen to pharaoh*. New York, The Metropolitan Museum of Art, 2005, pp. 87-91.

DORMAN, Peter. The Early Reign of Thutmose III: An unorthodox mantle of coregency. En: CLINE, Eric y O'CONNOR, David (eds.), *Thutmose III: A new Biography*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006, pp. 39-68.

FERNÁNDEZ, Alfonso D. Nitocris: realidad o ficción, *Egiptología 2.0*: 96-133, 2019.

FLETCHER, Joan. *El enigma de Nefertiti*. Barcelona, Crítica, 2005.

FRANKFORT, Henri. *Reyes y dioses*. Madrid, Alianza, 1981.

GALÁN, José M. El Reino Nuevo I. La construcción del Imperio. En: PARRA, José M. (coord.), *El antiguo Egipto. Sociedad, economía y política*. Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 301-388.

GRAVES-BROWN, Carolyn. *Dancing for Hathor. Women in Ancient Egypt*. Londres: Continuum, 2011.

HASSAN, Ali. *The Queens of the Fourth Dynasty*. El Cairo, Ministry of Culture; Supreme Council of Antiquities, 1997.

KINNAER, Jacques. Aha or Narmer. Which Was Menes?, *KMT* 12 (3): 74-81, 2001.

LABOURY, Dimitri. *Akhenatón. El primer faraón monoteísta de la historia*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.

LABOURY, Dimitri. How and why did Hatshepsut invent the image of her royal power? En: GALÁN, José, BRYAN, Betsy y DORMAN, Peter (eds.). *Creativity and Innovation in the Reign of Hatshepsut*. Chicago, The Oriental Institute, 2010, pp. 49-92.

LEPROHON, Ronald J. *The great Name. Ancient Egyptian royal titulary*. Atlanta, Society of Biblical Literature, 2013.

LLOYD, Alan B. (ed.), *A companion to Ancient Egypt*. Oxford, Wiley-Blackwell, 2010.

MEREDOS, Alfredo. La crisis del siglo XII a.C. Los pueblos del mar, *SPAL* 16: 93-153, 2007.

MORALES, Antonio J. Los dos cuerpos del rey: cosmos y política de la monarquía egipcia, *ARYS* 12: 47-86, 2014.

NEWBERRY, Percy E. Queen Nitocris of the Sixth Dynasty *The Journal of Egyptian Archaeology* 29: 51-55, 1943.

O'CONNOR, David., SILVERMAN, David P. *Ancient Egyptian Kingship*. Leiden, E. J. Brill, 1995.

OGDON, Jorge R. Tausert, la Reina- faraona del Período Ramésida, *Amigos de la egiptología*: 1-2, 2009. Disponible en: < <https://egiptologia.com/tausert-la-reina-faraona-del-periodo-ramesida/>> [Última consulta, 16/01/2020]

ORRIOLS-LLONCH, Marc. Predynastic tusks and penis sheaths: a new interpretation, *Archéo-Nil* 30: 149-167, 2020.

PÄTZNICK, Jean P. Meret-Neith: in the footsteps of the first woman pharaoh in history. En VV.AA., *Egypt 2015: Perspectives of Research, Proceedings of the Seventh European Conference of Egyptologists*. Oxford, Archaeopress Publishing: 289-306, 2017.

PIRELLI, Rosanna. *The Queens of Ancient Egypt (Treasures of Ancient Egypt)*. London, White Star Publishers, 2010.

POMEROY, Sarah. *Women in Hellenistic Egypt*. Nueva York, Schocken Books, 1984.

REDFORD, Donald B. *Pharaonic King-lists, annals and day books*. Mississauga, Benben publications, 1986.

ROBINS, Gay. *Women in Ancient Egypt*. Londres, British Museum Press, 1993.

ROBINS, Gay. The names of Hatshepsut as King, *The Journal of Egyptian Archaeology* 85 (1): 103-112, 1999.

ROTH, Anne. Hatshepsut's mortuary temple at Deir el Bahri: Architecture as Political Statement. En: ROEHRIG, Catherine (ed.), *Hatshepsut. From queen to pharaoh*. New York, The Metropolitan Museum of Art, 2005, pp. 147-157.

ROTH, Silke. Queen, *UCLA Encyclopedia of Egyptology* 1 (1): 1-12, 2009. Disponible: <https://escholarship.org/content/qt3416c82m/qt3416c82m.pdf> [última consulta, 16/01/2020]

RYHOLT, Kim. *The Political Situation in Egypt during the Second Intermediate Period, c.1800-1550 BCE*. Museum Tusculanum Press, Carsten Niebuhr Institute Publications, 1997.

RYHOLT, Kim. The Late Old Kingdom in the Turin King-list and the Identity of Nitocris, *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 127: 87-100, 2000.

SABBAHY, Lisa. Queens. Faraonic Egypt. En VV.AA., *Encyclopedia of Ancient History*, 5705-5709, 2013.

SERRANO, José M. *Textos para la historia antigua de Egipto*. Madrid, Cátedra, 1994.

SHAFER, Byron, (ed.), *Religion in Ancient Egypt, Gods, Myths, and Personal Practice*. Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1991.

SHAW, Ian. *Historia del Antiguo Egipto*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2010.

TROY, Lara. Patterns of queenship and Ancient Egyptian myth and history. Uppsala, Acta Universitaria Upsaliensis, 1986.

TYLDESLEY, Joyce. *Chronicle of the Queens of Egypt. From early dynastic times to the death of Cleopatra*. Londres, Thames and Hudson, 2006.

TYLDESLEY, Joyce. *Daughters of Isis: women in Ancient Egypt*. London, Penguin, 2008.

VERNER, Miroslav. Archaeological Remarks on the 4th and 5th Dynasty Chronology, *Archiv Orientální* 69 (3): 363-418, 2001.

WILKINSON, Richard H. *The temple of Tausert*. Tucson, University of Arizona, 2011.

Fuentes clásicas

Diodoro Sículo. *Biblioteca Histórica*. Traducción de: PARREU, Francisco. Madrid: Gredos, 2001.

Manetón. *Historia de Egipto*. Traducción de: JIMÉNEZ, Alejandro y JIMÉNEZ, Juan. Madrid: Akal, 2008.

ANEXOS

Anexo de mapas

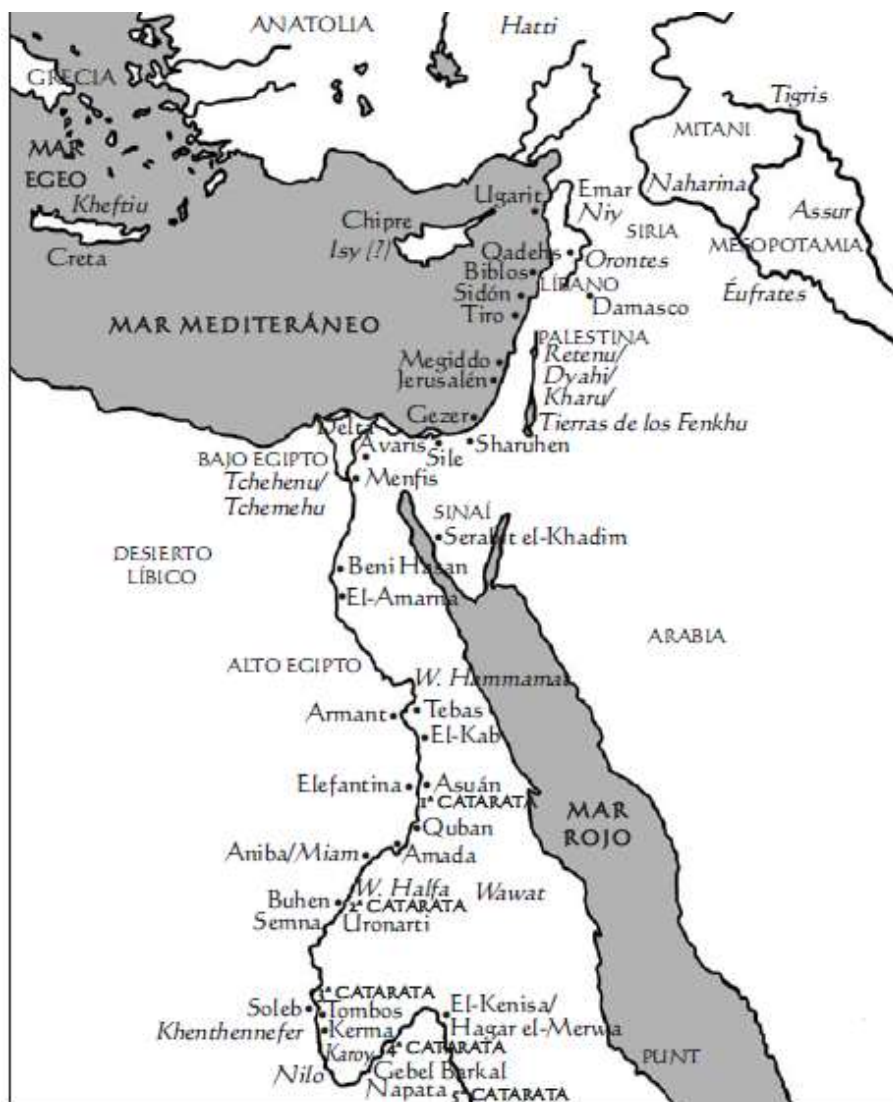


Figura 25. Mapa del antiguo Egipto que muestra tanto las posesiones egipcias en el valle del Nilo, corazón del reino desde el Período Tinita, como el Levante sirio-palestino, incorporado en el Reino Nuevo (Galán, 2011: 317).

Anexo de tablas de las reinas

Tabla 1. Meret-Neit. Fuente: Elaboración propia

Nombre de la reina	Meret-Neit, “amada por Neit”
Títulos de la reina	Madre del rey (Den), esposa del rey (Djet)
Cronología del reinado	En torno al 2950 a.C., Dinastía I, Período Tinita
Lugar de enterramiento	Tumba real en el Cementerio Real de Abidos (Alto Egipto). Cenotafio en el Cementerio Real de Saqqara (Bajo Egipto)
Construcciones y monumentos importantes de su etapa	La Estela de Meret-Neit y el <i>serej</i> en el que se incluía su nombre en la tumba real de Abidos
Hechos importantes durante su época	Regencia de su hijo, el futuro rey Den. Continuación del desarrollo de la dinastía I de Egipto
Listas reales en la que aparece	Seguramente aparece su nombre en una sección destruida de la piedra de Palermo, donde es descrita como madre del rey Den

Tabla 2. Neferusobek. Fuente: elaboración propia

Nombre de la reina	Neferusobek o Sobekneferu, (“la belleza de Sobek”), “Amada de Ra”
Títulos de la reina	“Rey del Alto y el Bajo Egipto”, “Hijo de Ra”, “Horus”, “Horus del oro”, “Señora de las Dos Tierras”.
Cronología del reinado	1.777- 1773 a.C., dinastía XII, Reino Medio.
Lugar de enterramiento	No se conoce a ciencia cierta, pero se cree que pueda estar en el entorno de la pirámide de Mazghuna.
Testimonios materiales de su reinado	Busto de Neferusobek, torso de Neferusobek y algunas inscripciones.
Hechos importantes durante su reinado	Años finales de la dinastía XII, antes de dar paso a la disgregación y al fin del Reino Medio
Listas reales en las que aparece	<i>Aegyptiaca</i> de Manetón, Canon Real de Turín, Lista Real de Saqqara, Lista Real de Karnak

Tabla 3. Hatshepsut. Fuente: elaboración propia.

Nombre de la reina	Hatshepsut, "La primera de las nobles damas"
Títulos de la reina	"Horus", "Las Dos Señoras", "Horus de Oro", "Rey del Alto y Bajo Egipto", "Hija de Ra", etc.
Cronología del reinado	1.479-1.458 a.C., Dinastía XVIII, Reino Nuevo.
Lugar de enterramiento	Tumba KV 20 en el Valle de los Reyes, inicialmente. Luego su cuerpo fue trasladado a la tumba KV 60, en el Valle de los Reyes.
Testimonios materiales de su reinado	Palacio funerario de Djeser Djeseru, construcciones en el templo de Karnak, etc.
Hechos importantes de su reinado	Algunas campañas militares contra Nubia y restablecimiento de unas prósperas redes comerciales. Fue un reinado fundamentalmente estable y pacífico.
Listas reales en las que aparece	En la <i>Aegyptiaca</i> de Manetón.

Tabla 4. Tausert. Fuente: elaboración propia.

Nombre de la reina	Tausert o Ta-Useret, "La Poderosa"
Títulos de la reina	"Gran esposa real", "Rey del Alto y el Bajo Egipto", "Horus", "Horus de oro", "Hija de Ra", etc.
Cronología del reinado	1188- 1186 a.C., dinastía XIX, Reino Nuevo.
Lugar de enterramiento	Tumba KV14 del Valle de los Reyes, aunque su cuerpo no está en el interior. Su paradero es desconocido.
Testimonios materiales de su reinado	Templo de Millones de Años.
Hechos importantes de su reinado	Final de la dinastía XIX, época de fuertes tensiones, con un intento de remediarlos por parte de la soberana, con poco éxito.
Listas reales en las que aparece	<i>Aegyptiaca</i> de Manetón.